

La mujer negra alza la voz

La traducción de *A Voice From The South* (1892) de Anna Julia Cooper

María Antonia Giraldo Rojas

Maestría en Traducción

Modalidad Profundización

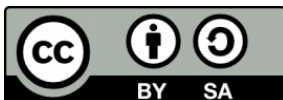
Escuela de Idiomas

Universidad de Antioquia

Asesora

Martha Lucía Pulido

Julio 18 de 2023



LA MUJER NEGRA ALZA LA VOZ: LA TRADUCCIÓN DE *A VOICE FROM THE SOUTH (1892)* DE ANNA JULIA COOPER.

Trabajo de profundización presentado por:

MARIA ANTONIA GIRALDO ROJAS

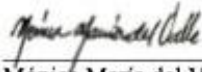
Aprobado en cuanto a estilo y contenido por:



Martha Lucía Pulido Correa, Directora de tesis.



Laura Esperanza Venegas Piracón, Jurado.



Mónica María del Valle Idárraga, Jurado.



Jaime Alonso Usma Wilches,
Director
Escuela de Idiomas

RESUMEN

LA MUJER NEGRA ALZA LA VOZ

LA TRADUCCIÓN DE *A VOICE FROM THE SOUTH* (1892) DE ANNA JULIA

COOPER

JULIO 18 DE 2023

MARÍA ANTONIA GIRALDO ROJAS. MAESTRÍA EN TRADUCCIÓN,
MODALIDAD PROFUNDIZACIÓN. ESCUELA DE IDIOMAS, UNIVERSIDAD DE
ANTIOQUIA

Asesora: Martha Lucía Pulido

El ensayo de la autora norteamericana Anna Julia Cooper, *A Voice from the South* (1832), es uno de los primeros escritos de corte feminista interseccional publicado en los Estados Unidos, un fenómeno que solo pudo ser posible gracias a la afiliación religiosa de la autora, pero que no estuvo lejos de la censura y el olvido, hasta muy entrado el siglo XX. Este trabajo quiere analizar las particularidades de dicho ensayo y acercarlo a lo que sucedía entonces en Latinoamérica, a través de la traducción y los procesos que esta implica.

Palabras clave: feminismo interseccional, ensayo norteamericano, escritura femenina, siglo XIX, traducción.

ABSTRACT

The essay by the North American author Anna Julia Cooper, *A Voice from the South* (1832), is one of the first intersectional feminist writings published in the United States, a phenomenon that was only possible thanks to the author's religious affiliation, but which was not far from censorship and oblivion until well into the twentieth century. This paper aims to analyze the particularities of this essay and bring it closer to what was happening in Latin America at the time, through translation and the processes involved.

Keywords: intersectional feminism, American essay, women's writing, 19th century, translation.

CONTENIDOS

Objetivos	4
Objetivo general	4
Objetivos específicos	4
Introducción	5
Más allá del texto	6
En busca de un lector	8
Marco teórico	10
Estableciendo un campo de trabajo	10
El uso del lenguaje	11
Desde los Estudios de Traducción	14
La posición de la traductora	16
Metodología	20
El proyecto de traducción	20
Una voz que se levanta a pesar y por las circunstancias	22
Una voz que se inscribe en una tradición	28
Un mapa más amplio en conversación	30
Resolviendo problemas de traducción	34
Un problema terminológico	34
Cuestiones de estilo	38
Las expresiones francesas	41
La necesaria marca del inglés	44
Las otras voces del sur	46
Referencias y citas	48
Conclusiones	52
Referencias	57
Apéndice	62
Traducción de la primera parte de A Voice from the South	62
Una Voz del Sur	62
Nuestra razón de ser	63
Soprano Obligato	65
La feminidad, un elemento vital en la regeneración y el progreso de una raza	66
La educación superior de la mujer	91
“La mujer vs. el indio”	112
La situación de la mujer en América	141

Objetivos

Objetivo general

A partir del ejercicio de la traducción de los primeros cuatro capítulos y el prefacio del ensayo *A Voice from the South* de Anna Julia Cooper, señalar los recursos que la autora utilizó para hacerse oír durante los procesos de construcción de sociedad que se vivieron en los Estados Unidos durante finales del siglo XIX y principios del XX.

Objetivos específicos

- Caracterizar el texto en su contexto histórico para identificar las preocupaciones de la autora.
- Hacer una lectura analítica de *A Voice From The South* para encontrar el uso del lenguaje como herramienta en la búsqueda de un espacio en la sociedad.
- Señalar los problemas que pueden surgir al abordar una traducción de *A Voice From The South* al español.
- Encontrar otros autores con los que conversa la autora, literal o figuradamente, en el mundo durante su mismo periodo histórico.

Introducción

A pesar de que se pueden encontrar textos escritos desde el siglo II a.C., solo a partir del siglo XVII que las mujeres aparecen como autoras en Occidente. La novela y la poesía estuvieron entre los primeros géneros que abordaron, pero durante el siglo XIX utilizaron la escritura para hacer parte de los procesos de construcción de sociedad que se venían desarrollando en este hemisferio. Eso les implicó superar incontables retos para conseguir una educación adecuada, poseer una vida intelectual y lograr que su obra fuera considerada de suficiente valor para ser leída por otros, en sociedades de mentalidad cerrada. Retos aún mayores, si se trataba de mujeres negras en un contexto racista como el de los Estados Unidos de América. Tal fue el caso de Anna Julia Cooper (1858-1964).

El primer libro de Cooper, *A Voice From The South* (1892), se considera el primer ensayo feminista de Estados Unidos. Es una obra de no ficción que reflexiona sobre temas como la educación superior, el racismo y la representación de los negros en la literatura estadounidense, entre otros, desde la perspectiva de las mujeres negras. Como explica la propia escritora, la voz de las mujeres negras aún no se había escuchado en aquella época, entre todas las demás voces que luchaban por encontrar un lugar en una nación joven (1988. p. 10). El libro de Cooper fue un esfuerzo por romper el silencio, pero en su momento no fue tan escuchada.

Solo hasta las últimas décadas del siglo XX, la producción académica de Cooper comenzó a ser estudiada con detenimiento, a pesar de que sus ideas habían contribuido al desarrollo del feminismo y la filosofía en Estados Unidos. Cuando los académicos comenzaron a estudiar su obra, se sintieron atraídos por sus planteamientos en torno a temas como el enfoque feminista interseccional, la filosofía de la educación, la ética de la virtud y el cuidado, las concepciones románticas de la naturaleza humana y el florecimiento, la filosofía de la justicia social, la raza y la dominación de género, las críticas a la representación racial,

la opresión social y económica, los enfoques radicales de la educación, la defensa de la comunidad y las teorías del valor (Gines, K. 2015). Pero la forma de presentar estas ideas, los términos que utilizó, su estilo de escritura y el uso de recursos como las expresiones francesas y las formas propias de la oratoria negra en Estados Unidos no han sido ampliamente estudiados. A pesar de que son objeto de interés para campos como la Lingüística, los Estudios Literarios y los Estudios de Traducción.

Más allá del texto

Cooper fue educadora, defensora de los derechos de las mujeres negras, intelectual, activista social, escritora, académica, poeta y líder. Nació en Raleigh, Carolina del Norte, aunque desarrolló la mayor parte de su carrera en Washington, D.C., donde se convirtió en un miembro destacado de la comunidad de académicos negros. Más adelante en su vida, fue la cuarta mujer negra de Estados Unidos en recibir un doctorado (Giles, S. 2006), se lo otorgó la Universidad de París en 1925. Aunque la mayor parte de su obra fue escrita y publicada en los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, solo se reconocería su nombre un siglo después. En su “Introducción” (p. xxvii) a la edición de *A Voice From The South* de Oxford University Press en 1988, Mary Helen Washington afirma que:

“La exclusión de Cooper de la historia intelectual negra es algo más que un simple desprecio por la intelectual. El discurso intelectual de las mujeres negras de la década de 1890, y en particular el embrionario análisis feminista negro de Cooper, fue ignorado porque era de y sobre mujeres y, por lo tanto, se pensaba que no era tan significativo sobre la raza como los escritos de y sobre hombres”¹.

¹ Texto original en inglés: “The exclusion of Cooper from black intellectual history is more than simply disdain for the intellectual. The intellectual discourse of Black Women of the 1890s, and particularly Cooper’s embryonic black feminist analysis, was ignored because it was by and about women and therefore thought not to be as significant about the race as writings by and about men.” (1988. p. xxvii). Todas las traducciones que se incluyen en este trabajo son propias.

Se trataba de una cuestión de género, como la propia Cooper subraya en *A Voice From The South*, donde dice que mientras las comunidades negras demandan ser escuchadas en el debate para construir una sociedad exitosa en Estados Unidos, las mujeres negras demandan ser escuchadas, por lo menos, en su propia comunidad.

“La herencia del Negro y su repartición todavía es la *sombre crux*, el desconcertante *cul de sac* de la nación, el mudo esqueleto en el armario que, en efecto, provoca constantemente arengas, pero es poco comprendido y rara vez consultado. Los abogados de los demandantes y de los defendidos, con una torpeza chambona, han analizado y diseccionado, teorizado y sintetizado, con sublime ignorancia o patética confusión, sus consejos para el cliente negro. Todavía no se ha escuchado a un testigo importante. Se ha dado la sumatoria de la evidencia y se han hecho los descargos al jurado, pero ni una palabra de la Mujer Negra”².

Y aunque hay algunos aliados de la causa de la Mujer Negra en su comunidad, la mayoría de los hombres mantienen una visión del papel de la mujer más cercana a la del siglo XVI, según Cooper (1988. p. 75).

Para el teórico francés Gérard Genette, toda esta información de contexto es lo que se conoce como paratexto, lo que rodea la obra escrita, que no es esencial para la comprensión y el estudio de la misma, pero que sí enriquece la experiencia lectora y es parte fundamental de la relación de la obra con el público (2001. p. 7). Lo que resulta importante para el entendimiento total de la obra, con el propósito de estudiarla y hacer nuevas producciones a partir de ella, como será visto con mayor profundidad adelante.

² Texto original en inglés: “The colored man’s inheritance and apportionment is still the *sombre crux*, the perplexing *cul de sac* of the nation,—the dumb skeleton in the closet provoking ceaseless harangues, indeed, but little understood and seldom consulted. Attorneys for the plaintiff and attorneys for the defendant, with bungling gaucherie have analyzed and dissected, theorized and synthesized with sublime ignorance or pathetic misapprehension of counsel from the black client. One important witness has not yet been heard from. The summing up of the evidence deposed, and the charge to the jury have been made—but no word from the Black Woman.” (1988. p. 1)

En busca de un lector

Cooper hizo un doctorado en La Sorbona y se interesó por mantenerse activa en las discusiones intelectuales de los que consideraba sus pares en los Estados Unidos, las mujeres y los hombres negros intelectuales, preocupados por la configuración de la nación, que empezaba a entenderse después de la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud. Algo similar pasaba en el sur del continente, donde los países acababan de enfrentar sus procesos independentistas y empezaban a pensarse.

Por la escasa consideración que tuvieron las ideas de Cooper en su contexto, no le llegó en vida el reconocimiento merecido y, por tanto, en su momento, sus textos no trascendieron fronteras ni llegaron a las manos de las intelectuales suramericanas (aún hoy se viven estas faltas), pero esto no significa que ideas similares no se encontraran circulando. Soledad Acosta de Samper en su periódico *La Mujer* (1878-1881) comparte algunos planteamientos de Cooper y señala un vacío extra que se presenta en esta parte del mundo:

“En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos del Norte, y aun en Italia y en España, las mujeres tienen abierta una carrera que no es conocida entre nosotros: la de la literatura, y en ella se han distinguido en varios ramos, sobre el mismo pie que los hombres, muchas mujeres notables, que han hecho su fortuna con sus obras. Aquí aún no hemos llegado a ese grado de civilización, pero es preciso no olvidar que con el tiempo la mujer colombiana también tomará asiento entre los literatos, y debemos poco a poco ir preparando las generaciones que se levantan para ese caso”. (2014. p. 50)

No solo eran escasas las mujeres intelectuales que se dedicaran a la literatura en Colombia, las autoras negras fueron inexistentes hasta la segunda mitad del siglo XX.

El silencio al que fue sometida la obra de Cooper en su contexto, así como la falta de pares en esta parte del mundo, hicieron imposible el encuentro de las ideas, que hoy, gracias a la traducción, puede darse.

Emprender un proyecto de traducción puede difundir la obra de Cooper en nuevos círculos y abrir diferentes posibilidades de estudio, así como encontrar nuevos lectores y pensadores para sus ideas. Este implica resolver una serie de problemas traductológicos, que permitan acercar el significado del texto al español, como el manejo de los términos, la diferencia entre las estructuras argumentativas que usaba la autora, el uso de las mayúsculas y el uso de extranjerismo, parte de lo que se aborda en este trabajo.

Marco teórico

Estableciendo un campo de trabajo

La obra de Anna Julia Cooper se ha estudiado principalmente desde una perspectiva filosófica, teniendo en cuenta las numerosas contribuciones que hizo a la autoconcepción de los individuos negros de su época. En la entrada sobre la obra de Cooper de Kathryn T. Gines, en el Archivo de la Enciclopedia de Filosofía de Stanford se señala que fue pasada por alto por sus contemporáneos y por los estudiosos de años posteriores. No fue hasta el siglo XXI cuando su obra fue más apreciada y empezó a aparecer en antologías de filosofía, como *Reflections: An Anthology of African American Philosophy* (2000), de James A. Montmarquet y William H. Hardy, y *African American Philosophy: Selected Readings* (2002), de Tommy Lott. Asimismo, en tiempos recientes, Cooper ha aparecido especialmente en artículos centrados en las tradiciones filosóficas de las mujeres afroamericanas.

Estos trabajos comienzan a estudiar la filosofía de la educación de Cooper; sus construcciones de la feminidad negra, la raza y la dominación de género; los enfoques interseccionales de la liberación feminista; la recepción de ella y de su obra en una tradición intelectual excluyente; la ética de la virtud y del cuidado; las concepciones románticas de la naturaleza humana; su filosofía de la justicia social; sus contribuciones a la teorización social y a las relaciones sociales éticas; sus críticas a la representación racial, a la opresión social y económica, y sus contribuciones al existencialismo.

El estudio de la vida y los logros de Cooper también es amplio, pues fueron excepcionales para su época, especialmente en cuanto a las contribuciones que hizo, no solo a través de su trabajo académico sino a través de su activismo social, que incluyó llamar la atención sobre el silenciamiento de sus ideas y las de sus contemporáneas.

Hay dos ediciones importantes de *A Voice From The South* en la década de 1980. Una de Smithsonian Press (1982), con un relato autobiográfico del nacimiento de Anna Julia actualizado por Louise D. Hutchinson, y la otra de Oxford University Press (1988), como parte de The Schomburg Library of Nineteenth-Century Black Women Writers, con una introducción de Mary Helen Washington, que un año antes había escrito el artículo “Anna Julia Cooper: The Black Feminist Voice of the 1890s” (1987). En su comentario, Washington no solo ofrece una imagen de la vida y el contexto de Cooper, sino que también critica sus ideas feministas, que siguen estando controladas por la moral cristiana y solo tienen en cuenta los problemas de un segmento privilegiado de la población femenina negra. Su opinión es ampliamente citada en muchos de los trabajos posteriores sobre Cooper. Esta última edición es la utilizada para el estudio de la obra en el presente trabajo.

Después de la obra de Washington, comenzaron a publicarse muchos más libros y artículos sobre la vida y la obra de Cooper, como *Anna Julia Cooper, Visionary Black Feminist: A Critical Introduction* (2007) de Vivian M. May y *Beyond respectability. The Intellectual Thought of Race Women* (2017) de Brittney Cooper. También ha habido simposios y revistas enteras dedicadas a la figura de Cooper, así como artículos como “Dr. Anna Julia Cooper, 1858-1964: Teacher, Scholar, and Timeless Womanist” (2006) de Mark S. Giles, “A Short History of Black Feminist Scholars” (2000) de Naomi Schiller y “Black Feminist Studies: The Case of Anna Julia Cooper” (2009) de Beverly Guy-Sheftall, que son parte de la base de este trabajo.

El uso del lenguaje

No se encontraron obras académicas que se centren en la escritura de Cooper. El principal atractivo de su producción, principalmente, ha sido la singularidad de sus ideas y cómo consigue producirlas y compartirlas. Por ejemplo, en *Within the Circle. An Anthology*

of African American Literary Criticism from the Harlem Renaissance to the Present (1994), editado por Angelyn Mitchell, solo un artículo menciona a Anna Julia Cooper: “Gender and Afro-Americanist Literary Theory and Criticism” (1988) de Valerie Smith. Aunque, una vez más, se hace hincapié en las ideas feministas de Cooper y en la falta de reconocimiento que ha tenido hasta ahora. Smith atribuye la exclusión de Cooper a un canon controlado por los hombres, incluso dentro de la comunidad negra, y también señala que, en *A Voice From The South*, Cooper ejerce como crítica literaria que “cuestiona la capacidad de los blancos para representar a los negros en la literatura” (492).

Por otra parte, la filosofía ha estudiado cómo Cooper estructura sus ideas, reconociéndola como parte de la tradición retórica del siglo XIX. La formación clásica de Cooper sin duda moldeó su uso de las palabras, las estructuras sintácticas y las figuras literarias (Morse. 2014. p. 21). Ella se adscribe a la tradición de la Retórica, teniendo en cuenta que su obra de no ficción no dialoga con las obras literarias publicadas por mujeres hasta el momento, sino con las preocupaciones de los hombres negros tras la Emancipación. Está interesada en dar forma al nuevo mundo, no en narrar el pasado, al igual que algunos de sus contemporáneos masculinos más famosos: Booker T. Washington, Frederick Douglass y W.E.B. Du Bois, que no incluyen ni reconocen las perspectivas de las mujeres en sus obras.

“La *Voz* de Anna Julia Cooper se publicó menos de 30 años después de la 13^a Enmienda a la Constitución de 1865, que declaraba: ‘Ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria, excepto como castigo por un crimen por el que la parte haya sido debidamente condenada, existirán dentro de los Estados Unidos, o en cualquier lugar sujeto a su jurisdicción’. Entre las principales obras que preceden a La *Voz* de Cooper se encuentran *Memoirs of Elleanor Eldridge* (1838); *Religious Experience and the Journal of Mrs. Jarena Lee, Giving an Account of Her Call to Preach the Gospel* (1849); *Narrative of Sojourner Truth* (1850) y los comentarios en

‘Ain’t I a Woman’ atribuidos a Sojourner Truth (de la convención de mujeres de 1851 en Akron, OH[2]); *Narrative of the Life of Frederick Douglass* (1845) y *Douglass’s My Bondage and My Freedom* (1855); y *The Origins of Races and Color* (1879) de Martin Delany”.³

En su tesis para el doctorado de Filosofía en la Universidad de California, Heide Morse explica cómo la práctica de la retórica clásica en los Estados Unidos del siglo XIX por parte de los académicos negros era una forma de mostrar el acceso recién adquirido a la educación, y la inscripción en una tradición seguida por sus pares blancos. Anna Julia Cooper fue una de las primeras mujeres negras que alzó su voz en la esfera pública para defender el cambio y la inclusión. El primer capítulo de *A Voice From The South* fue “leído ante la convocatoria del clero de color de la Iglesia Episcopal Protestante en Washington, D.C., en 1886” (1988. p. 9). Según Morse, Cooper adapta modelos retóricos del *De Oratore* de Cicerón para abogar por el acceso a la educación superior de las mujeres negras. “Cooper, muy versada en la retórica clásica, se apropió de la vinculación de Cicerón entre el cuerpo, la voz y la persuasión retórica para resaltar su perspicacia retórica clásica, volviendo a desplegar las figuras retóricas ciceronianas como herramientas para legitimar su cuerpo –y el de otras mujeres negras– ante el público”⁴.

Los aspectos lingüísticos, como las estructuras sintácticas, las elecciones terminológicas y las figuras retóricas y literarias pueden suscribir a un autor dentro de un

³ Texto original en inglés: “Anna Julia Cooper’s *Voice* was published less than 30 years after the 1865 13th Amendment to the Constitution which declared: “Neither slavery nor involuntary servitude, except as a punishment for crime whereof the party shall have been duly convicted, shall exist within the United States, or any place subject to their jurisdiction.” Select major works that come before Cooper’s *Voice* include *Memoirs of Elleanor Eldridge* (1838); *Religious Experience and the Journal of Mrs. Jarena Lee*, *Giving an Account of Her Call to Preach the Gospel* (1849); *Narrative of Sojourner Truth* (1850) and the “Ain’t I a Woman” remarks attributed to Sojourner Truth (from the 1851 Women’s convention in Akron, OH[2]); *Narrative of the Life of Frederick Douglass* (1845) and *Douglass’s My Bondage and My Freedom* (1855); and Martin Delany’s *The Origins of Races and Color* (1879).” (Gines, K. 2015)

⁴ Texto original en inglés: “Cooper, well versed in classical rhetoric, appropriated Cicero’s linkage between body, voice, and rhetorical persuasiveness to highlight her classical rhetorical acumen, redeploying Ciceronian figures of speech as tools for legitimizing her body –and those of other black women– to audiences.” (Morse. 2014, p. 21).

grupo. En el caso de Cooper, estos rasgos la introducen en una tradición a la que pertenece, según sus estudios y hacer profesional, pero en la que no fue aceptada. Este rechazo no vino directamente de sus colegas blancos, que también usaron la Retórica para inscribirse en la tradición occidental; sino de los intelectuales negros, que no pensaban en escuchar a las mujeres negras ni en incluir las necesidades e intereses de ellas en las reivindicaciones que hacían en nombre de sus comunidades. Si bien el lenguaje es una herramienta de comunicación directa, su uso puede decir mucho sobre los discursos más allá de las ideas que se quieren transmitir. Puede hablar del pasado, el presente y el futuro de esas ideas, de los autores y de la comunidad a la que pertenecen, o a la que quieren pertenecer; lo que puede resultar interesante para los lectores y enriquece el proceso de comunicación, como lo señalan Gérard Genette y Antoine Berman.

Desde los Estudios de Traducción

Como ya se ha dicho, uno de los objetivos de este trabajo es estudiar el ensayo de Anna Julia Cooper y ampliar la conversación alrededor de él a través de la traductología, partiendo de la práctica traductora misma. Esta idea nace del interés por difundir su obra en nuevos círculos y abrir diferentes posibilidades de estudio, así como encontrar lectores y pensadores para sus ideas. Por ello, son necesarios el abordaje terminológico y el análisis desde los Estudios de Traducción, que incluyen pensar en el propósito de la traducción y en el lector potencial que estaría interesado en ella.

Una teórica que nos puede ayudar a resolver estas cuestiones es la traductora y traductóloga alemana Christiane Nord, que en la segunda edición de su libro *Text Analysis in Translation* (2005) presenta el enfoque funcional de la traducción. La autora sostiene que el proceso parte de un cliente o “iniciador” y llega a un receptor (2005. p. 6), el traductor se encarga de entender las lenguas implicadas y la cultura de llegada para producir un texto que satisfaga tanto las intenciones del iniciador como las necesidades del receptor. En el caso de

la traducción de *A Voice From The South* de Anna Julia Cooper, el potencial receptor es el público académico, los lectores contemporáneos interesados en los estudios de raza y género.

La teoría de Christiane Nord de definir claramente el objetivo de la traducción para facilitar su ejercicio es útil a la hora de responder a las dudas prácticas e intentar resolver los conflictos entre la fidelidad al texto y la fidelidad al lector, quien finalmente sería el interesado en acceder a la información y para quien se produce esta nueva obra. El trabajo de traducción debe responder a la contemporaneidad, en el sentido de que no utiliza las normas ortográficas del español del siglo XIX e interviene cuando es necesario modificar la estructura original en favor de la claridad de las ideas, pero también debe conservar algunas de las marcas del siglo XIX en la escritura de Cooper para que el lector pueda apreciar sus referencias e intereses con solo la lectura, sin recurrir a los paratextos.

<p>Other colleges gradually fell into line, and to-day there are one hundred and ninety-eight colleges for women, and two hundred and seven coeducational colleges and universities in the United States alone offering the degree of B. A. to women, and sending out yearly into the arteries of this nation a warm, rich flood of strong, brave, active, energetic, well-equipped, thoughtful women—women quick to see and eager to help the needs of this needy world—women who can think as well as feel, and who feel none the less because they think—women who are none the less tender and true for the parchment scroll they bear in their hands—women who have given a deeper, richer, nobler and grander meaning to the word “womanly” than any one-sided masculine definition could ever have suggested or inspired—women whom the world has long waited for in pain and anguish till there should be at last</p>	<p>Otras universidades empezaron a seguirles los pasos gradualmente. Hoy hay 198 escuelas superiores para mujeres y 207 escuelas y universidades mixtas en los Estados Unidos que ofrecen el bachillerato superior a las mujeres, y que mandan, cada año, a las arterias de esta nación, una cálida y rica corriente de mujeres fuertes, valientes, activas, energéticas, bien equipadas y consideradas. Mujeres que entienden rápidamente y están prestas a ayudar a los necesitados de este mundo lleno de necesidades; mujeres que pueden pensar tan bien como sienten, y que no sienten mucho menos porque piensan; mujeres que no son menos tiernas y sinceras por el rollo de pergamino que cargan en sus manos; mujeres que le han dado un significado más profundo, rico, noble y grande a la palabra “femenino”, del que cualquier definición del lado masculino hubiera podido sugerir o inspirar; mujeres por las que el mundo ha esperado largamente, con dolor y angustia, a que se les pueda añadir a sus fuerzas y se les</p>
---	--

<p>added to its forces and allowed to permeate its thought the complement of that masculine influence which has dominated it for fourteen centuries. (1988. p. 50)</p>	<p>permita permear el pensamiento, para complementar lo que la influencia masculina ha hecho en catorce siglos de dominio.</p>
--	--

También es importante el trabajo de Rita Temmerman (2000), que desde el enfoque sociocognitivo establece que los términos son portadores de la historia y la perspectiva de los especialistas que los utilizan. Comprender ciertos términos desde esta perspectiva puede ayudar a seleccionar los adecuados en la traducción. Un análisis terminológico puede evidenciar el camino que ha seguido una comunidad y las expresiones de futuro que se pueden detectar en sus discursos. Esta perspectiva fue importante para el manejo de términos como “Negro”, “feminidad” y “género”, como se explicará más adelante.

La posición de la traductora

El interés de este trabajo de traducción se guía naturalmente por los principios de los feminismos, entendidos como “una perspectiva crítica y plural para pensar, sentir, estar y actuar en el mundo por cuanto constituyen posiciones que buscan transformar la estructura de la sociedad para lograr una vida más justa para todas las personas, con independencia de sus identidades sexuales y de género” (2020. Castro y Spoturno p. 13). Pues la autora del original, tomó una perspectiva crítica frente a la sociedad en la que vivió para proponer una estructura más justa, independientemente del género y la raza.

Por supuesto, sus ideas encontraron también limitaciones propias de sus creencias religiosas y las convenciones sociales de su momento, pero aportaron a la construcción de una base sobre la que se pararían las predecesoras que llevarían sus propuestas un paso más allá. La misma perspectiva se debe abordar desde la traducción, esperando que el estudio y comunicación de estas ideas permitan ver con claridad esos primeros pasos y sigan aportando

a la construcción de futuro. Además, pretende contribuir a romper el silencio patriarcal que se impuso sobre el trabajo de las mujeres a lo largo de la historia. Silencio del cual la autora del original era consciente y también quería romper.

Con esto en mente, es útil para la traducción tener en cuenta la traductología feminista transnacional propuesta por Olga Castro y María Laura Spoturno en su artículo “Feminismos y traducción: apuntes conceptuales y metodológicos para una traductología feminista transnacional”, que “destaca el papel fundamental de la traducción para facilitar (o entorpecer) alianzas trasfronterizas que cuestionen las asimetrías, incluso entre mujeres, como paso previo a transformar la realidad y promover debates que se opongan a la violencia colonial” (2020. p. 14).

Estas ideas determinan la suscripción de este trabajo a un horizonte traductivo dentro del cual se desarrolla el requerimiento para los traductores que establece Berman en *Pour une critique des traductions: John Donne*. Así mismo, también es importante para el filósofo establecer el sujeto que traduce, el campo desde el que se parte a traducir, así cómo se va a estudiar el campo del que partió la autora del original. Entonces, además de lo mencionado anteriormente, se hace necesario aclarar que el trabajo de traducción viene marcado por mi formación en Estudios Literarios, que implica una tendencia a la “fidelidad” al texto, mejor entendida como la intención de conservar algunas de las marcas del siglo XIX en la escritura de Cooper para que el lector pueda apreciar sus referencias e intereses con solo la lectura, sin recurrir a paratextos o artículos académicos al respecto. Esta tendencia también se puede entender desde mi oficio periodístico, que busca instintivamente una suerte de “verdad” u “objetividad”, que si bien es completamente discutible en la práctica, por la inevitable perspectiva desde que se asume el reporte de cualquier hecho noticioso, apunta al ideal del respeto a las fuentes y su poca manipulación.

De igual forma, también vale la pena aclarar que la base teórica de este trabajo viene del norte global (al que pertenecen el par de lenguas que se trabajan), lo que también implica sesgos, silencios y ausencias. Estos también se perciben por mi formación lejos de los Estudios de Traducción y las escuelas de pensamiento latinoamericano; en cambio, centrada en un programa de Literatura donde se estudió el formalismo ruso, el estructuralismo, la teoría del discurso, la deconstrucción, la teoría de la recepción, el marxismo, la crítica psicoanalítica, el nuevo historicismo y el poscolonialismo, especialmente desde la perspectiva europea y norteamericana.

Además de esos referentes teóricos que hubo en mi formación, mi interés personal ha estado en la perspectiva femenina, tanto en la literatura como en la cultura popular. He estudiado a la mujer como autora, sus intereses y formas literarias, y como productora de contenido, a la cabeza de publicaciones periódicas que dejan ver sus ideales e imposiciones sociales, y cómo estos condicionan su desarrollo. Ninguno de estos estudios ha resultado en publicaciones científicas, sino en trabajos universitarios, participaciones en foros y artículos de prensa que he producido a lo largo de mi carrera.

De ahí que al acercarme a los Estudios de Traducción me inclinara por la voz femenina y específicamente por la búsqueda de una pionera, una de las primeras escritoras de su tipo, que no haya sido correctamente apreciada. Otro factor que influyó, fue mi mayor dominio del par de lenguas español - inglés.

Así el proyecto de traducción no sea completo ni publicado, la intención de llenar un silencio y desde ahí hacer evidente otros (como el hecho de que en Colombia no haya escritoras negras publicadas hasta la segunda mitad del siglo XX) es parte del horizonte traductivo donde se ubica este trabajo y de la caracterización del sujeto que traduce, puntos de partida que son necesarios para los Estudios de Traducción.

Así las cosas, una vez establecido esto, vale la pena reiterar que el proyecto de traducción se ha configurado con base en las teóricas mencionadas en el apartado anterior. Nord, que como Berman, tiene la intención de establecer un terreno sobre el cual traducir, pero desde la caracterización del encargo y el receptor de dicha traducción, en este caso puramente académicos; y Rita Temmerman, que entiende la carga histórica y social de los términos, base sobre la cual se tomaron decisiones sobre la mejor forma de traducir los términos clave para Cooper y los campos de estudio que se ocupan de su obra a tener en cuenta para el análisis. La aplicación de ambas perspectivas se verán de manera amplia más adelante.

Metodología

Para este trabajo se utiliza como texto base la edición de *A Voice From The South* publicada por Oxford University Press en 1988, que tiene 304 páginas. Primero se estableció el contexto histórico de la obra y de la autora para identificar sus referentes y mejor entender a profundidad su trabajo; luego se hizo una lectura analítica del mismo que permitió identificar el uso del lenguaje como herramienta para reclamar un espacio en la sociedad, de dónde viene tal intención y cómo se manifiesta dentro del texto. Paralelamente, se emprendió un proyecto de traducción al español, como una forma de poner a conversar las ideas de Cooper con una tradición a la que ella nunca llegó en vida, pero que también hace parte de sus intereses.

Todos los fragmentos de textos en inglés que se incluyen dentro del desarrollo del presente trabajo son de traducción propia. No solo los correspondientes a la traducción de *A Voice From The South*, también los que salieron de textos académicos producidos originalmente en inglés o francés.

El proyecto de traducción

Según los Estudios de Traducción, emprender un proyecto de este tipo implica múltiples pasos, el primero es enfocar la nueva producción según la intención y el público objetivo, según explica Christiane Nord, en su libro *Text Analysis in Translation* (2005).

El siguiente paso es hacer un análisis terminológico que puede ayudar a identificar los términos clave a traducir. Existen múltiples enfoques teóricos para dicho ejercicio, pero el más útil en este contexto sería el propuesto por Rita Temmerman en su libro *Towards New Ways of Terminology Description. The Sociocognitive Approach* (2000), que permite una perspectiva histórica y social en el análisis del Lenguaje para Fines Específicos (LSP).

Este análisis terminológico exige seleccionar un campo de especialización, que en este caso es la Sociología, la ciencia social encargada del estudio de los fenómenos sociales, como los que Cooper señala en su ensayo. Los principales recursos para este análisis fueron los diccionarios especializados *The Sage Dictionary of Sociology* (2006), editado por Bruce y Yearley; *The Cambridge Dictionary of Sociology* (2006), editado por Turner; y el *Oxford Dictionary of Sociology* (2014), editado por Scott. La terminología para la traducción implica el uso de este mismo tipo de diccionarios en la lengua de destino, donde desafortunadamente no se cuenta con la misma riqueza, pero se pudo echar mano del *Diccionario de sociología*, editado por Demarchi y Ellena en 1986.

Tras este trabajo previo, una vez en el proyecto, la traductora se enfrentó a una constante toma de decisiones que le exigieron la consulta de varias fuentes diferentes. Solo con la traducción de los primeros cuatro capítulos de *A Voice From The South* y su prefacio al español, se encontraron cuestiones tan importantes y difíciles como el uso de las mayúsculas, el empleo de expresiones en francés y el manejo de los recursos retóricos, al igual que la selección cuidadosa de cada término en la lengua de llegada. En este trabajo se aporta algo de luz sobre estas cuestiones.

Se decidió traducir los primeros cuatro capítulos y el prefacio como muestras del estilo de la autora, para determinar si este variaba de acuerdo con la intención con la que estaba escrito cada uno de los textos. Los dos primeros capítulos son discursos, mientras que el tercero y el cuarto ya fueron pensados como ensayos. El prefacio es mucho más literario, una muestra de toda la maestría de la autora que busca dar un golpe de autoridad para quien se aventure a acercarse a sus ideas. A lo largo de este trabajo, se utilizan fragmentos clave para ilustrar las cuestiones que surgieron en el camino y que ayudarán al resto de la traducción, en el futuro. Lo mismo harán los análisis que se hagan del contexto y la vida de la autora, así como de sus formas e intenciones

Una voz que se levanta a pesar y por las circunstancias

Cuenta Vivian M. May en su libro *Anna Julia Cooper, Visionary Black Feminist: A Critical Introduction* (2007), que Anna Julia Cooper nació bajo el apellido Haywood en Raleigh, Carolina del Norte. El apellido de su madre era Stanley, pero llevaba el Haywood por ser empleada doméstica de esta familia cuando aún la esclavitud era legal en Estados Unidos, en 1858. Parece que, de igual forma, el padre de Anna era el mismo amo, así que también hubiera llevado este apellido por derecho, aunque esto nunca se comprobó (p. 14).

Después de la Guerra Civil y múltiples maromas legislativas en los diferentes Estados, finalmente, cuenta Erika Pani en *Historia mínima de los Estados Unidos* (2018), la constitución del país fue enmendada para prohibir la esclavitud y el trabajo involuntario en diciembre de 1865. Esto no significó un cambio social de la noche a la mañana, especialmente en el sur de los Estados Unidos, donde nació Cooper; por el contrario, implicó una fuerte lucha de dominación y resistencia, de la que todavía hoy se pueden ver las consecuencias. “En Estados Unidos el fin de la esclavitud significó el colapso de una forma de vida, de producción y de gobierno, y marcó el inicio de una lucha –ya no por las armas– para definir el porvenir” (p. 143).

Los ahora hombres libres debieron empezar a abrirse espacio, no solo encontrando trabajo en los viejos oficios que ya no debían hacer por obligación, pero era lo único para lo que estaban capacitados, sino precisamente tratando de salir de ellos a través de la educación. En esa tarea jugó un papel importante la iglesia cristiana en sus diferentes manifestaciones, que a través de las instituciones educativas, todavía segregadas, ofrecía posibilidades de capacitación a los hombres negros a cambio de compartir su fe. En una de estas escuelas fue que su madre le consiguió una beca a Anna

Julia Haywood, en 1868. Se llamaba St. Augustine's Normal School and Collegiate Institute y había sido fundada por la Iglesia Episcopal con apoyo de la Oficina de hombres libres de Raleigh (2007. p. 15). Para complementar sus ingresos, Cooper empezó a enseñar a los 10 años, como profesora asistente en la misma escuela.

Así como en los pasillos de la escuela bullían las ideas en torno a la raza y los nuevos roles que debían asumir los negros en la sociedad americana, Cooper vivía la experiencia de ser subestimada por su género.

“De hecho, en mi cabeza, la Iglesia asumió la actitud de que la solución del problema de las misiones negras dependía únicamente en el envío de una cuota de diáconos y sacerdotes al campo, a lo que limitaba su trabajo, mientras las niñas son una especie de *tertium quid*, cuyo desarrollo solo se puede promover si pueden pagarlo y encuentran lugar en los planes trazados para el entrenamiento del otro sexo”⁵.

Ambas situaciones, tanto las cuestiones de la raza que estaba viviendo su comunidad en sus años formativos, como las dificultades que se encontró al querer tener acceso a la misma educación que los hombres, fueron motivadores de *A Voice From The South*.

“Un niño, por escasas que fueran sus capacidades y superficiales sus pretensiones, solo tenía que decir en voz alta sus intenciones de estudiar teología para obtener todo el apoyo, aliento y estímulo que necesitara, se le absolvería de trabajo y recibiría de inmediato toda la dignidad de su futuro puesto. Mientras que una niña autosuficiente tendría que arreglárselas enseñando en el verano y trabajando horas después de la escuela para poder

⁵ Texto original en inglés: “Indeed, to my mind, the attitude of the Church toward this feature of her work is as if the solution of the problem of Negro missions depended solely on sending a quota of deacons and priests into the field, girls being a sort of *tertium quid* whose development may be promoted if they can pay their way and fall in with the plans mapped out for the training of the other sex”. (1892. p. 44)

pagar sus facturas, además de tener que sobrepasar los posibles intentos de disuadirla de obtener una educación superior”⁶.

De igual forma, fue la Iglesia Episcopal, en la que se inscribió, otra gran formadora de su pensamiento. En sus textos apela a los jerarcas locales de dicha iglesia, cuando cuestiona las acciones de la comunidad en favor de los principios cristianos. Es decir, defiende la cristiandad como el modelo superior para llevar a una sociedad por el camino de la civilización, pero también cuestiona que bajo estos dogmas se tenga a la mujer en un papel inferior, cuando ella misma, por su experiencia personal, sabe que las mujeres tienen las capacidades para jugar un papel más importante en la construcción de sociedad, si se les da el campo y las herramientas necesarias.

“Cierta Obispo sureño de la Iglesia revisó la situación, no sé si en ansiedad divina o en ‘antipatía gótica’, desaprobando el hecho de que los hombres negros no se vean atraídos a la Iglesia Episcopal, y llegó a la sabia conclusión de que la Iglesia no se ha adaptado a la ruda e inculta mente de los hombres liberados, y que así se les ha dejado ir a los Metodistas y Bautistas hacia donde sus inclinaciones raciales tienden indiscutiblemente. Cómo el buen Obispo puede aceptar que la sabiduría que todo lo prevé y el amor católico enmarcaron esta Iglesia, como se representa en su ropa sin costuras y cuerpo intacto, y aún así no la dejaron lo suficientemente ancha, profunda y amorosa para buscar, salvar y sostener a siete millones de los pobres de Dios, no lo puedo entender.

⁶ “A boy, however meager his equipment and shallow his pretensions, had only to declare a floating intention to study theology and he could get all the support, encouragement and stimulus he needed, be absolved from work and invested beforehand with all the dignity of his far away office While a self-supporting girl had to struggle on by teaching in the summer and working after school hours to keep up with her board bills, and actually to fight her way against positive discouragements to the higher education”. (1988. p. 77)

Pero los doctores, mientras discuten su diagnóstico científicamente concluyente de la enfermedad, tal vez no creen que es presuntuoso el paciente si se atreve a sugerir al menos dónde está el dolor. Si esto fuera permitido, una mujer Negra del Sur rogaría que se señalaran dos posibles descuidos en este trabajo sureño, que podrían indicar tanto la causa como el remedio a algunas de las fallas. La primera es no pensar en la personalidad del hombre Negro, no haber respetado, si se me permite decirlo, su masculinidad o no haberse referido para nada a sus ideas sobre las necesidades de su pueblo. [...]

El segundo importante descuido, a mi juicio muy cercano a este y probablemente proveniente del mismo, es no desarrollar la feminidad Negra como un fundamento esencial para la elevación de la raza ni utilizar su agencia para extender el trabajo de la Iglesia”⁷.

La prueba de esta teoría no solo la busca con su argumentación en *A Voice From The South*, sino que la ejerce en la escritura de su texto, al mostrar que tiene los referentes y las habilidades para componer una obra de igual o mayor magnitud que la

⁷ “A certain Southern Bishop of our Church reviewing the situation, whether in Godly anxiety or in “Gothic antipathy” I know not, deprecates the fact that the colored people do not seem *drawn* to the Episcopal Church, and comes to the sage conclusion that the Church is not adapted to the rude untutored minds of the Freedmen, and that they may be left to go to the Methodists and Baptists whither their racial proclivities undeniably tend. How the good Bishop can agree that all-foreseeing Wisdom, and Catholic Love would have framed his Church as typified in his seamless garment and unbroken body, and yet not leave it broad enough and deep enough and loving enough to seek and save and hold seven millions of God’s poor, I cannot see.

But the doctors while discussing their scientifically conclusive diagnosis of the disease, will perhaps not think it presumptuous in the patient if he dares to suggest where at least the pain is. If this be allowed, a *Black woman of the South* would beg to point out two possible oversights in this southern work which may indicate in part both a cause and a remedy for some failure. The first is *not calculating for the Black man’s personality*; not having respect, if I may so express it, to his manhood or deferring at all to his conceptions of the needs of his people [...].

The second important oversight in my judgment is closely allied to this and probably grows out of it, and that is not developing Negro womanhood as an essential fundamental for the elevation of the race, and utilizing this agency in extending the work of the Church.” (1988. p. 36)

de sus pares del género masculino. De ahí que se esfuerce en pertenecer a la academia y producir dentro de ella, por lo que fue criticada en su momento por otros hombres y mujeres en la misma lucha, y lo que la caracterizó como singular. Hubo mujeres que escribieron antes que ella y que tomaron los estrados en las plazas públicas para defender ideas similares, como Phillis Wheatley, Sojourner Truth, Frances E. W. Harper e Ida B. Wells; pero Cooper, nombre al que llegaría por su matrimonio con el profesor de griego en St. Augustine's George A. C. Cooper en 1877 (2007. p. 16), quiere hacer este ejercicio dentro de los círculos de poder, no desde la insurrección, lo que solo es posible por la muerte de su esposo, dos años después del matrimonio. El estatus de viuda le permitió reasumir la vida pública desde la respetabilidad, continuar con sus estudios y tomar empleos como educadora. Más adelante pasaría a asumir cargos administrativos en las escuelas y nunca dejaría el activismo en favor de su comunidad, ya fuera fundando nuevos centros, dando discursos o apadrinando niños.

Heidi Morse en su tesis *Minding "Our Cicero": Nineteenth-Century African American Women's Rhetoric and the Classical Tradition* explica que uno de los recursos de los pensadores negros estadounidenses del siglo XIX, para encontrarse a la par de los pensadores blancos que les eran contemporáneos, era recurrir a la Retórica como inspiración para la construcción de sus textos y discursos. Cooper no fue ajena a esta práctica y, dice Morse, como este arte implica el uso y la conciencia sobre el cuerpo, también fue una forma de reclamar un lugar y abogar por la equidad entre las razas, al ponerse en la posición que por tradición ocupaba el otro masculino y blanco. Más adelante se volverá al estudio de Morse para mostrar ejemplos específicos de las figuras de la retórica clásica que aparecen en *A Voice From The South* y cómo se deben abordar en la traducción al español.

La voluntad de Cooper y de su madre en favor de la educación le dio a la autora la posibilidad de construir otra realidad y también inspiraron su trabajo, al mismo tiempo, las circunstancias jugaron a su favor, aunque siempre tuvo algo de viento en contra. Cuenta May que a lo largo de su carrera se encontraría con múltiples obstáculos, como la resistencia en los círculos académicos e incluso el retraso de su ascenso, a pesar de sus amplias cualificaciones, y la constante duda sobre sus capacidades, que le costarían la dirección de la escuela M Street en Washington, D.C. (2007. p. 16).

Es evidente que la vida de Cooper y su contexto histórico brindan herramientas interesantes para la mejor comprensión del texto y la resolución de problemas más adelante en la traducción. De ahí que sea importante mencionarla y tenerla en cuenta.

Una voz que se inscribe en una tradición

Cooper es contemporánea de otros oradores y autores como ella, que comunicaban sus ideas del deber ser de la nueva sociedad y el papel de los negros en ella. Frederick Douglas, Brooker T. Washington y W.E.B. Du Bois se llevaron el reconocimiento como pioneros y voces de su comunidad, trabajo al que Cooper contribuyó. Heidi Morse en su tesis *Minding "Our Cicero": Nineteenth-Century African American Women's Rhetoric and the Classical Tradition* comprueba que dichos autores/oradores se inscribieron en la tradición retórica clásica de Cicerón, Demóstenes y Quintiliano, como lo hacían sus pares blancos.

Morse rastrea esta estrategia a un comentario del político de Carolina del Sur, John C. Calhoun, quien en 1833 supuestamente dijo en referencia a Samuel E. Sewall y David Lee Child que “si él podía encontrar un negro que supiera sintáxis griega, entonces creería que son seres humanos y deberían ser tratados como hombres” (Ronnick citado en Morse. 2014. p. 116). Así, la comunidad negra vio la necesidad de inscribirse en lo que se consideraba entonces lo más alto de la tradición occidental, las ideas y formas de las antiguas Grecia y Roma, la cuna de la civilización.

Morse identifica en *A Voice From The South* recursos propios de Cicerón y la argumentación masculina, como el uso del término “womanhood”, equivalente a “feminidad” en español (lo que se abordará más adelante). Cooper lo utiliza como un apelativo a un grupo numeroso, al que ella pertenece, para usar, como lo hacían sus pares hombres, la forma de la lógica deductiva.

“Parece que no hay mucho que decir entonces de la vitalización, regeneración e influencia progresista de la feminidad en la civilización de hoy, la que, mientras se ha presagiado entre las naciones germánicas en	Texto original en inglés: “It seems not too much to say then of the vitalizing, regenerating, and progressive influence of womanhood on the civilization of to-day, that, while it was foreshadowed among
---	---

<p>el lejano ocaso de su historia como un crecimiento estrecho, enfermizo y retrasado, debe sin embargo su catolicidad y poder, a la profundidad de sus raíces y la expansión de sus ramas a la cristiandad, en la que la unión de estas dos fuerzas, los bárbaros y los cristianos, no demoró mucho después de la caída del Imperio”.</p>	<p>Germanic nations in the far away dawn of their history as a narrow, sickly and stunted growth, it yet owes its catholicity and power, the deepening of its roots and broadening of its branches to Christianity. The union of these two forces, the Barbaric and the Christian, was not long delayed after the Fall of the Empire”. (1988. p. 18)</p>
--	--

También identificó en el mismo título del ensayo una metonimia, pues la autora usa el lenguaje figurado para decir que la mujer negra no hace parte de la discusión alrededor del papel de las comunidades en la nueva nación, pero que debería ser incluida (2014. p. 136):

<p>“En el Sur silencioso, el Negro es y sigue siendo un compás amortiguado, un acorde disonante, una vaga e incomprendida cadencia. Y de ese acorde sofocado, la nota silenciada y sin voz ha sido tristemente la de la expectante Mujer Negra”.</p>	<p>Texto original en inglés: “One muffled strain in the Silent South, a jarring chord and a vague and uncomprehended cadenza has been and still is the Negro. And of that muffled chord, the one mute and voiceless note has been the sadly expectant Black Woman”. (1988. p. 1)</p>
--	--

La anécdota es otro de los recursos propios de la retórica que Cooper emplea constantemente en su obra para persuadir al lector.

<p>“Si, por lo tanto, me encuentro en ese compartimiento del tren designado por ley soberana del Estado para personas que se puedan suponer caucásicas y para personas negras que estén viajando únicamente en el papel de enfermeras o sirvientas, un conductor deberá informarme, como también podría hacerlo cualquier otro caballero, que he cometido un error, y ofrecerse a mostrarme el carro adecuado para las damas negras. Me pregunto por los gastos en los que incurre la compañía transportadora y el Estado al proveer compartimientos especiales y separados para los diferentes tonos de la humanidad,</p>	<p>Texto original en inglés: “If, therefore, I found myself in that compartment of a train designated by the sovereign law of the state for presumable Caucasians, and for colored persons only when traveling in the capacity of nurses and maids, should a conductor inform me, as a gentleman might, that I had made a mistake, and offer to show me the proper car for black ladies; I might wonder at the expensive arrangements of the company and of the state in providing special and separate accommodations for the transportation of the various hues of humanity, but I certainly could not take it as a want of courtesy on the conductor’s part</p>
--	--

pero ciertamente no lo puedo tomar como un gesto de cortesía de parte del conductor que me dio la información”.	that he gave the information”. (1988. p. 94)
---	--

La prosopopeya, es decir, la personificación, también es una figura usual en Cooper. Por ejemplo, dice Morse, en *A Voice From The South* se refiere a “la Mujer Negra del Sur” (2014. p. 142), en la que pone experiencias que ella vivió en la realidad, como las dificultades en el acceso a la educación o la anécdota arriba referida, como si hubieran sido vividas por otros sujetos.

“Solo la MUJER NEGRA puede decir ‘allí donde yo entro, en la silenciosa, indiscutida dignidad de mi feminidad, sin violencia ni demanda o patrocinio especial, ahí y entonces toda la raza negra entra conmigo’. Todavía no es evidente que, como trabajadores individuales por esta raza, nos debemos dirigir con poco entusiasmo a este rasgo de nuestra misión”.	Texto original en inglés: “Only the BLACK WOMAN can say “when and where I enter, in the quiet, undisputed dignity of my womanhood, without violence and without suing or special patronage, then and there the whole Negro race enters with me.” Is it not evident then that as individual workers for this race we must address ourselves with no half-hearted zeal to this feature of our mission”. (1988. p. 81)
---	---

Su vida también es muestra de ello, pues, señala Morse (2014. p. 129), que Cicerón creía que un intelectual talentoso debía aportar dicho talento a su comunidad, para apoyarla moral y espiritualmente. Como se señaló en el apartado anterior, Cooper aplica este principio en su vida y espera que la sigan las mujeres negras.

Un mapa más amplio en conversación

Las ideas que Cooper sustenta en *A Voice From The South* no son originales, sino que ella las adapta del contexto mundial a sus necesidades. Años antes, Soledad Acosta de Samper estaba diciendo cosas similares en las páginas de su periódico *La Mujer*. Por ejemplo, en el ensayo “Estudios históricos sobre la mujer en la civilización”, Acosta cita a Ernest

Legouvé que en 1860 publicó el libro *Historia moral de las mujeres*, donde señalaba que la historia de la humanidad debería ser una materia fundamental en la educación de las mujeres (2014. p. 102).

Durante este ensayo Acosta habla de la mujer hebrea, asiria, persa, egipcia, griega, romana, entre otras. Algo similar hace Cooper, aunque brevemente al principio del primer capítulo de *A Voice From The South*:

<p>“Los zapatos chinos, ciertamente empequeñecen, encalambran y destruyen por completo sus poderes físicos, así como lo han hecho las costumbres, leyes e instintos sociales, que desde eras tempranas han gobernado a nuestra Hermana del Este, debilitando y arruinando su vida mental y moral”</p>	<p>Texto original en inglés: “The Chinese shoe of to-day does not more entirely dwarf, cramp, and destroy her physical powers, than have the customs, laws, and social instincts, which from remotest ages have governed our Sister of the East, enervated and blighted her mental and moral life”. (1988. p. 9)</p>
---	--

Estados Unidos recibió, entre 1848 y 1882, una oleada de migración china de aproximadamente 35.000 personas que llegaron al país atraídos por la fiebre del oro californiano, según Henry Walker, en su artículo “Gold Mountain Guests: Chinese Migration to the United States, 1848–1882”, se trató de una migración masculina, mayoritariamente; tal vez por este fenómeno, Cooper se familiarizó con la cultura asiática y su actitud frente a la mujer. En el mismo capítulo de *A Voice from the South*, más adelante, la autora también muestra su conocimiento de la sociedad turca, para señalar las ventajas que trae a la civilización, la cristiandad:

<p>“Dice cierto escritor: ‘La vida privada del turco es vil, retardataria, sin ambiciones e inconcebiblemente baja’ y, sin embargo, a Turquía no le faltan grandes hombres”.</p>	<p>Texto original en inglés: Says a certain writer: ‘The private life of the Turk is vilest of the vile, unprogressive, unambitious, and inconceivably low.’ And yet Turkey is not without her great men” (1988. p. 10).</p>
--	--

El concepto de civilización también es muy propio del siglo XIX y para definirlo, Acosta cita a François Guizot, político francés, diciendo que es “el perfeccionamiento de la vida civil, el desarrollo de la sociedad propiamente dicha, de las relaciones de los hombres entre sí” (2014. p. 104).

Sobre la necesidad de la educación de las mujeres para el mejoramiento de la sociedad desde la familia, en ese y otros ensayos de *La Mujer*, Acosta también cita a Carolina de Barrau, Zoé Charlotte de Gamond, Félix Antoine Philibert Dupanloup, Obispo de Orleans que escribió “Mujeres sabias y mujeres estudiosas”, y a Juan de Dios de la Rada y Delgado que escribió *Mujeres célebres de España y Portugal* en 1868, entre otros. Cooper no tiene los mismos referentes, ella a su turno cita, por ejemplo, a John Bascom y al reverendo Alexander Crummel, que en 1883 publicó el ensayo “The black woman of the South: her neglects and her needs”, un antecedente claro de *A Voice from the South*. En las ideas que ambas autoras comparten se puede leer, primero, la fuerte influencia del pensamiento francés, que en Cooper también se evidencia en el uso de expresiones francesas en su escritura, y segundo, que las ideas sobre los nuevos roles femeninos se estaban expandiendo, flotaban en el aire entre lecturas y tertulias.

Vale la pena señalar que, aunque Acosta también sabe francés y tiene presentes todas estas expresiones y lecturas, no las usa tanto como Cooper en su escritura. Tal vez porque no busca tanto la validación exterior como la norteamericana, sino hablarle a sus congéneres. Un aspecto que valdrá la pena tener en cuenta más adelante, a la hora de resolver los problemas de traducción. También puede resultar clave que Acosta no utilice “feminidad” tan a menudo como Cooper utiliza “womanhood”, que como se había señalado con base al trabajo de Morse, en *A Voice From The South* obedece a una estrategia propia de la retórica clásica. Tal vez Acosta, aunque usa un lenguaje formal, no está tan permeada por la retórica como

Cooper, al estar alejada de la plaza pública y no buscar promover su causa mucho más allá de una élite, más económica que intelectual.

Tanto Acosta como Cooper son devotas cristianas que ponen el nombre de Dios ante todo, es decir, que defienden la cristiandad, pero también cuestionan la inferioridad de la mujer que se ha perpetuado bajo los dogmas cristianos a lo largo de la historia, como lo desafiaban otros autores contemporáneos, abogando por un papel más importante en la construcción de sociedad para las mujeres.

A pesar de esta apuesta por la educación y su mismo acto rebelde de publicar y tener una vida intelectual, ambas autoras afirman que el rol más fundamental de la mujer sigue estando en el hogar y cuestionan a otras que no tienen la entrega para consagrarse en este papel. Entre las similitudes y diferencias, Acosta se muestra como un referente válido para la potencial traducción al español de Cooper y deja ver el espíritu de los tiempos que permea a ambas mujeres, quienes disfrutaban de una rica vida intelectual. Al ser contemporáneas, tener una afiliación religiosa similar, gozar de lo que se tendría en su momento como una apropiada educación occidental para un hombre de clase alta, compartir el ideal de la cultura francesa y dedicarse a la vida intelectual, el uso del lenguaje de Acosta y sus recursos a la hora de escribir no ficción sirve para contrastar la producción de Cooper. Se puede recurrir a la obra de Acosta para confirmar los términos y las estructuras que hacían parte de las herramientas de los autores de la época en español y, por contraste, los que eran propios del inglés, lo que ayuda durante el proceso de traducción, por ejemplo, con la toma de decisiones.

Resolviendo problemas de traducción

Como se mencionó anteriormente, la traductora alemana Christiane Nord, en la segunda edición de su libro *Text Analysis in Translation* (2005), se basa en un concepto funcional de la traducción. Es decir, que el proceso parte de un cliente o “iniciador” y va hacia un receptor (6), el traductor es el encargado de comprender las lenguas involucradas y la cultura de llegada para producir un texto que cumpla con las intenciones del iniciador y satisfaga las necesidades del receptor. Para la traducción de *A Voice From The South*, el iniciador sería la misma traductora y el receptor un público académico, como objetivo amplio, pero en sentido más estricto serían lectoras hispanohablantes contemporáneas interesadas en los estudios de raza y género.

Un problema terminológico

La distancia entre el texto y el público objetivo plantea varios retos, el primero que salta a la vista es la elección cuidadosa de los términos. Por ejemplo, Cooper utiliza “black man”, “negro”, “colored man” y “dark man” para referirse a los hombres de su comunidad indistintamente, como una cuestión de estilo más que para hacer una declaración. Sin embargo, todos estos términos resultarían ofensivos para los lectores contemporáneos, que en los Estados Unidos empiezan a preferir el término “Black”, incluso al ya establecido “African American”.

“African American” se estableció como el término más aceptado en los años 80, cuando el activista y pastor bautista Jesse Jackson hizo una campaña afirmando que ponía a la comunidad negra en el contexto histórico adecuado, pues todos los grupos étnicos en Estados Unidos tenían una referencia a su lugar de origen y la comunidad negra ya se encontraba en un nivel de madurez suficiente para asumirlo también (Jackson citado en

Martin. 1991). El problema con este término es que no todos los negros de Estados Unidos tienen el mismo origen africano o se identifican con la nacionalidad americana, entonces en la actualidad, gracias también al movimiento de Black Lives Matter, se ha recuperado el término “Black”, con mayúscula inicial para marcarlo como nombre propio y para darle amplitud a las posibilidades identitarias de la comunidad (Eligon, 2020).

En Colombia hay un debate similar, hay partidarios del prefijo afro- (afroamericano, afrocolombiano, afrodescendiente) sobre el término “negro”, pues este era usado por los esclavistas, pero hay quienes defienden su uso precisamente por eso, para resignificarlo:

“Bajo este principio, el ejercicio de repensarse como un paso hacia la descolonización del Ser, implicó reconocer nuestro ser negro-negra como sujeto histórico configurado desde una relación de subordinación, que se inicia en la trata transatlántica, pasando por la relación esclavista hasta una relación de discriminación y exclusión en el hoy. Pero también desde una historia de lucha por la emancipación y la liberación. Es en este contexto donde se configuran también las relaciones de género desde lo que implica el ser negro-negra, entendido también en el sentido cultural del presente permanente que persiste en el imaginario colectivo, rasgo identitario de la comunidad negra, entendido como: soy lo que fueron mis ancestros y soy lo que serán los que me siguen”. (Grueso. 2007. p. 146)

Teniendo en cuenta que hoy hay un retorno al uso de “negro”, tanto en inglés como en español, y este era uno de los términos empleados por Anna Julia Cooper, será el predilecto para la traducción. Casualmente, más cercano a la autora, pues en su tiempo no se había pensado aún en el término “afroamericano”, y, al mismo tiempo, contemporáneo.

Otro término problemático es “womanhood”, que en español se podría traducir como “feminidad”, pero hay resistencia dentro del feminismo a este término, porque está cargado de las connotaciones que por años le ha agregado el patriarcado, como la concepción del

deber ser femenino como el “ángel del hogar”, que sintetiza Pilar Sinués en el tratado homónimo de varios tomos que fija las pautas de comportamiento de la mujer, publicado en 1881. Sin embargo, otras corrientes del feminismo actual han tratado de reivindicar el término, argumentando que ver las cualidades que tradicionalmente se consideran “femeninas” como algo negativo es incluso peyorativo para la mujer, como lo compartió la escritora y académica Vanessa Rosales en entrevista para el artículo de prensa “¿En Colombia se leen más mujeres?”, publicado por El Colombiano. La propuesta de Rosales es no negar el término, sino apropiárselo y agregar otros significados. Es decir, que los roles femeninos por excelencia, como el de cuidadora y el de ser sensible, no se carguen de significados negativos por obra de algunas corrientes del feminismo, sino que se les dé la importancia que realmente merecen. Más en afinidad con esta última tendencia, “feminidad” sería un término apropiado para la traducción al español, y una vez más, como sucedió con “negro”, coincide con el empleado por Cooper originalmente, lo que refuerza la preferencia.

En lo que no coincide Cooper con el lenguaje contemporáneo es en el uso de “sexo” para referirse a lo que hoy se entiende como “género”. En la actualidad, si bien se hace una distinción entre las diferencias fisiológicas entre masculino y femenino, que es lo que se entiende por “sexo”, a lo que en realidad se refiere Cooper en su texto es a los roles de “género”, “que expresan la complejidad de la orientación sexual humana en una sociedad y cultura”⁸ como lo explica B. Turner en *The Cambridge Dictionary of Sociology* (2006. p. 548).

<p>La educación superior era incompatible con la forma del cerebro femenino y aún si la pudieran adquirir, inevitablemente las dejaría sin género al destruir las criaturas</p>	<p>“that higher education was incompatible with the shape of the female cerebrum, and that even if it could be acquired it must inevitably unsex woman destroying the</p>
---	---

⁸ “The sociology of “sexualities” in the plural recognizes the biological differentiation of male and female, but goes on to emphasize the variety of gender roles that express the complexity of human sexual orientation in society and culture”. (Turner. 2006. p. 548)

<p>dependientes, sismáticas, necesitadas y tiernamente desamparadas en las que tan heroicamente los hombres piensan y tan galantemente persiguen, dejando en su lugar una raza formidable de medias azules con rizos de corcho y otras propensiones de las solteras.</p>	<p>lipping, clinging, tenderly helpless, and beautifully dependent creatures whom men would so heroically think for and so gallantly fight for, and giving in their stead a formidable race of blue stockings with corkscrew ringlets and other spinster propensities”. (1988. p. 65)</p>
--	---

En la misma línea, Cooper utiliza expresiones muy arcaicas para referirse a las personas que padecen de alguna enfermedad mental. En ocasiones no es muy claro a qué parte de estas poblaciones hace referencia, de igual manera ella no era experta en este campo y los avances en los mismo tampoco habían sido muy amplios como para llegar a la conclusión de que los enfermos mentales no son “locos” o “imbéciles”, que son algunos de los términos que Cooper utiliza para referirse a ellos, ni siquiera con la intención de ser despectiva sino para caracterizar las poblaciones como dos de los focos en los que la labor de la mujer podría ser útil.

<p>Esas grandes preguntas económicas y sociales esperan su intervención, ella podría iluminar problemas de importancia nacional, su intermediación podría mejorar el manejo de los sistemas educativos o elevar el tono de las instituciones públicas, o humanizar y santificar el alcance de la influencia de prisiones y reformatorios, y mejorar los tratamientos de los enfermos mentales. Ella tiene ideas que vale la pena escuchar en debates dentro de la política económica, podría contribuir con sugerencias sobre las relaciones entre trabajo y capital, u ofrecer pensamientos a propósito del dinero legal y el comercio honorable; lo que, me temo, la mayoría de las personas negras de Estados Unidos no está preparada para hacer.</p>	<p>“That great social and economic questions await her interference, that she could throw any light on problems of national import, that her intermeddling could improve the management of school systems, or elevate the tone of public institutions, or humanize and sanctify the far reaching influence of prisons and reformatories and improve the treatment of lunatics and imbeciles,—that she has a word worth hearing on mooted questions in political economy, that she could contribute a suggestion on the relations of labor and capital, or offer a thought on honest money and honorable trade, I fear the majority of “Americans of the colored variety” are not yet prepared to concede”. (1988. p. 135)</p>
--	--

Para coincidir con las intenciones de la autora y mejor comunicar sus ideas a los lectores contemporáneos se tomaron en la traducción al español estas preferencias terminológicas, proceso al que se llegó a través de un análisis terminológico a partir de las teorías de Rita Temmerman que ya se habían señalado anteriormente. El análisis terminológico a partir del lenguaje de especialidad de la Sociología le añade una capa de significado, a pesar de que con los diccionarios de sociología no se consigue la traducción exacta de los términos, estos sí dan luces sobre los conceptos que está tratando de transmitir la autora y las problemáticas históricas que estos representan. Aunque se trata de respetar las decisiones de la autora, en ocasiones, conservar los términos originales resulta muy disonante para el lector contemporáneo, ambas posibilidades se ilustran con lo anteriormente descrito.

Cuestiones de estilo

Frente al reto de la distancia temporal entre autora y público objetivo, es importante encontrar un balance entre las estructuras sintácticas y las palabras comunes de la lengua escrita del siglo XIX, con las de la lengua del siglo XXI. Cooper utiliza estructuras en pasiva y palabras formales, su ensayo está escrito en un registro académico para sus contemporáneos, lo que es valioso pero, en ocasiones puede resultar difícil para los lectores actuales. En su resumen sobre el inglés del siglo XIX, el Cambridge Dictionary explica que la pasiva era una de las formas predilectas de los autores, pues para la opinión pública era signo de tener un buen inglés, aunque no fuera común su uso en el lenguaje hablado, lo que no sucede en el español actual. Aunque se puede conservar esta forma, el abuso de la misma puede dificultar la comprensión, por lo que vale la pena usar la voz activa. Mientras no atente contra la comprensión, se conservan las decisiones originales de Cooper.

“Al Obispo Benjamin William Arnett, le dedico afectuosamente la primera declaración de mi corazón y pluma, con
--

“To Bishop Benjamin William Arnett, With profound regard for his heroic devotion to God and the Race, both in Church and in

profundo respeto por su heroica devoción a Dios y a la raza, tanto en la Iglesia como en el Estado, y con sincera estima por su adhesión desinteresada a la causa de la Mujer Negra y a la de cualquier interés humano que carezca de voz y necesite un defensor”.

State,—and with sincere esteem for his unselfish espousal of the cause of the Black Woman and of every human interest that lacks a Voice and needs a Defender, this, the primary utterance of my heart and pen, Is Affectionately Inscribed.” (1988)

El estilo del siglo XIX con respecto al actual trae otra serie de cuestiones. La primera de interés es el uso de las mayúsculas. En inglés estas se usan más que en español, y en el siglo XIX era más extendido. David Crystal en *The Stories of English* cuenta que siempre ha habido una gran incertidumbre sobre el uso de las mayúsculas iniciales en inglés, al principio se usaban para los nombres propios y los inicios de frases y versos, pero luego se extendieron a cualquier palabra que pareciera importante como los títulos, las direcciones y las personificaciones, al igual que palabras en las que el autor hiciera un énfasis especial. Pero se trata de una cuestión de estilo, hay quienes usan mucho este recurso y quienes no lo hacen tanto, sigue siendo muy inestable incluso en inglés estándar (2004).

Anna Julia Cooper suele usar la mayúscula inicial como recurso para hacer énfasis en un término, sin embargo, esto puede resultar confuso para el lector hispanohablante si se transfiere todo el tiempo, pues la Real Academia Española sí especifica cuándo se debe usar la mayúscula inicial y cuando no. En el español estándar se suelen seguir sus recomendaciones, por lo que también se hará en la traducción. Por ejemplo, antes era costumbre, en los poemas, emplear la mayúscula al principio de cada verso, pero en la poesía moderna, esta costumbre está en desuso, así que se priorizará esta regla. En cuanto a los términos, la Real Academia permite las mayúsculas iniciales:

“Se escriben con letra inicial mayúscula todos los nombres propios y también los comunes que, en un contexto dado o en virtud de determinados fenómenos (como, por ejemplo, la antonomasia), funcionan con valor de tales, es decir, cuando designan

seres o realidades únicas y su función principal es la identificativa. En otras ocasiones, la mayúscula responde a otros factores, como la necesidad de distinguir entre sentidos diversos de una misma palabra (mayúscula diacrítica), o a razones expresivas o de respeto (mayúscula de respeto)”.

Esta regla incluiría los nombres abstractos personificados o utilizados alegóricamente; los cuatro puntos cardinales; determinados nombres comunes cuando, por antonomasia, designan una sola de las realidades de su misma clase; y determinados nombres, cuando designan entidades o colectividades institucionales. Palabras que Cooper suele escribir en mayúscula inicial, aunque la recomendación de la Real Academia es que las mayúsculas iniciales se usen por cuestiones de respeto en un contexto y no se extiendan a la lengua general. Esto plantea una revisión individual de cada caso en la traducción, sin embargo, siempre y cuando haya una concordancia entre las intenciones de Cooper y la corrección de la lengua castellana, se conservarán las mayúsculas iniciales para preservar en este punto la intención de la autora.

<p>La institución de la Iglesia en el Sur a la que principalmente se busca para el entrenamiento del clérigo Negro y para la ayuda a la "Mujer Negra" y las "Niñas Negras" del Sur, ha graduado desde el año 1868, cuando se fundó la escuela, a cinco mujeres, y mientras cada año varios jóvenes son recibidos y entrenados para el ministerio por las caridades de la Iglesia, el número de mujeres indigentes que han sido apoyadas, refugiadas y entrenadas es impresionantemente pequeño.</p>	<p>“The institution of the Church in the South to which she mainly looks for the training of her colored clergy and for the help of the “Black Woman” and “Colored Girl” of the South, has graduated since the year 1868, when the school was founded, <i>five young women</i>; and while yearly numerous young men have been kept and trained for the ministry by the charities of the Church, the number of indigent females who have here been supported, sheltered and trained, is phenomenally small”. (1988. p. 44)</p>
---	---

Las expresiones francesas

Según la entrada que le pertenece en la enciclopedia Británica, Francia es un referente cultural para el mundo desde que jugó un papel determinante en los procesos coloniales y el consecuente desarrollo del comercio internacional. Pani data su presencia consolidada en el norte del continente americano como colonizadores desde la década de 1540.

“Tras una serie de fracasos estrepitosos —la malograda expedición de Jacques Cartier, que fue prácticamente aniquilada en la desembocadura del río San Carlos durante el invierno de 1535-1536, y el asentamiento de Charlesbourg-Royal, que tuvo que ser abandonado en 1543— los franceses fundaron, a partir de la década de 1540, sobre las costas de Acadia (hoy Nueva Escocia) y Terranova, a lo largo del río San Lorenzo y alrededor de los Grandes Lagos, un imperio basado en la pesca estacional y el comercio de pieles (nutria, castor, marta, lince, zorro)”. (2016. p. 27)

Según la Británica, el florecimiento cultural francés comenzó en la Edad Media apalancado en los religiosos católicos que jugaban el papel de académicos y eran apadrinados por los aristócratas. En este contexto fue su llegada a América, que según Pani (p. 51), luego se vio afectada por los diferentes movimientos geopolíticos que se daban en Europa, como la Guerra de los Siete Años en 1756, que “terminó con una clara victoria británica. Gran Bretaña había ocupado La Habana (que desalojó), gran parte de Luisiana (que cedió a España en el tratado de paz), el Canadá francés y la Florida española”. El antagonismo entre Gran Bretaña y Francia desencadenaría que este último jugara un papel determinante en la independencia de los Estados Unidos, lo que se complementó con el aumento del mecenazgo en el siglo XVIII, por parte de los nuevos poderosos a artistas y científicos, que alimentó la explosión cultural del Renacimiento y movimientos como la Ilustración.

La Ilustración fue un impulso para la búsqueda de una educación global y la idea de que el hombre debía cultivarse para llegar a su mejor versión, conceptos que fueron clave

para las comunidades negras libres de la esclavitud, que veían en la educación una herramienta para construir un nuevo destino. Así lo fue para Anna Julia Cooper, quien accedió al mundo académico desde muy temprana edad y terminó convirtiendo la pedagogía en la vocación de su vida.

La relación de América y Francia fue muy cercana durante los siglos XVIII y XIX, posterior a la Revolución, el país europeo continuó siendo fuente de ideas emancipadoras para las jóvenes naciones americanas, así terminara jugando en su contra, pues esto también desencadenaría la independencia de Haití, su próspera colonia, que también se convirtió en la primera nación americana en abolir oficialmente la esclavitud.

Anna Julia Cooper estudió críticamente el tratamiento que los franceses les dieron a los esclavos africanos en la isla, de ahí escribió la tesis que presentó para obtener su doctorado en la Universidad de París, en 1925, titulada *L'Attitude De La France A L'Egard De L'Esclavage Pendant La Revolution*. En su tesis, Cooper examina la relación entre los revolucionarios parisinos del siglo XVIII y los franceses que habitaban San Domingue, la colonia que posteriormente se convertiría en Haití. Cooper defendía que el comercio legal de esclavos podría haber sido un tema de discusión importante en medio del debate por los derechos humanos que traería la Revolución, pero sus impulsores perdieron la oportunidad de ir más allá en la lucha por la igualdad y la libertad. Para Cooper, es necesario tener en cuenta la perspectiva racial para entender por completo el fenómeno de la Revolución, un aporte que ella hace desde su posición como mujer negra americana. La tesis fue escrita originalmente en francés y traducida al inglés por la historiadora Frances R. Keller en 2006.

El rol de Francia en el panorama global llevaba los productos, costumbres e ideas francesas por el mundo, posicionándola como referente cultural, de ahí que fuera un referente en todos los campos y el uso de expresiones en francés fuera común en la literatura de la época, pues se consideraba sofisticado y una suerte de homenaje al país europeo. Aunque no

encontré un estudio sobre el uso de francés en Anna Julia Cooper, sí hay estudios al respecto en sus contemporáneos, es el caso de Walt Whitman (1819-1892) quien no solo usaba frases hechas en francés en sus textos, también incluía palabras sueltas. En el artículo “Walt Whitman's French” de K.H. Francis, el profesor afirma que el uso de francés en Whitman se debe a la admiración por la cultura del país europeo y por haber pasado una temporada de su vida en Nueva Orleans.

“Estos términos aparecen de diversas maneras: a veces desfilan con ostentación, a veces se insinúan ingeniosamente en una frase para transmitir un tono más bien satírico (esto es más característico de esta prosa que de su poesía), a veces se utilizan sin ninguna razón aparente y sin servir para nada. En cualquier contexto que aparezcan estas palabras, se emplean con absoluta confianza (aunque algunas de ellas estén mal empleadas), y con la ebullición dogmática que es tan típica de toda su producción”⁹.

Cooper es originaria de Carolina del Norte, aunque no pasó tiempo en Luisiana sí se encuentran ambos estados al sur de los Estados Unidos. El uso de las expresiones en francés, e incluso en latín, hablan del momento de Cooper, su cultura y el público al que ella se estaba dirigiendo, por eso se conservan en la traducción. Como se explicó en apartados anteriores, el acceso al conocimiento, el uso del mismo para elaborar nuevas producciones académicas y la búsqueda de un lugar legítimo en los círculos de la alta cultura hacen parte de la lucha personal de Cooper, y de lo que ella se imaginaba para todas las mujeres negras.

⁹ Texto original en inglés: “These terms appear in a variety of ways -sometimes paraded with ostentation, sometimes artfully insinuated into a sentence to convey a rather satirical tone (this is more characteristic of this prose than his poetry), sometimes used without any apparent reason and serving no useful purpose. In whatever context these words appear, they are employed with absolute confidence (even though some of them are wrongly employed), and with the dogmatic ebullience which is so typical of his whole output” (1956. p. 494)

La necesaria marca del inglés

Si bien es inevitable que una traducción quede teñida con las estructuras y palabras de su idioma original, en el caso del ejercicio que se hizo con *A Voice from the South* para este trabajo, el inglés, el ideal es que este idioma quede fuera del nuevo texto en español, sin embargo, en el capítulo “La mujer vs. el indio” fue necesario dejar la marca del inglés para que se pudiera transmitir por completo el mensaje que planteaba la autora, recurriendo a herramientas formales que tal vez complejizan el enunciado, pero conservan la idea y logran su comprensión para el lector que solo domina el español.

La Srta. Shaw es presidenta de Wimodaughsis [que, para la comprensión de los no iniciados, es un club cultural de mujeres, cuyo nombre está compuesto por las primeras letras de las palabras "esposas" (wives), "madres" (mothers), "hijas"(daughters) y "hermanas" (sisters) en inglés], y una dama del Estado del Bluegrass era la secretaria.	Texto original en inglés: Of Wimodaughsis (which, being interpreted for the uninitiated, is a woman's culture club whose name is made up of the first few letters of the four words wives, mothers, daughters, and sisters) Miss Shaw is president, and a lady from the Blue Grass State was secretary. (1988. p. 80).
---	--

En este caso, preferí conservar la expresión en inglés en la traducción para permitir el juego de palabras con el que se había construido el original, porque más adelante la autora utiliza la sonoridad de la palabra “wives” en inglés para equipararla con “white”, y lanzar una puya a las dirigentes de las asociaciones que buscaban empoderar a las mujeres, pero que terminaban coartando el desarrollo del género por conservar los prejuicios relativos a la raza.

La secretaria de Kentucky, una dama ferviente de las buenas obras y quien, no puedo dejar de imaginar, pertenece a la estimable clase que diariamente agradece al Señor que haya hecho la Tierra para que ellos tengan el trabajo de supervisar su rotación, y a quien verdaderamente le gustaría ayudar a "elevar" a las comunidades negras (a su manera, por supuesto, y siempre y cuando entiendan su lugar), se llena de horror y dolor al ver que	Texto original en inglés: The Kentucky secretary, a lady zealous in good works and one who, I can't help imagining, belongs to that estimable class who daily thank the Lord that He made the earth that they may have the job of superintending its rotations, and who really would like to help "elevate" the colored people (in her own way of course and so long as they understand their places) is filled with grief and horror that any persons of Negro
--	---

<p>una persona de origen Negro pueda aspirar a aprender a escribir a máquina o alguna lengua, o que disfrute cualquier otra ventaja de las que ofrecen los sagrados muros de Wimodaughsis. En efecto, ella no había calculado que existían más esposas, madres, hijas y hermanas además de las blancas, y de verdad estaba convencida de que Whimodaughsis sonaría igual de bien, solo tendría que significar "white mothers, daughters and sisters" (madres, hijas y hermanas blancas). De hecho, si es que hay algo en un nombre, nada se perdería si se omitiera, por evitar la eufonía, de este mosaico único, las letras que representan a las esposas (wives). Whiwimodaughsis puede sorprender un poco y el tema de las esposas es mejor que dé lugar a "blancas", pues claramente no todas las mujeres son esposas, mientras que todas las esposas son seguro hijas. Entonces, las hijas podrían representar a las esposas y esta immaculada asamblea para propagar las ideas liberales y progresistas, y diseminar una cultura más amplia y humana, podría librarse de la dolorosa posibilidad de ver que un hombre Negro llegara en el futuro a escoltar de una clase nocturna a esta solitaria aplicante negra.</p>	<p>extraction should aspire to learn type-writing or languages or to enjoy any other advantages offered in the sacred halls of Wimodaughsis. Indeed, she had not calculated that there were any wives, mothers, daughters, and sisters, except white ones; and she is really convinced that Whimodaughsis would sound just as well, and then it need mean just white mothers, daughters and sisters. In fact, so far as there is anything in a name, nothing would be lost by omitting for the sake of euphony, from this unique mosaic, the letters that represent wives. Whiwimodaughsis might be a little startling, and on the whole wives would better yield to white; since clearly all women are not wives, while surely all wives are daughters. The daughters therefore could represent the wives and this immaculate assembly for propagating liberal and progressive ideas and disseminating a broad and humanizing culture might be spared the painful possibility of the sight of a black man coming in the future to escort from an evening class this solitary cream-colored applicant. (1988. p. 81).</p>
--	---

Este recurso es una muestra más de las habilidades retóricas de Cooper, además, el capítulo es una respuesta a un ensayo publicado por Anna Shaw, a quien critica por defender en este caso a las mujeres negras, pero haber discriminado en otras ocasiones a las comunidades indígenas. Con este ejercicio, Cooper señala las faltas de las feministas blancas y hace un llamado al feminismo interseccional, pues evidencia la necesidad de estudiar la condición de la mujer desde la perspectiva racial y trabajar por superar los diferentes niveles de discriminación en favor de la igualdad de oportunidades.

Las otras voces del sur

Al ser del Sur de los Estados Unidos, Cooper en ocasiones reproduce en sus historias fonéticamente el acento de los campesinos blancos sureños, también como recurso para hacer notar su alta cultura y lo chocante que le resulta que personas que siente o considera sus inferiores, por su estatus socioeconómico y nivel educativo, sean quienes terminan por maltratarla en las calles y hacerle saber que su lugar es estar por debajo de ellos, por ningún otro motivo que su color de piel.

<p>Pero cuando una fornida masculinidad de 1,80 con hombros inclinados y barba descuidada entra pavoneándose, llevando un fajo de tabaco a la esquina de su mandíbula, me gruñe sobre el periódico que estoy leyendo, "Eh niñita" (tengo más de 30 años) "má te vale que te bajés d'este carro, si no te saco yo" —mi anotación mental es "he aquí un ciudadano americano que ha sido mal entrenado".</p>	<p>Texto original en inglés: "But when a great burly six feet of masculinity with sloping shoulders and unkempt beard swaggers in, and, throwing a roll of tobacco into one corner of his jaw, growls out at me over the paper I am reading, "Here gurl," (I am past thirty) "you better git out'n dis kyar 'f yer don't, I'll put yer out,"—my mental annotation is Here's an American citizen who has been badly trained". (1988. p. 95).</p>
---	---

Cabe anotar, pues la cita lo permite, que todas las unidades de medida se han adaptado al contexto latinoamericano para mejor comprensión del lector tipo. Sin embargo, lo interesante de este fragmento es que plantea dos problemas, uno de forma y otro de fondo.

El de forma hace parte de una cuestión traductológica que se ha abordado desde diferentes perspectivas: cómo traducir a una lengua meta marcas lingüísticas que solo tienen sentido en la lengua de salida. Es decir, no existe en el español una variante equivalente al inglés sureño estadounidense porque no existe una población equivalente a los habitantes de la antigua Confederación en ningún territorio hispanohablante. Este no siempre es el caso cuando un autor decide utilizar lo que David Brett llama "eye-dialect" en su artículo "Eye Dialect: Translating the Untranslatable". Un término que usó por primera vez George P. Krapp en 1925 para referirse al uso de escritura no convencional para reproducir un lenguaje coloquial en un texto escrito.

Se han visto casos de acentos de inglés jamaicano traducidos al español caribeño, como lo ejemplifica Miguel Sanz Jiménez en su artículo “La traducción española de las voces rurales y sureñas: *Una infancia*, de Harry Crews”, pero cuando se trata del inglés sureño estadounidense, al no haber una equivalencia evidente, el traductor puede recurrir a las estrategias que plantean Rica Peromingo y Braga Riera basados en la clasificación de Tello Fons, que también refiere Sanz en su artículo:

“amplían a seis las estrategias traductológicas para trasladar para trasladar —o no— los dialectos literarios (133-134): la compilación dialectal o uso del argot de la lengua de llegada; la traducción pseudodialectal o uso del registro no estándar y coloquial para crear un habla de menor grado de formalidad; la traducción dialectal paralela, que consiste en traducir por un dialecto existente en la lengua meta que despierte connotaciones similares a la variedad del texto fuente; la localización dialectal, que da un paso más y traslada el dialecto y la ambientación a una región concreta de la cultura meta; la estandarización o eliminación del dialecto literario en aras del español estándar; y la compensación, que “permite que algunas estructuras marcadas se traduzcan a la lengua estándar del texto final, a la vez que otras no dialectales se marcan en la traducción” (141)” (2022. p. 170).

Para la traducción de este recurso en *A Voice From The South*, preferí la traducción pseudodialectal, por la falta de equivalencia antes mencionada. En cuanto al problema de fondo, cabe señalar que este recurso en Cooper es un reflejo más del sentimiento clasista de la autora, que no solo se ve por esta mirada condescendiente al otro, sino en un feminismo donde no hay lugar para mujeres fuera de la moral cristiana, como lo señala Mary Helen Washington.

Curiosamente, *Una infancia* de Harry Crews (1978), el libro cuya traducción llamó la atención de Sanz Jiménez, se consideró como una obra que humaniza y reivindica a los

“rednecks estadounidenses”, como se les conoce a los campesinos blancos del sur de los Estados Unidos:

“desmantelando así el estereotipo de persona violenta e ignorante, tradicionalmente asociado con estos blancos de clase baja en novelas y películas previas, como *Defensa* (*Deliverance*, de John Boorman, 1972). Según Watkins, Crews reclama cierta dignidad para los rednecks y subvierte “a centuries-old trend in which this class of southerners is maligned and demonized, on the one hand, or treated as comic figures, on the other” (16-17)” (2022. p. 174).

Así como Cooper se siente más violentada por ser víctima de una persona que considera inferior, a ese otro que violenta también le llega su turno de ser violentado y eventualmente reivindicado.

Referencias y citas

Otra de las preguntas que surgieron al enfrentar la traducción fue el tema de las referencias y notas a pie de página. Un primer impulso es tratar de completar las referencias a los artículos o libros citados por la autora, pero no fue posible encontrar los tomos específicos, más porque Cooper cuando cita una idea hace la referencia solo al autor o señala el tema que tienen en común, pero no deja datos completos que se acostumbra a usar hoy como el nombre de la editorial donde se publicó el volumen, el año y el número de página. Es muy difícil encontrar la fuente de la referencia original hoy, de ahí que se tomara la decisión de dejar las notas a pie de página tal cual la autora las planteó, sin ningún agregado o corrección. Eso también hace que se eviten las notas a pie de página de traducción, pues estas terminan por hacer parte de la información que buscaba transmitir la autora del original, por lo que se conservan como espacio propio de la obra. Puede que el lector no sienta que le digan mucho a primera vista, pero estas le podrían llevar a una búsqueda bibliográfica posterior, si le interesa el tema.

Si bien Cooper no es muy rigurosa con sus citas y referencias, es importante anotar que las hace, esto puede ser parte de su ejercicio como académica, pero también es una muestra de sus lecturas y una herramienta para legitimar sus propios argumentos apoyándose en nombres más conocidos. La mayoría de sus autores son hombres, pues ya se ha mencionado que antes de ella era poco lo que se había publicado firmado por una mujer, mucho menos en el campo de la no ficción, que es lo que le interesa para contribuir a los diferentes debates, pero también está muy atenta a lo que tienen por decir sus congéneres en el debate feminista, como lo demuestra en el tercer capítulo “La mujer v. el indio”. Cooper conversa con el pasado, con la religión, con sus contemporáneos y con la cultura popular, porque analiza su entorno y quiere que todos estos campos también la tengan en cuenta a su turno, favor que no le hacen. Sus contemporáneos no suelen ser tan generosos con las citas, incluso cuando se refieren a sus ideas, aún estando publicadas formalmente, fallan en atribuírselas. Estos círculos a los que ella aspiraba se le mantuvieron cerrados, aunque es cierto que encontró en otros religiosos y en las mujeres interlocutores que estuvieron dispuestos a intercambiar ideas.

Por otro lado, Cooper también echa mano de poesías y cantos populares, es una muestra de su cultura, lo que al mismo tiempo es señal de ese interés artístico que tiene. Aunque el uso del lenguaje que hace la autora es parte del estilo de la época, el hecho de que se preocupe por cultivarlo, por usar figuras literarias y por crear frases elaboradas, deja ver que la lengua es importante para ella y que tiene una sensibilidad artística.

En el caso de estas referencias es aún más difícil encontrar una fuente de los originales, incluso cuando cita unos versos de George Eliot para su “soprano obligato”, que le da el tono a lo que se encontrará el lector más adelante.

Para ellos las mujeres de corazón real /	Texto original en inglés: For they the
--	--

<p>son aquellas que noblemente aman a los más nobles, y aún tienen gracia / para vidas necesitadas, sufridas, en lugares humildes; / cargando una variedad de luz en sus sonrisas, / El rayo más celestial que compadeció al canalla.</p> <p>Aunque era feliz, coronada al lado del rey, / Debía atender cada pequeño detalle / con mi pecho cálido y herido, que no tenía qué decir / sus punzadas internas; y bien que lo aliviaban / con un delicado roce y un bajo, suave, gemido / por compañía.</p>	<p>Royal-hearted Women are / Who nobly love the noblest, yet have grace / For needy, suffering lives in lowliest place; / Carrying a choicer sunlight in their smile, / The heavenliest ray that pitieth the vile.</p> <p>Though I were happy, throned beside the king, / I should be tender to each little thing / With hurt warm breast, that had no speech to tell / Its inward pangs; and I would soothe it well / With tender touch and with a low, soft moan / For company. (1988. p. II).</p>
---	--

Aunque Cooper era una académica consagrada, sus citas son poco cuidadosas, se intuye que en ocasiones toma las ideas de memoria, más que de la fuente primaria, aunque la falta de rigor también se puede atribuir a las ediciones de la época, que eran menos cuidadas y varias de las obras clásicas fueron sujeto de revisiones posteriores para acercarlas más a sus fuentes originales, que es a lo que tenemos acceso hoy. Sin embargo, el hecho de que Cooper tenga las cita dice mucho del lugar que le da al otro en su propia producción, el esfuerzo de señalar que dichas ideas no son propias y que le han aportado de alguna manera, cortesía que no tienen con ella contemporáneos como Du Bois.

“En un ensayo compasivo y generalmente progresista titulado ‘Sobre la condenación de las mujeres’, Du Bois analiza con simpatía la opresión de las mujeres negras, pero no hace ningún esfuerzo por recurrir a los escritos de las intelectuales negras para conocer sus puntos de vista sobre los problemas a los que se enfrentan. De hecho, en un notable descuido, Du Bois cita la brillante observación de Cooper «solo las mujeres negras pueden decir 'cuándo y dónde entro'» y no la atribuye a ella sino anónimamente a ‘una de nuestras mujeres’”.¹⁰

¹⁰ Texto original en inglés: “In a compassionate and generally progressive essay called “On the Damnation of Women,” Du Bois sympathetically analyzes the oppression of black women, but he makes no effort to draw on the writings of black women intellectuals for their insights into the problems facing black women. In fact, in a remarkable oversight in this essay, Du Bois quotes Cooper’s brilliant observation that “only

Cooper sí tiene esa cortesía, además decide incluir versos de la sabiduría popular, lo que es importante porque con esta acción ayuda a fijar y conservar, de alguna manera, estos saberes, y les da el mismo lugar que le otorga a sus lecturas más académicas o literarias, entonces se puede decir, que no considera menor la herencia cultural que la precede.

Un infante gritando en la noche,

Un infante gritando por la luz;

sin lenguaje —pero un grito¹¹.

the black women can say ‘when and where I enter’” and attributes the statement not to her but anonymously to “one of our women” (Washington. 1988. p. xlii).

¹¹ Texto original en inglés: “An infant crying in the night, / An infant crying for the light; / And with no language—but a cry”. (1988. p. i).

Conclusiones

La cuarta ola del feminismo ha dado el impulso para varios proyectos editoriales que tienen la intención de corregir opresiones del pasado y eliminar silencios en los que quedaron atrapadas diferentes autoras por las limitaciones que se encontraban para su obra y el debate público por el hecho de ser mujeres. Se han visto en los últimos años reediciones de obras como la de la escritora colombiana Marvel Moreno, que fue víctima de violencia editorial, pues su obra sufrió cambios que ella no aprobó; Moreno fue traducida también al francés y al inglés, una muestra del valor de su trabajo dentro de la literatura contemporánea. Luego apareció la Biblioteca de Autoras Colombianas que lanzó el Ministerio de Cultura con el rescate de más 18 autoras cuya obra fue poco conocida en el momento de su publicación y que ahora se pretende que lleguen a la cultura general o seduzcan a los académicos. También hay casos internacionales de gran éxito como el de Lucía Berlín, que fue un rescate de la literatura norteamericana o la reedición de las obras de escritoras mujeres del siglo XIX que fueron publicadas bajo seudónimos masculinos para facilitar su difusión, Editorial Planeta lanzó ediciones de bolsillo con los nombres propias de las autoras. Es valioso que académicos y editores unan esfuerzos para romper esos silencios, porque las mujeres que escribieron antes de la segunda mitad del siglo XX tuvieron que sobrepasar muchos obstáculos para lograr ser publicadas y más aún para ser bien valoradas en su contexto, mujeres como Anna Julia Cooper aún más, por el tema racial.

Seguramente muchas autoras se quedaron solo en el sueño de plasmar sus ideas en un texto y difundirlo, porque lo veían como un imposible o simplemente porque esa posibilidad no hacía parte de su mundo, no existía, así que una deuda con las mujeres que lograron superar esos obstáculos y ver más allá es que se les reconozca el esfuerzo, que se les dé la

posibilidad de interlocutar y ser escuchadas, así sea lejos de su tiempo. De ahí que sea importante el estudio de Anna Julia Cooper, que aún tiene mucho por decir.

Desde mi posición en el mundo, como académica, traductora y mujer cercana a los principios de los feminismos entendidos como equidad, me encuentro en el mismo plano de Cooper con el ideal de una sociedad en la de que todos los seres humanos puedan desarrollar su potencial independientemente de su género y color de piel, entre otros. De ahí que me haya decantado por este proyecto, que me permite observar el germen de las ideas que comparto y cómo la lucha por dicha equidad lleva más de un siglo, quiénes han aportado a ella, con qué ideas, desde qué orillas y con qué falencias. El mapa del recorrido que ha llevado a las mujeres a donde están hoy, un nuevo punto de partida, que no debería quedar para mi único disfrute sino que debería ser amplificado, a través de la difusión del estudio de la autora y el proyecto de su traducción.

Aportar a que se siga rompiendo el silencio alrededor de la obra de Cooper, también es un grano de arena para impulsar otros movimientos, como la búsqueda autoras negras colombianas anteriores a la segunda mitad del siglo XX, búsqueda que fue infructuosa para este trabajo, por lo que la necesidad de un referente tuvo que ser satisfecha con una autora blanca.

En este trabajo fue posible identificar el diálogo que mantuvo Cooper, sin saberlo, con Soledad Acosta de Samper, ver como a ambas les preocupaban cosas similares y tenían propuestas parecidas para aportar a la construcción de las jóvenes naciones en las que se encontraban. Las distancias también son grandes y eso también habla, como el hecho de que en Colombia ni siquiera se estuviera pensando en las comunidades negras, mientras que en Estados Unidos ya tenían acceso a la educación y estaban preocupados por liderar sus comunidades hacia un presente y un futuro mejor.

El análisis que fue necesario hacer para comenzar la traducción de *A Voice from the South* también dejó sorpresas, especialmente en el campo terminológico. En su ensayo "Hidden Name and Complex Fate. A Writer's Experience in the United States", Ralph Ellison (2003) explica cómo su nombre marcó su destino como escritor; se llamaba como el poeta Ralph Waldo Emerson. También señala que los nombres en las comunidades negras de Estados Unidos llevan todo el peso de su historia:

“Debemos aprender a llevar nuestros nombres dentro de todo el ruido y la confusión del entorno en el que nos encontramos, convertirlos en el centro de todas nuestras asociaciones con el mundo, con el hombre y con la naturaleza. Debemos cargarlos con todas nuestras emociones, nuestras esperanzas, odios, amores, aspiraciones. Deben convertirse en nuestra máscara y nuestros escudos y en los contenedores de todos esos valores y tradiciones que aprendemos y/o imaginamos como el significado de nuestro pasado familiar”¹²

Al igual que la historia familiar y las perspectivas de futuro pueden leerse en el nombre de una persona, el desarrollo de las comunidades puede leerse en los términos empleados para nombrarlas. Un ejemplo muy claro es la evolución de los términos utilizados para referirse a las comunidades negras en Estados Unidos desde su llegada al continente americano hasta nuestros días y los diversos aspectos que se desprenden de su interpretación, como muestra el profesor de ciencias políticas Ben L. Martin en el ensayo "From Negro to Black to African American: The Power of Names and Naming" (1991).

La terminología, como disciplina de la lingüística, puede utilizarse en el estudio diacrónico de las categorías (Temmerman, 2000, p. 224) empleadas para hablar de una comunidad específica, un campo de interés para diversas ciencias; o en el desarrollo práctico

¹² Texto original en inglés: “We must learn to wear our names within all the noise and confusion of the environment in which we find ourselves, make them the center of all of our associations with the world, with man and with nature. We must charge them with all our emotions, our hopes, hates, loves, aspirations. They must become our mask and our shields and the containers of all those values and traditions which we learn and/or imagine as being the meaning of our familial past”. (p. 192)

sincrónico de diccionarios y glosarios (Hoffmann, 1998, p. 15) que ayudan a evitar la discriminación y facilitan la convivencia en entornos como las universidades, en las empresas o incluso en las redes sociales, como se ha utilizado hoy en día en este tema específico. Ambos enfoques son útiles para los traductores.

Este no es el único recorrido terminológico que se puede hacer a través de la historia de las comunidades oprimidas. La nueva ola del feminismo y los estudios de género han abierto el debate en torno a unidades de comprensión que estaban fijadas en apariencia como "hombre" o "mujer", "sexo" y "género", términos que hoy se definen lejos de la genitalidad y más cerca de la identidad (Fauds 2021), sin mencionar las perspectivas, dominios, intenciones e información histórica que puedan tener en los textos.

El análisis terminológico permite evidenciar a través de las palabras y su uso la evolución del pensamiento, e incluso el famoso péndulo de la historia. Así como hay términos utilizados por Cooper que en estos momentos no suenan contemporáneos y es mejor reemplazar para evitar la disonancia en el lector a la hora de traducir, como los referentes al género y a la salud mental; hay otros que han dado una vuelta y se vuelven a usar en la actualidad, pero con cargas diferentes y significados más amplios.

La terminología no sólo puede configurar una guía práctica para navegar en las sociedades más diversas de hoy, desde una perspectiva más holística, sino que también puede ponerse en juego para lograr una comprensión óptima del pasado y del camino que las comunidades oprimidas tuvieron que recorrer para tener un lugar en la mesa, aunque su lucha no esté cerca de terminar. La evolución es la fuerza que mueve a los humanos y sus lenguas.

El camino está apenas abierto y las posibilidades son amplias, no solo para continuar con la traducción y estudio de la obra de Anna Julia Cooper, sino también para continuar rompiendo los silencios, tanto editoriales como académicos alrededor de las escritoras. Lo que muestran las dinámicas de los términos, por ejemplo, es que el análisis no es caduco

porque se renueva con el tiempo y los movimientos que revisan el presente, para construir un mejor futuro, como a su turno lo hizo Cooper.

Su formación, su recorrido vital, sus intereses, así como su producción literaria son extraordinarias. El desarrollo de un estilo propio, en confluencia con su tiempo y con la intención de generar un impacto en su sociedad, evidencia toda una serie de temas alrededor del pensamiento de su tiempo, no solo en los textos, sino en los paratextos. Por ejemplo, mientras la obra se esfuerza en encajar con los ideales de la época con el uso de la voz pasiva, las mayúsculas, los extranjerismos, las figuras retóricas y las muchas citas a diferentes tipos de textos; el estudio de los paratextos deja ver cómo los contemporáneos más relevantes, los hombres a los que se estaba dirigiendo directamente, la ignoraron y, por momentos, trataron de acallar su voz.

La academia fue el refugio y la salvación, y siguiendo dicho camino, con las herramientas que esta le prestó, abrió una ruta para sus sucesoras, aunque no lograra su último objetivo. Aún hoy, dichas sucesoras, continúan tratando de lograr el cambio social y estudiando los múltiples fenómenos de la vida humana a través del lente de los feminismos, cada vez más complejos. Las preocupaciones de Cooper se han heredado a través del tiempo, como viajaron sus ideas. Todavía queda pendiente para la mujer, y con mayores dificultades para las negras, el alcance de la equidad frente a los hombres de sus diferentes comunidades y temas que han confirmado su importancia como el acceso a una educación de calidad, la necesaria protección de las niñas y la necesidad de escuchar e incluir la voz de la mujer en cada uno de los aspectos de la humanidad.

Referencias

- African American Registry (2021). “Negro (the word) a brief history”. In <https://aaregistry.org/story/negro-the-word-a-history/> [11-07-2021]
- Agyemang, C., Bhopal, R. and Bruijnzeels, M. (2005). “Negro, Black, Black African, African Caribbean, African American or what? Labelling African origin populations in the health arena in the 21st century”. *J Epidemiol Community Health*, 59:1014–1018. doi: 10.1136/jech.2005.035964
- Acosta, S. (2014). *La Mujer (1878-1881)*. Instituto Caro y Cuervo
- Berman, A. (1995). *Pour une critique des traductions: John Donne*. Gallimard
- Brett, D. F. (2008). “Eye dialect: translating the untranslatable”. *Università degli studi di Sassari, Facoltà di Lingue e letterature straniere*. 49-62. En: https://core.ac.uk/display/11689734?utm_source=pdf&utm_medium=banner&utm_campaign=pdf-decoration-v1
- Britannica. (2022). “Cultural Life”. *France*. <https://www.britannica.com/place/France/Cultural-life>
- Bruce, S. y Yearley, D. (2006). *The Sage Dictionary of Sociology*. Sage Publications.
- Castro, O y Sportuno, M. L. (2020). “Feminismos y traducción: apuntes conceptuales y metodológicos para una traductología feminista transnacional”. *Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana de Traducción*. Vol. 13, N.º 1, 2020, enero-junio, pp. 11-44
- Center for Integration and Improvement of Journalism. (2021). “Becoming Us”. *Journalism Department of the San Francisco State University*. In <https://www.diversitystyleguide.com/resources/> [11-07-2021]
- Cooper, A. (1988). *A Voice from the South*. Oxford University Press.

- Cooper, A. (2017). "(Doctoral Dissertation) L'Attitude De La France A L'Egard De L'Esclavage Pendant La Revolution" (2017). *Published Materials by Anna J. Cooper*.
https://dh.howard.edu/ajc_published/25
- Cooper, B. (2017). "Prologue". *Beyond Respectability. The Intellectual Thought of Race Women*. University of Illinois Press. 12-20.
- Crystal, D. (2004). *The Stories of English*. The Overlook Press.
- Crummel, A. (1883). "The Black Woman of the South: her Neglects and her Needs".
<https://www.loc.gov/item/91898265/>
- Demarchi, F. y Ellena, A. (Ed.) (1986). *Diccionario de sociología*. Ediciones Paulinas.
- Eligon, J. (2020, June 26). "A Debate Over Identity and Race Asks, Are African-Americans 'Black' or 'black'?". *The New York Times*.
<https://www.nytimes.com/2020/06/26/us/black-african-american-style-debate.html>
- Fauds (2021) "Glosario". In <https://fauds.org> [02-07-2021]
- Francis, K.H. (1956). "Walt Whitman's French". *The Modern Language Review*, Oct., 1956, Vol. 51, No. 4 (Oct., 1956), pp. 493-506. <https://www.jstor.org/stable/3719219>
- Genette, G. (2001). "Introducción". *Umbrales*. Siglo XXI Editores. p. 7-17.
- Gines, Kathryn T. (2015). "Anna Julia Cooper", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Edward N. Zalta (ed.). In
<https://plato.stanford.edu/archives/sum2015/entries/anna-julia-cooper/>.
- Giles, M. (2006). Dr. Anna Julia Cooper, 1858-1964: Teacher, Scholar, and Timeless Womanist. *The Journal of Negro Education*, Fall, 2006, Vol. 75, No. 4 (Fall, 2006), pp. 621-634. <https://www.jstor.org/stable/40034662>
- Giraldo, M. A. (2022, febrero 6). "¿En Colombia se leen más mujeres?". *El Colombiano*.
<https://www.elcolombiano.com/director-por-un-dia-el-colombiano-110-anos/analisis-de-si-en-colombia-se-leen-mas-a-las-escriptoras-mujeres-ED16516714>

- Grueso, Libya. (2007) "Escenarios de colonialismo y (de) coloniaidad en la construcción del Ser Negro. Apuntes sobre las relaciones de género en comunidades negras del Pacífico Colombiano". *Comentario Internacional*. No. 7. p. 151
- Guy-Sheftall, B. (2009). "Black Feminist Studies: The Case of Anna Julia Cooper". *African American Review* , Spring 2009, Vol. 43, No. 1, pp. 11-15. In <https://www.jstor.org/stable/27802555>
- Hoffman, L. (1998). "Característiques dels llenguatges d'especialitat". *Llenguatges d'especialitat. Selecció de textos*. J. Brumme (Ed.). Institut Universitari de Lingüística Aplicada. Universitat Pompeu Fabra. 24-125.
- Hunt, D. (2006). "Race and ethnicity". *The Cambridge Dictionary of Sociology*. B. S. Turner (Ed.). Cambridge University Press. 490-496.
- Lott, T. (2001). *African-American Philosophy: Selected Readings*. Pearson
- Martin, B. (1991). "From Negro to Black to African American: The Power of Names and Naming". *Political Science Quarterly*, Vol. 106, No. 1: 83-107. Retrieved July 6, 2021 from <https://www.jstor.org/stable/2152175>
- May, V. (2007). *Anna Julia Cooper, Visionary Black Feminist*. Routledge
- Montmarquet, J. y Hardy, W. (2000). *Reflections: An Anthology of African-American Philosophy*. Wadsworth
- Morse, H. (2014). Minding "Our Cicero": Nineteenth-Century African American Women's Rhetoric and the Classical Tradition. UC Santa Cruz. ProQuest ID: Morse_ucsc_0036E_10643. Merritt ID: ark:/13030/m52f92pp. Retrieved from <https://escholarship.org/uc/item/66m23223>
- Nord, C. (2005). *Text Analysis in Translation*. Editions Rodopi.
- Oxford English Dictionary. (2012). "Nineteenth-century English—an overview". In <https://public.oed.com/blog/nineteenth-century-english-an-overview/>

- Pani, E. (2016). *Historia mínima de Estados Unidos de América*. El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos
- Real Academia Española. (2005). “Mayúsculas”. Diccionario Panhispánico de Dudas.
<https://www.rae.es/dpd/may%C3%BAsculas>
- Sanz Jiménez, M. (2022). “La traducción española de las voces rurales y sureñas. Una infancia de Harry Crews”. *Babel A.F.I.A.L.: Aspectos de filología inglesa y alemana*, ISSN 1132-7332, N° 31. p. 167-190. En
<https://revistas.uvigo.es/index.php/AFIAL/article/view/4302/3376>
- Schiller, N. (2000). “A Short History of Black Feminist Scholars”. *The Journal of Blacks in Higher Education* , Autumn, 2000, No. 29 (Autumn, 2000), pp. 119-125
<https://www.jstor.org/stable/2678863>
- Scott, J. (2014). *Oxford Dictionary of Sociology*. Oxford University Press.
- Sinués, María del Pilar. (1881). *Ángel del hogar*. Imprenta de Fortanet.
- Smith, V. (1988). “Gender and Afro-Americanist Literary Theory and Criticism”. *Within The Circle. An Anthology of African American Literary Criticism from the Harlem Renaissance to the Present*. Duke University Press
- Temmerman, R. (2000). *Towards New Ways of Terminology Description. The sociocognitive approach*. John Benjamins Publishing Company.
- Turner, B. (2006). *The Cambridge Dictionary of Sociology*. B. S. Turner (Ed.). Cambridge University Press.
- Walker, T. (1977). “Gold Mountain Guests: Chinese Migration to the United States, 1848–1882”. *The Journal of Economic History*, 37(1), 264-267.
doi:10.1017/S0022050700112100

Washington, M. H. (1987). "Anna Julia Cooper: The Black Feminist Voice Of The 1890s".

Legacy , Fall 1987, Vol. 4, No. 2 (Fall 1987), pp. 3-15.

<https://www.jstor.org/stable/25678996>

Washington, M. H. (1988). "Introduction". A Voice from the South. Oxford University Press.

Apéndice

Traducción de la primera parte de *A Voice from the South*

Una Voz del Sur

por una Mujer Negra del Sur

Xenia, Ohio:

The Aldine Printing House

1892

Derechos de autor, 1892

por

Anna Julia Cooper

Una Voz del Sur

“Me arrepiento

de haber olvidado

si la canción ya estaba viva,

sin embargo, recordé, ahora vagamente,

que, de todas maneras, era honesta”.

Le dedico esta primera declaración de mi corazón y pluma, afectuosamente, al Obispo Benjamin William Arnett, con profundo respeto por su heroica devoción; a Dios y a la raza, tanto en la Iglesia como en el Estado, —y con sincera estima por su compromiso desinteresado por la causa de la Mujer Negra y de cualquier interés humano que no tenga Voz y necesite un Defensor.

Nuestra razón de ser

Entre los choques y ruidos de nuestro conflicto americano, se ha dicho que el Sur permanece silencioso. Como la Esfinge, que inspira grandes debates, pero que tiene poca participación en la ruidosa controversia. En el Sur silencioso, el Negro es y sigue siendo un compás amortiguado, un acorde disonante, una vaga e incomprendida cadencia. Y de ese acorde sofocado, la nota silenciada y sin voz ha sido tristemente la de la expectante Mujer Negra,

Un infante gritando en la noche,

Un infante gritando por la luz;

sin lenguaje pero un grito.

La herencia del Negro y su repartición todavía es la *sombre crux*, el desconcertante *cul de sac* de la nación, el mudo esqueleto en el armario que, en efecto, provoca constantemente arengas, pero es poco comprendido y rara vez consultado. Los abogados de los demandantes y de los defendidos, con una torpeza chambona, han analizado y diseccionado, teorizado y sintetizado, con sublime ignorancia o patética confusión, sus consejos para el cliente negro.

Todavía no se ha escuchado a un testigo importante. Se ha dado la sumatoria de la evidencia y se han hecho los descargos al jurado, pero ni una palabra de la Mujer Negra.

Esta pequeña voz se sumó al gran coro, porque el pueblo americano se comprometió conscientemente a un juicio justo, con toda la evidencia, y porque es esencial para un perfecto entendimiento y un veredicto equitativo que la verdad de cada punto de vista se presente en el estrado. El “otro lado” no ha sido representado por alguien que “viva en él”. Y no muchos pueden ser más sensibles y contar más acertadamente lo que significa el peso y la inquietud de un “leve y largo dolor” que la atenta, y hasta la fecha sin voz, mujer negra americana.

La agitación febril, la exagerada energía, la cargada objetividad de la vida más turbulenta de nuestros hombres sirve, puede hacerlo de inmediato, para nublar o colorear de alguna manera su visión, y también para aliviar su seco y atenuado dolor. En consecuencia, su voz no siempre es moderada y calmada, es al mismo tiempo radicalmente correctiva y curativa. En cualquier caso, si no se debe culpar a nuestros abogados caucásicos de no poderse poner por completo en el lugar del hombre negro, tampoco debería esperarse que el hombre negro reprodujera la voz exacta de la Mujer Negra, de manera adecuada.

Delicada y sensible en cada poro a las condiciones atmosféricas sociales, su temperatura puede estudiarse en beneficio de la exactitud y la legitimidad del diagnóstico, que a menudo se reconoce como un caso “enigmático”. Si estas declaraciones rotas pueden de alguna forma ayudar a esclarecer la visión y las verdaderas pulsaciones en el estudio de los problemas de nuestra nación, la voz de una Mujer Negra del Sur no se habrá alzado en vano.

TAWAWA CHIMNEY CORNER;

SEPT. 17, 1892.

Soprano Obligato

Para ellos las mujeres de corazón real son
aquellas que noblemente aman a los más nobles, y aún tienen gracia
para vidas necesitadas, sufridas, en lugares humildes;
cargando una variedad de luz en sus sonrisas,
El rayo más celestial que compadeció al canalla.

.

Aunque era feliz, coronada al lado del rey,
Debía atender cada pequeño detalle
con mi pecho cálido y herido, que no tenía qué decir
sus punzadas internas; y bien que lo aliviaban
con un delicado roce y un bajo, suave, gemido
por compañía.

—George Eliot

La feminidad, un elemento vital en la regeneración y el progreso de una raza¹³

Tal vez, la civilización moderna tomó su ideal noble "y ennoblecido" de la mujer del cristianismo y el sistema feudal.

En los países orientales, la mujer ha sido destinada de manera uniforme a una vida de ignorancia, infamia y completo estancamiento. Los zapatos chinos, ciertamente empequeñecen, encalambran y destruyen por completo sus poderes físicos, así como lo han hecho las costumbres, leyes e instintos sociales, que desde eras tempranas han gobernado a nuestra Hermana del Este, debilitando y arruinando su vida mental y moral.

Mahoma no tiene en cuenta a la mujer en ningún lugar de su sistema gubernamental. El Corán, que, a diferencia de nuestra Biblia, fue un producto y no un desarrollo, trató de dirigirse a las necesidades de la civilización árabe, como las determinó Mahoma con sus poderes circunscritos. El árabe era nómada. Hogar, para él, era el lugar actual de campamento. Esa deidad que, de acuerdo con nuestros ideales occidentales, hace y santifica el hogar, era una baratija intrascendente para jugar, siempre y cuando le diera placer, para luego dejarla a un lado por una nueva. Mahoma no conoció a la mujer como una personalidad, un alma individual, capaz de crecer eternamente y desarrollarse sin límites, destinada a moldear y formar la civilización del futuro en una extensión incalculable. No había más allá, no había paraíso para ella. El cielo de los musulmanes está poblado y lleno de alegría no por la esposa que partió, o la hermana, o la madre, sino por huries, una fantasía del cerebro de Mahoma, tomando las cualidades etéreas de los ángeles, pero infundidas con todos los vicios y la necedad de las mujeres orientales. El harem aquí, y "polvo al polvo" en el más

¹³ Leído ante una asamblea de cleros de la Iglesia Episcopal Protestante en Washington, D.C., 1886.

allá, ¡era la esperanza, la inspiración, el *summum bonum* de la vida de la mujer oriental! Con qué resultados en la vida de la nación, el “turco innombrable”, el “hombre enfermo” de la Europa moderna se puede tomar como ejemplo hoy.

Dice cierto escritor: “La vida privada del turco es vil, retardataria, sin ambiciones e inconcebiblemente baja” y, sin embargo, a Turquía no le faltan grandes hombres. Ha producido las mentes más brillantes, hombres con habilidades en todos los vericuetos de la diplomacia y la política; quienes con su intelecto podrían enfrentar todos los problemas más profundos del imperio y manipular las sutiles agencias que ponen en jaque a los reyes. Pero estas mentes no fueron el vástago normal de un tronco sano. En cambio, parecen efímeras excrecencias que brotaron con todo el vigor y la promesa, aparentemente, de fuertes ramas, pero pronto, ¡qué pena!, caen en decadencia y fealdad porque no hay solidez en la raíz, no hay savia vital permeando, fortaleciendo y perpetuando todo. ¡Hay un gusano en el corazón! ¡La vida en el hogar es impura! Y cuando buscamos frutos, como las manzanas de Sodoma, se desmoronan al toque en polvo y cenizas.

Es placentero volver de esta civilización inmóvil y decadente a una sociedad todavía fresca y vigorosa, cuya semilla está en sí misma, y cuyo nombre es sinónimo de todo lo que es progresista, elevado e inspirador, en concreto, el capullo europeo y la flor americana de la modernidad.

Y aquí, déjenme hacer un paréntesis para decir que nuestra satisfacción frente a las instituciones americanas no solo está en los frutos de los que ahora gozamos, sino que surge de las posibilidades y promesas inherentes al sistema, aunque todavía hagan parte, tal vez, de un futuro lejano.

“La felicidad”, dice Madame de Stael, “consta no de las perfecciones alcanzadas, sino en el sentido de progreso, del resultado de nuestro propio esfuerzo en circunstancias adversas,

hacia una meta que continuamente avanza, se amplía y profundiza hasta que se la traga el Infinito”. El embrión de tales condiciones es lo que reclamamos para la tierra occidental. No hemos alcanzado todavía nuestro ideal en la civilización americana.

Incluso los pesimistas declaran que ni siquiera vamos en esa dirección.

Pero no cabe duda de que América es la arena donde se obtendrá el próximo triunfo de la civilización, y aquí también encontraremos promesas abundantes y posibilidades infinitas.

Ahora veamos en qué bases primarias y fundamentales reposan estas esperanzas.

¿Puede alguien dudar que se encuentran principalmente en la vida de hogar y en la influencia de buenas mujeres en esos hogares? Dice Macaulay: “Se puede juzgar el rango de una nación en la escala de la civilización por la forma en que tratan a sus mujeres”. Y Emerson, “he pensado que una medida suficiente de civilización es la influencia de buenas mujeres”.

Ahora, esta alta estima por la mujer, este germen de una idea prolífica que en nuestros días porta tan rica y variada fruta, fue injertada en la civilización europea, hemos dicho que de dos fuentes, la Iglesia Cristiana y el sistema feudal. Aunque no se puede decir que el sistema feudal haya dado origen a la idea, tampoco se puede dudar que los hábitos de vida y formas de pensamiento que surgieron durante el feudalismo, materialmente la desarrollaron y adoptaron; pues nos dieron la civilidad, que ninguna otra institución ha magnificado y elevado de manera más sensible la posición de la mujer en la sociedad.

Tácita vive en las tiernas miradas que dedicaban los duros bárbaros a las mujeres antes de dejar sus casas del norte para rebasar Europa. Las antiguas leyendas nórdicas y los poemas primitivos también respiraban el mismo espíritu de amor por el hogar y veneración por la pura y noble influencia de la esposa, hermana, madre, que los presidían.

Y cuando después vemos "rezumando" la vida establecida en la Edad Media como lo expresa M. Guizot, de la vida de expoliación y saqueo del barbarismo, y cristalizándose en el

sistema feudal, el tigre del campo es traído nuevamente al círculo encantado de los dioses del castillo, y su imaginación teje a su alrededor un halo cuyos reflejos posiblemente no se hayan desvanecido del todo.

Es cierto que el espíritu de la cristiandad no ha puesto todavía su sello católico a este sentimiento. La civilidad, de acuerdo con Bascom, fue la moderación y apaciguamiento de un periodo rudo y sin ley. Le dio un brillo róseo a un amargo día de invierno. Aquellos, que observaban desde las ventanas de sus castillos se deleitaban con sus “tintes amatista”. Pero los pobres de Dios, los débiles, los desagradables, los comunes todavía se congelaban y morían de hambre en una soledad despiadada y sin alivio.

El respeto por la mujer, la muy alabada civilidad de la Edad Media, temo que, para algunos hombres de nuestro tiempo, todavía significa respeto por los pocos elegidos con los cuales ellos esperan relacionarse.

La idea de la mejora radical del género femenino, la reverencia por la mujer sin importar su rango, fortuna o cultura, tiene que venir de esa rica y abundante fuente de la cual fluyen todas las ideas universales y liberales, el evangelio del Señor Jesucristo.

Sin embargo, la Iglesia Cristiana, en esta época, parecería estar haciendo menos para proteger y elevar a la mujer, que lo poco que ha venido haciendo la sociedad secular. La Iglesia como organización cometió una doble ofensa contra las mujeres en la Edad Media. Hacer del matrimonio un sacramento y, al mismo tiempo, insistir en el celibato del clero y otras órdenes religiosas, dando un carácter inferior, si no impuro, al matrimonio, especialmente hecho para desacreditar a la mujer. ¡Esto no sería lo peor! La Iglesia, por el libertinaje de sus sirvientes elegidos, invadió la familia y estableció conexiones, muy a menudo viciadas, con otras personas, y se les prohibió asumirlas abiertamente y de buena fe. “Así”, para usar las palabras de nuestra autoridad, “el cuerpo religioso se volvió tan

numeroso, minucioso e impuro como las neblinas de Egipto, que penetraban en todos los cuartos, en los hornos y amasaban pensamientos, dejando su sucio rastro por donde pasaban".

Decía Chaucer con su característica sátira, al hablar de los frailes:

“Las mujeres ya pueden andar seguras de arriba hacia abajo,
en cualquier arbusto y debajo de todos los árboles,
no hay otro demonio que él,
y él no les hará ningún deshonor”.

Henry, obispo de Lieja, pudo presumir sin sonrojarse de la paternidad de 22 hijos en 14 años.¹⁴

Nos podría ayudar, dadas algunas de las perplejidades con las que interfieren en nuestro camino en "la única Iglesia Católica y Apostólica" hoy, recordar algunas de las corrupciones e incongruencias contra las que la Novia de Cristo ha tenido que luchar en su historia pasada y, a pesar de las cuales ha mantenido, atravesando muchas vicisitudes, la fe una vez entregada a los santos.

Individuos, organizaciones, secciones completas de la Iglesia militante pueden indignar al Cristo que profesan, pueden poner bajo sus pies despiadadamente el espíritu y las letras de sus preceptos, hasta que no oigamos las voces decir “Vengan, déjenos partir ahora” dejaremos de creer y nos aferramos a la promesa, “estoy con ustedes hasta el fin del mundo”.

“Sin embargo, los santos los guardan,
el grito sube ‘¡Cuánto más!’
y pronto la noche de llanto
será la canción de mañana”.

¹⁴ Bascom

Aunque muchos de los hechos de cualquier periodo de la historia parezcan negarlo, no dudo que la fuente del principio vitalizante del desarrollo y mejora de la mujer es la Iglesia Cristiana, siempre y cuando esta iglesia coincida con la cristiandad.

Cristo dio ideales, no fórmulas. El Evangelio es una semilla que requiere milenios para su crecimiento y maduración. Necesita, y al mismo tiempo ayuda, a formar a su alrededor un suelo enriquecido en civilización, y perfeccionado en cultura y discernimiento, sin lo cual el germen no puede ni desarrollarse ni comprenderse. Con todas las zancadas que nuestra civilización ha dado desde el siglo I al XIX, podemos presumir que toda idea, todo principio de acción, toda fuerza de progreso social, ya había sido presagiada calladamente o directamente ordenada en la simple historia de una vida humilde y modesta. La silenciosa cara del Nazareno incluso se ve un poco adelante, nunca demasiado lejos para bajar y tocar la vida de lo más bajo en los días más oscuros, aún así siempre mostrando el camino hacia adelante, siempre hacia adelante, para esos tambaleantes pies infantiles de nuestra extrañamente presuntuosa civilización.

Al establecer para las mujeres el mismo código moral, el mismo estándar de pureza, que para el hombre; al rechazar la expresión de los desvergonzados e igualmente culpables monstruos que se regodeaban en su caída, —reverenciando de buena gana toda la majestad de su propia limpieza inmaculada para remover toda suciedad e inmundicia de su culpa pasada, y ofrecerle ir en paz sin ningún pecado; y, de nuevo, al momento de su propio cansado y dolorido abatimiento, alejarse confiada y amorosamente, de los descorazonados desaires y desdenes, de la cruel maldad de las multitudes y los prelados de los polvorientos mercados de Jerusalén, hacia la dispuesta simpática y amorosa apreciación y la fuerte amistad de un hogar silencioso en Betania; e incluso al final, en su moribundo legado al discípulo que más amó, buscando que la protección y la tierna mirada se extendiera a la apesadumbrada madre y aún después al género que representaba; a lo largo de su vida y en su muerte le dio a los hombres

una regla y una guía para la estima de la mujer como una igual, como una colaboradora, como una amiga, y como un encargo sagrado para proteger y cuidar con el amor y la simpatía de un hermano. Lecciones que aún con las gigantescas zancadas en conocimiento, arte, ciencia y principios éticos que se dieron en el siglo XIX, no se han explorado a profundidad ni se han puesto en práctica exhaustivamente.

Parece que no hay mucho que decir entonces de la vitalización, regeneración e influencia progresista de la feminidad en la civilización de hoy, la que, mientras se ha presagiado entre las naciones germánicas en el lejano ocaso de su historia como un crecimiento estrecho, enfermizo y retrasado, debe sin embargo su catolicidad y poder, la profundidad de sus raíces y la expansión de sus ramas a la cristiandad, en la que la unión de estas dos fuerzas, los bárbaros y los cristianos, no demoró mucho después de la caída del Imperio. La Iglesia, que cayó con Roma, encontrándose en peligro de ser tragada por el barbarismo, con el vigor característico y la fertilidad de sus recursos, se hizo inmediatamente a la tarea de conquistar a sus conquistadores. Los medios seleccionados dan crédito de su poder de penetración y adaptabilidad, al igual que de su profunda, infalible y universal diplomacia; y nos hace preguntar aún hoy si cualquier cosa humana puede resistir hasta el final exitosamente sus propósitos con visión a futuro y política brillante, o contradecir su bien ganada reivindicación de la palabra “católico”.

Ella vio a los bárbaros, poco más desarrollados que una bestia salvaje. Ella tuvo paciencia para antagonizar y desconcertar su naturaleza guerrera con una ráfaga total de la reflexión y los principios humanizantes de su gran Cabeza. Dijo poco de la regla “si tu hermano te golpea en la mejilla, dale la otra mejilla también”, aunque es apropiada para las necesidades de esos tiempos, para establecer la llamada "Tregua de Dios", bajo la cual los hombres estaban obligados a abstenerse de matarse entre ellos por tres días de la semana y en los festivales de la Iglesia. En otras palabras, ella respetaba su individualidad: la falta de

resistencia, simple y llanamente era una total imposibilidad para ellos. Ella se contentaba con medidas menos radicales calculadas para llevar finalmente a la total medida de la benevolencia de Cristo.

Después se aprovechó del gusto sensorial de los bárbaros por las demostraciones llamativas y se puso sus más magníficas prendas. No lo podía capturar con fuerza física, lo deslumbraría con espectáculos hermosos. Se dice que el romanismo ganó más en pompa y ritual durante este difícil periodo de la Edad Oscura que en toda su historia anterior.

El resultado fue que logró su objetivo. Una vez más, Roma puso su ambiciosa mano en el poder temporal y se alió con Carlomagno, aspirando a reinar en el mundo a través de una civilización dominada por la cristiandad y permeada por las tradiciones e instintos de aquellos robustos bárbaros.

Aquí se dio el encuentro entre las dos corrientes que hemos estado trazando, las cuales, ahora unidas, se estrechan ante nosotros en un ancho y majestuoso río. En cuanto a la mujer, fue el encuentro entre dos nobles y ennoblecidas, dos ideas similares cuyo resultado, no dudamos, está destinado a ser una fuerza potente en el mejoramiento del mundo.

Ahora, después de apelar a la historia para comparar naciones desposeídas de su fuerza y de sus principios de progreso, con otras naciones entre las cuales la influencia de la mujer es prominente emparejada con una briosa, progresista y satisfactoria civilización. Si, adicionalmente, encontramos esta presunta evidencia corroborada por la razón y la experiencia; tal vez podamos concluir que estas dos variables igualmente simultáneas están conectadas como causa y efecto, en otras palabras, que la posición de la mujer en la sociedad determina los elementos vitales de su regeneración y progreso.

Ahora, debemos admitir que estos son territorios *a priori*. Y no es porque la mujer sea mejor, más fuerte o sabia que el hombre, sino porque para la naturaleza del caso, es ella la que debe formar primero al hombre al dirigir los más tempranos impulsos de su carácter.

Byron y Wordsworth eran genios y podrían haberse fijado en el pensamiento de su era bajo cualquier circunstancia, aún así encontramos que uno disfruta la vida de la vida, mientras el otro la muerte en la muerte. “Byron, como un cohete, se abrió camino hacia arriba con su rencor y repulsión, encendidos en excesos salvajes, explosivos y brillantes, y desapareció en la oscuridad haciendo todo más palpable”.¹⁵

Wordsworth prestó sus dones para reforzar que “el poder en el Universo viene de la rectitud” al tomar el arpa que se le dio del cielo y usarla para hinchar las cuerdas de los coros angélicos. Dos locomotoras, igualmente poderosas, esperan en direcciones opuestas. Una va de cabeza a la destrucción con toda su preciosa carga, la otra sube grandiosa y gloriosamente las empinadas almenas hacia el cielo y hacia Dios. ¿Quién? ¿Quién puede decir cuáles son las consecuencias que esperan a la salida de estas enormes fuerzas!

Mujer, madre, ¡la responsabilidad que recae en ti haría temblar a los ángeles y detener al miedo! Jugar, ignorar o abusar de ella es amenazar con ligereza la confianza más sagrada y solemne que Dios le haya dado jamás a la humanidad. La crianza de niños es una tarea de la que depende una infinidad de infortunios o bienestar. ¿Quién no la desea? ¿Quién no se queda atónito ante este asunto trascendental! Es cuestión de poca importancia, me parece, si esa adorable niña, cuyos logros usted disfruta y le enorgullecen tanto, puede entrar al salón lleno y animado con la soltura y elegancia de cualquier dama inglesa o francesa; comparada con la decisión de si su individualidad va a reforzar los malos o buenos elementos del mundo. El encaje y los diamantes, el baile y el teatro, ganan un nuevo significado cuando se revisan sus modales para tales asuntos. Su influencia en la personalidad individual y, a través suyo, en la sociedad y en la civilización a las que ella vitaliza e inspira. Todo esto y más debe tenerse en cuenta en el balance antes de que el jurado pueda entregar un veredicto justo e inteligente sobre la inocencia o los perjuicios de estos divertimentos aparentemente simples.

¹⁵ Philosophy of English Literature de Bascom. Lit. p. 253.

Ahora que la influencia de la mujer en la sociedad se reconoce, ¿cuáles son los comportamientos prácticos en el campo? Tema que reunió esta conferencia de clérigos y juristas de color y en Washington. “No hemos venido a hablar”. La vida está muy ocupada, muy llena de significado y profundas consecuencias, para permitir que ustedes vengan hasta tan lejos por el puro entretenimiento intelectual.

La vital intervención de la feminidad en la regeneración y el progreso de una raza, como cuestión general, se reconoce casi antes de que se mencione. Confieso que una de las dificultades que encontré en el tema asignado fue su obviedad. El abogado de la oposición retira el acuerdo y otorga toda la razón.

“La influencia de la mujer en el progreso social”. ¿Quién en la cristiandad la duda o la cuestiona? A uno también lo pueden llamar para probar que el Sol es la fuente de luz, calor y energía de este pequeño mundo con muchas esquinas.

Sin embargo, por otro lado, pudo haberse planteado (que debería aplicar a la argumentación, cuando se toma y se prueba) sobre las necesidades y responsabilidades de las mujeres de nuestra raza en el Sur. Pues, ¿no está escrito “¿Maldito es quien viene después del rey?” y no me ha precedido el rey en "La Mujer Negra del Sur"?¹⁶

Han tenido al doctor Crummell a Moisés y a los profetas, y si no los escuchan, no los podrá persuadir una que viene del Sur.

Sin embargo, les rogaría, con el permiso del doctor, sumar mi plegaria por las niñas negras del Sur: esa gran, brillante, promisoría y fatalmente bella clase que se para temblando como una delicada plántula ante la furia de las tempestades, tan llena de promesas y posibilidades, pero tan segura de su destrucción; a menudo sin un padre a quien pueda atreverse a otorgarle ese término amoroso, a menudo sin un hermano fuerte que asuma su causa y defienda su honor con su alma; en medio de los obstáculos y las trampas que dejan

¹⁶ Panfleto publicado por el doctor Alex Crummell.

las clases bajas de los hombres blancos, sin más abrigo o protección cerca que la gran bóveda azul de arriba, que medio revela, medio oculta, al Salvador del que tan poco saben. ¡Oh, sálvenlas, ayúdenlas, protéjanlas, entréñenlas, desarróllenlas, edúquenlas, inspírenlas!

¡Agárrenlas, en el nombre de Dios, como hierros del incendio! Hay material que vale la pena en ellas, la esperanza de que germine la regeneración de una feminidad devota y colaboradora, sobre la que, fundamentalmente, repose la roca madre de nuestro futuro como raza.

Es absurdo citar las estadísticas de las cuentas bancarias y las rentas de los negros, señalar los cientos de periódicos editados por hombres de color o hacer una lista de abogados, médicos, profesores, doctores, etc., etc., etc., mientras que la fuente de la que emana el alma de la raza es sujeto de mancha y contaminación en el campo enemigo.

El verdadero progreso nunca se hace de espasmos. El verdadero progreso es el crecimiento. Debe comenzar con la semilla. Entonces, “primero el tallo, luego la espiga, y después el grano en la espiga”. Hay algo para motivarnos e inspirarnos en el avance de los individuos desde su emancipación de la esclavitud. Eso por lo menos prueba que no hay nada que no se pueda corregir en la forma del cráneo del hombre negro y que, bajo ciertas circunstancias, su desarrollo, hacia arriba o hacia abajo, será similar al de cualquier otro ser humano promedio.

Pero no hay tiempo que desperdiciar en la mera felicitación. Nadie que haya estudiado los últimos cincuenta años de la Historia americana puede negar que el negro tiene su lugar en los infinitos propósitos del Eterno. Sería bueno que viera que mucho depende de su propia comprensión de la responsabilidad que recae sobre sí y de la capacidad que tenga de estar a la altura de las exigencias del momento; y cómo debería emplear su presente para que la estructura del futuro sea más fuerte, alta, brillante, noble y sagrada que la del pasado, es una cuestión que cada uno de nosotros zanjamos todos los días.

La raza solo lleva veintiún años fuera de la idea y la experiencia de la esclavitud, apenas la edad de un hombre rubicundo. Está bien parar un momento para hacer retrospectión, introspección y prospección. Miramos hacia atrás, no para llenarnos de soberbia por las profundidades desde las que nos alzamos, sino para tal vez obtener sabiduría de esa experiencia. Miramos hacia adentro para tal vez reunir otra vez nuestras fuerzas y, con métodos mejorados y más prácticos, abordar la tarea que tenemos al frente. Miramos hacia adelante con esperanza y confianza de que el mismo Dios que guió a nuestros padres con su mano a través del descaro y la amargura de la opresión, va a seguir liderando y dirigiendo a los hijos, en honor a Su nombre, hacia la salvación final.

Pero este resumen de fracasos o logros del pasado, las dificultades y vergüenzas del presente, y los miedos y esperanzas que se encuentran en el futuro, no deben degenerarse en la mera ensoñación o consumir el tiempo que pertenece a la resolución práctica y efectiva de las cuestiones cruciales del momento; y no debe haber un problema más vital y trascendental que este de la feminidad de la raza.

Este es el punto vulnerable, no el talón, sino el corazón del joven Aquiles; aquí las defensas se deben fortalecer y la vigilancia se debe redoblar.

Somos los herederos de un pasado que no era el que moldearon nuestros padres. “Cada hombre es el árbitro de su propio destino” no era una realidad para el negro americano del pasado, y no es su culpa que se encuentre hoy como heredero de masculinidades y feminidades empobrecidas y devastadas por dos siglos o más de opresión y degradación.

Pero la debilidad y malformación, que son hoy atribuidas a un mal maestro y a un sistema pernicioso, serán, por tanto, en un siglo consideradas a bien como pruebas de innata corrupción y radical incorrección.

Ahora la agencia fundamental bajo Dios en la regeneración, el reentrenamiento de la raza; así como el campo de trabajo y el punto de partida del progreso, debe ser la mujer negra.

Con todos los errores y descuidos de su pasado, con todas las debilidades; la degradación, la sumisión moral de su presente, la mujer negra de hoy permanece silenciosa y preguntándose sobre la tarea hercúlea que se le delega. Pero los ciclos la esperan. Ninguna otra mano puede mover la palanca. Se le debe liberar de sus ataduras y poner a trabajar.

Nuestros escasos y superficiales resultados de esfuerzos pasados prueban su futilidad, y todo intento de elevar al negro, ya sea por sus propios medios o a través de la filantropía de otros, no pueden sino malograrse a no ser que se hayan dirigido a usar la indispensable agencia de una feminidad elevada y entrenada.

Una raza no se puede purificar desde afuera. Predicadores y maestros ayudan y estimulan, y son condiciones tan necesarias como las gracias de la lluvia y los rayos del sol para el crecimiento de una planta. Pero, ¿qué son la lluvia, el rocío, los rayos del sol y las nubes, si no hay vida en la planta que germina? Debemos ir a la raíz y ver si es sólida, saludable y vigorosa; y no engañarnos con flores de cera y hojas pintadas de falsa clorofila.

A menudo confundimos el honor de un individuo con el desarrollo de la raza, y estamos listos para sustituir los buenos logros por un sentido sólido y un propósito honesto.

Una corriente no puede estar más alta que su nacimiento. La atmósfera de un hogar no es más especial, pura y dulce que la madre de ese hogar. Una raza no es más que una suma de familias. La nación es la suma de estos hogares. Como el todo es la suma de las partes, así el carácter de las partes determinará las características del todo. Estos son todos axiomas y tan evidentes que parece innecesario mencionarlos; sin embargo, a no ser que me esté equivocando, la mayoría de nuestras insatisfacciones del pasado parecen resultar de tan

radical y evidente error, casi tanto de nuestra parte como de la de los benevolentes amigos blancos.

El negro es optimista por constitución y proverbialmente irreprimible, y está naturalmente en riesgo de deslumbrarse con el brillo y el oropel superficial. A menudo confundimos las hojas con los frutos y sobrestimamos o consideramos, equivocados, los resultados como brillantes.

El difunto Martín R. Delany, quien era un hombre negro puro, solía decir que cuando recayeron sobre él honores de Estado, cuando entró al consejo de reyes, la raza negra entró con él; queriendo decir, supongo, que no descontaba su raza de su identidad, ni atribuía sus logros a alguna mezcla de sangre sajona. Pero nuestras eminencias de la actualidad, cuando se les pone al lado del estatus que tiene la raza en Estados Unidos hoy en día, demuestran que ninguno puede representarla. Cualquiera sea el logro del individuo, a no ser que su hogar lo acompañe proporcionalmente, nunca se le considerará idéntico o representativo del todo.

Con señalar las montañas bañadas por el Sol, no probamos que Febo calienta los valles. Debemos apuntar a los hogares, a las familias promedio, a las casas de la base, de los hombres y las mujeres del Sur con las manos callosas por el trabajo duro (donde están las masas) motivados y aclamados por lo bueno, lo bello y lo verdadero; entonces y solo entonces, todo el altiplano se elevará a la luz del Sol.

Solo la MUJER NEGRA puede decir “cuándo y dónde entro, en la silenciosa, indiscutida dignidad de mi feminidad, sin violencia ni demanda o patrocinio especial, solo ahí, en ese momento toda la raza negra entra conmigo”. Todavía no es evidente que, como trabajadores individuales por esta raza, nos debemos dirigir con poco entusiasmo a este rasgo de nuestra misión. La necesidad se siente y todos la debemos reconocer. Es un llamado a los trabajadores, a los misioneros, a los hombres y mujeres con la doble consagración a un amor fundamental por la humanidad y un deseo por su mejora a través del Evangelio, pero además

de esto pedimos una comprensión inteligente y solidaria de los intereses y necesidades especiales de los negros.

Ahora veo por qué debería haber un esfuerzo organizado para la protección y la elevación de nuestras niñas, como la Liga de la Cruz Blanca en Inglaterra.

Las mujeres inglesas están protegidas por más de doce siglos de influencias cristianas, libertad y civilización; las niñas inglesas no se ven desanimadas o abrumadas por el desdeñoso prejuicio de clase a todo nivel en América que asume cínicamente que “una mujer negra no puede ser una dama”. La feminidad inglesa no es atacada por tales trampas como las que traicionan a las desprotegidas, inexpertas niñas negras del Sur, cuyo único crimen y funesta destrucción a menudo es su maravillosa e inconsciente belleza. Sin duda, entonces, si la indignación y la masculinidad inglesa se despiertan y entusiasman bajo el liderazgo de un Obispo de la iglesia inglesa para construir muros defensores alrededor de sus maltratadas hermanas, el sentimiento del negro no permanecer insensible y su esfuerzo débil en vista del peligro inminente al que se exponen las madres de la próxima generación. “¡Yo soy el guardián de mi hermana!” debería ser la respuesta sustanciosa de todo hombre y mujer de la raza, y esta convicción debería purificar y exaltar las estrechas, egoístas e insignificantes metas personales de vida en un propósito noble y sagrado.

Necesitamos hombres que puedan dejar que su interés y cortesía se extienda más allá del círculo de su apreciación estética; hombres que puedan ser un padre, un hermano, un amigo de cualquier débil y desprotegida niña en apuros. Necesitamos mujeres que estén tan seguras de su propia posición social que no tengan miedo de inclinarse a dar una mano a una hermana caída o en peligro. Necesitamos hombres y mujeres que no agoten su genio en las sutilezas de las distinciones aristocráticas o agradeciendo a Dios que no son como los otros, sino que sean almas honestas y generosas que puedan entrar en las autopistas y los senderos,

levantando y destacando, aconsejando y alentando con la verdadera benevolencia católica del Evangelio de Cristo.

Como trabajadores de la Iglesia, debemos confesar que nuestro camino en el deber es menos obvio, o que tal vez nuestra habilidad para adaptar nuestra maquinaria a la concepción de las exigencias particulares de este trabajo (como nos lo ha mostrado la experiencia y nuestra propia conciencia de las necesidades del negro), aún no se ha comprobado.

La flexibilidad y la agresividad no son características tan fuertes de la Iglesia de hoy, como lo eran en la Edad Media.

Como un campo de acción para la Iglesia, el Negro del Sur es en algunos aspectos más promisorio, en otros, desconcertante. Seguramente la tarea de hacer proselitismo entre los Negros americanos es infinitamente menos formidable que la que enfrentó la Iglesia con los bárbaros en Europa, pues no son extraños en idioma ni costumbres, ni en relaciones o simpatías, naturalmente tienen instintos religiosos profundamente arraigados y son llevados de manera presta y generosa al culto y las enseñanzas de la Iglesia. Además, estas personas ya miran a la Iglesia como la esperanza de la raza. Los hombres negros pensantes admiten casi uniformemente que la Iglesia Episcopal Protestante con su callada, casta dignidad y su decorosa solemnidad, su ritual instructivo y encumbrado, su brillante canto y los alegres himnos, es sumamente adecuada para corregir las faltas peculiares del culto, como la exuberancia del rango y las a menudo ridículas demostraciones de su gente. Aún así, es extraño decir que la Iglesia, clamando ser misionera y católica, exaltando que el cisma es pecado y teniendo un confesionalismo inexcusable, no ha abierto en todos estos años casi brechas en esta religiosidad semi-civilizada.

La cosecha de estos campos "sobremadurados" de misiones caseras ha sido recogida por los Metodistas, Bautistas y no menos por los Congregacionistas, quienes no eran conocidos para los hombres libres antes de su emancipación.

Nuestro clero está compuesto por menos de dos docenas¹⁷ de sacerdotes de sangre negra y apenas si tenemos más de una congregación autosuficiente en todo el Sur. Mientras que la organización conocida como la Iglesia Episcopal Metodista Africana tiene 14.063 ministros, itinerantes y locales, 4.069 templos autosuficientes, 4.275 escuelas dominicales, con propiedades por un valor de \$7.772.284, recaudando cada año para funciones de la iglesia \$1.427.000.

Es extraño y aún más significativo, que los hombres líderes de esta raza (no me refiero a los demagogos o políticos, sino a los hombres de intelecto, corazón y devoción a la raza, hombres para los que la elevación de su pueblo significa más que las ambiciones personales y las sórdidas ganancias, hombres de esta estampa que aún no han muerto), los trabajadores cristianos por la raza, de juventud y un mayor crecimiento cultural, están dejándose llevar notablemente a las iglesias más sectarias, muchos de los cuales declaran en todo momento que reconocen las demandas históricas de la Iglesia, creen en su apostolado y podrán experimentar mayor tranquilidad personal, espiritual e intelectual, en su venerada comunión.

Es un hecho que cualquiera puede verificar por sí mismo, que los hombres negros representativos, que profesan que en lo más hondo de su corazón son Episcopales, están trabajando en púlpitos Metodistas y Bautistas, mientras que las filas del clero Episcopal quedan para llenarse ampliamente con hombres que ciertamente sugieren la corrección de un "Diaconato perpetuo", aunque no se pueda decir que hayan creado la necesidad del mismo.

¿Ahora, dónde está el problema? Algo debe estar mal. ¿Qué es?

Cierto Obispo sureño de la Iglesia revisó la situación, no sé si en ansiedad divina o en "antipatía gótica", desaprobando el hecho de que los hombres negros no se vean atraídos a la

¹⁷ El reporte publicado en el 91 muestra 26 sacerdotes para todo el país, incluyendo uno fuera del ejercicio de su labor y otro que trabaja como profesor en una escuela no sectaria, el Decano del Anexo Episcopal de la Universidad de Howard conocida como King Hall.

Iglesia Episcopal, y llegó a la sabia conclusión de que la Iglesia no se ha adaptado a la ruda e inculta mente de los hombres liberados, y que así se les ha dejado ir a los Metodistas y Bautistas hacia donde sus inclinaciones raciales tienden indiscutiblemente. Cómo el buen Obispo puede aceptar que la sabiduría que todo lo prevé y el amor católico enmarcaron esta Iglesia, cómo se representa en su ropa sin costuras y cuerpo intacto, y aún así no la dejaron lo suficientemente ancha, profunda y amorosa para buscar, salvar y sostener a siete millones de los pobres de Dios, no lo puedo entender.

Pero los doctores, mientras discuten el diagnóstico que científicamente concluye en enfermedad, tal vez no creen que es presuntuoso el paciente si se atreve a sugerir al menos dónde está el dolor. Si esto se permitiera, una mujer Negra del Sur rogaría que se señalaran dos posibles descuidos en este trabajo sureño, que podrían indicar tanto la causa como el remedio a algunas de las fallas. La primera es no pensar en la personalidad del hombre Negro, no haber respetado, si se me permite decirlo, su masculinidad o no haberse referido para nada a sus ideas sobre las necesidades de su pueblo. Cuando se les emplea a los negros, muy frecuentemente es como máquinas o como maniqués. No ha habido una disposición, en general, para llegar a los ideales del hombre negro o para dejar que su individualidad trabaje por su propia gravedad, como lo hacía.

Una asamblea de honestos hombres cristianos se reúne desde hace algunos años en intervalos regulares para discutir los mejores métodos para promover el bienestar y el desarrollo de las comunidades negras en este país. Sin embargo, aunque parezca extraño, nunca han invitado a un hombre negro o tan siquiera insinuado que uno sería bienvenido a tomar parte en sus deliberaciones. Sus inventos correctivos son puramente teóricos o empíricos, por lo tanto, toda la maquinaria está desprovista de alma.

El segundo importante descuido, a mi juicio muy cercano a este y probablemente proveniente del mismo, es no desarrollar la feminidad Negra como un fundamento esencial para la elevación de la raza ni utilizar su agencia para extender el trabajo de la Iglesia.

Sobre lo primero, creo que posiblemente ya haya dicho demasiado, pues no está estrictamente dentro del campo de mi tema. Sin embargo, Macaulay critica en alguna parte a la Iglesia de Inglaterra por no saber cómo usar a los fanáticos y declara que si San Ignacio de Loyola hubiera estado en la comunión anglicana en vez de la romana, los jesuitas hubieran sido cismáticos en vez de católicos, y si el despertar religioso de los Wesleys hubiera sido en Roma, ella les hubiera rapado la cabeza, les hubiera amarrado cuerdas en la cintura y los hubiera sacado bajo su propio estandarte y bendición. Sea esto cierto o no, es seguro que hay una gran cantidad de fuerza potencial para la evangelización de los Negros que se ha vuelto latente, o peor, antagonista por la vacilante, incierta (casi digo corta), política de la Iglesia en el Sur. Esto puede sonar presuntuoso y desagradecido. Es mortificante, lo sé, a la benévola sabiduría, después de haberse gastado en la ejecución de bien planeadas teorías para el desarrollo ideal de un trabajo en particular, escuchar al tal vez más débil y humilde elemento de ese trabajo preguntar “¿Qué hace?”.

Pero así es en la vida. El patrón “hasta aquí y no más lejos” no puede acomodarse a ningún crecimiento en el reino de Dios. La ley universal del desarrollo es “avanzar”. Fue dada por Dios y es inviolable. De la germinación de la bellota para alcanzar al robusto roble, al crecimiento del alma humana al completo conocimiento y cercanía de su creador, el ancho y el largo del movimiento en cada uno es muy grande, muy misterioso, como el mismo Dios, para ser abarcado y encerrado en moldes humanos.

Después de todo, los dueños de esclavos negros tenían la razón: o el mismo alfabeto del crecimiento intelectual debe estar prohibido y el Negro debe tratarse como un esclavo sin derechos o sensibilidades; o las tuercas y los hierros mentales y morales, así como la

compresión civil deben desgarrarse y el alma verdaderamente sujeto de derechos debe ser guiada a la entrada de ese panorama sin límites en donde debe trazar duro para alcanzar el faro que es Dios, como la semilla germina para conocer el Sol.

Un diaconato completamente negro, cuidadosa y generosamente supervisado por el clero blanco, congregaciones de campesinos de caras brillantes con sus delantales blancos limpios y sus cofias catequizadas en intervalos regulares, enseñados a recitar el credo, la oración al Señor y los diez mandamientos —el deber a Dios y al prójimo—, seguramente tales ovejas bien tenidas deberán estar agradecidas con su pastor y contentas con el momento de la vida en el que Dios decida llamarlas. Ciertamente, como el viejo profesor dándole cátedra a un solitario estudiante, aquí no dejamos lugar para irregularidades. “Las preguntas se deben hacer al final de la clase” u ser olvidadas del todo. Para los que hacen preguntas e insisten en respuestas, durante la clase, deben ser tanto impertinentes como molestos. No dejemos que nuestros pastores espirituales y amos se carguen con tal asertividad que solo significa que tenemos un destino por cumplir y que como hombres y mujeres debemos ocuparnos de los asuntos de nuestro Padre.

Es un error suponer que un Negro tiene prejuicios frente a un ministro blanco. Naturalmente no hay una flor más generosa e implícita para la guía de un hombre blanco que el campesino Negro promedio. Lo que para otros sería un acto ordinario de amistad o un interés pastoral, este estaría más inclinado a mostrarse agradecido que a verlo como una subestimación. Y nunca olvidaría tal generosidad. El Negro podría acercarse a su pastor u obispo blanco, no tendría sospechas. No solo está dispuesto, sino que a menudo quiere descargar su alma en su inteligente guía. No hay reservas cuando está convencido que usted es su amigo. Es una triste sátira de la historia y modales americanos decir que hace falta algo para convencerlo.

Que nuestra gente no se siente “atraída” a una iglesia cuyos dignatarios solo ven en el presbiterio, y a quienes se refieren como lo harían a una pintura o a un ángel, cuya vida nunca baja a tocar la de ellos con la inspiración de una realidad objetiva, puede resultar verdaderamente "desconcertante" (siendo factores la casta y la cristiandad americanas), pero necesita dejar de ser sorprendente. Debe haber algo de la naturaleza humana en ello, la misma que nos llevó a “el verbo fue carne y habitó entre nosotros” para que Él nos “atrajera” hacia Dios.

Los hombres no se sienten "atraídos" por abstracciones. Solo la simpatía y el amor puede atraer, y hasta que nuestra Iglesia en América se dé cuenta y provea el clérigo que pueda venir a tocar nuestras vidas y tenga un sentimiento amigo para nuestras aflicciones, sin estar embebido y congelado en la “antipatía gótica”, es probable que los buenos obispos continuen "perplejos" por la escasez de los Negros Episcopales.

Un sacerdote Negro de mi círculo cercano recientemente compartió conmigo, con lágrimas en los ojos, cómo su reverendo Padre en Dios, el Obispo que lo había ordenado, se había encontrado con él en los coches en camino a la convención diocesana y le había advertido, no con poco cariño, que no se sentara en el cuerpo de la asamblea con el clero blanco. Para evitar que se perturbara su placidez divina por supuesto se sentaría atrás, algo apartado. No me imagino qué tanto habrá oído dicho clérigo de las cristianas (!) deliberaciones de la asamblea.

Sin embargo, para volver, no es de esta amplia visión del trabajo de la Iglesia, que mencioné como una causa primaria de su progreso vacilante con la comunidad Negra, de lo que quiero hablar. Mi tema apropiado es el segundo descuido del que a mi juicio nuestros propagandistas cristianos son culpables: o la necesidad de entrenamiento, protección y desarrollo por parte de la iglesia hacia nuestra feminidad Negra como actor indispensable en la evangelización de la raza.

Apelles no despreció la crítica que le hizo un tosco zapatero de su noble arte, y yo no espero que la unidad del escritor con su tema, tanto en sentimiento como en ser pueda paliar la indebida intromisión de opiniones aquí. Se da por sentado que no se puede emprender carrera efectivamente hasta que las mujeres se eleven de verdad. No nos corresponde a nosotros vivir las necesidades, el abandono y los auxilios de la mujer Negra en el Sur. El sacerdote negro más anciano de América ya discutió hábilmente el terreno y propuso un plan práctico y admirable, donde aconsejaba y urgía que las organizaciones especiales como la Hermandad de Iglesias y las escuelas industriales se diseñen para solucionar las apremiantes necesidades en el Sur. No es difícil ver que algunos de dichos movimientos son ideales para la vida de las personas y la extensión de la Iglesia entre ellos. Aún así el panfleto salió sin vida de la imprenta. Hasta el momento, según estoy informada, la Iglesia no ha hecho ninguna moción encaminada a llevar a cabo las sugerencias del doctor Crummell.

La denominación que viene después de la nuestra al oponer la emotividad proverbial del culto Negro en el Sur, y la cual, en consecuencia, como la nuestra, recibe una fría mirada de las viejas cabezas, descansando como nosotros bajo el cargo de no “tener religión” y no creer en la conversión —los Congregacionistas— han ido trabajando calladamente en los más jóvenes, y han establecido escuelas industriales y de entrenamiento, y ahora casi todas las comunidades en el Sur han sido anualmente enriquecidas por una fresca infusión de vigorosos jóvenes corazones, cabezas cultivadas y manos colaboradoras que se han entrenado en Fisk, Hampton, la Universidad de Atlanta y en Tuskegee, Alabama.

Estos jóvenes son misioneros virtuales o activos tanto aquí como en África. Han aprendido a amar los métodos y las doctrinas de la Iglesia que los entrenó y educó, y así el Congregacionalismo progresa seguro y firme.

Necesito comparar estos bien sabidos hechos con los resultados que ha mostrado la Iglesia en el mismo terreno y durante el mismo periodo de tiempo o más.

La institución de la Iglesia en el Sur a la que principalmente se busca para el entrenamiento del clérigo Negro y para la ayuda a la “Mujer Negra” y las “Niñas Negras” del Sur, ha graduado desde el año 1868, cuando se fundó la escuela, a cinco mujeres¹⁸, y mientras cada año varios jóvenes son recibidos y entrenados para el ministerio por las caridades de la Iglesia, el número de mujeres indigentes que han sido apoyadas, refugiadas y entrenadas es impresionantemente pequeño. De hecho, en mi cabeza, la actitud de la Iglesia hacia este aspecto de su trabajo es como si la solución del problema de las misiones Negras dependiera únicamente del envío de una cuota de diáconos y sacerdotes al campo, mientras las niñas son una especie de *tertium quid*, cuyo desarrollo solo se puede promover si pueden pagarlo y encuentran lugar en los planes trazados para el entrenamiento del género opuesto. Ahora preguntaré con toda honestidad, ¿no merece esta fuerza potencial convertirse en dinámica a través de educación y estímulos? ¿No es un deber solemne correspondiente a todos los hombres negros de iglesia que así sea? No merecemos recibir la ayuda de la Iglesia para preparar a nuestras niñas en cabeza, corazón y mano para los deberes y responsabilidades que le esperan a la esposa inteligente, la madre cristiana, la honesta, virtuosa y servicial mujer, que es al mismo tiempo palanca y eje para levantar la raza.

Como Negros y hombres de iglesia no podemos ser indiferentes a estas preguntas.

Nos tocan profundamente en ambos terrenos. Creemos en la Sagrada Iglesia Católica. Creemos que así se ve gigante y remota la consumación, la Iglesia seguirá conquistando y conquistando hasta que los reinos de este mundo, sin excepción de los hombres y las mujeres Negras del Sur, se hayan convertido en reinos del Señor y de su Cristo.

El trabajo anterior en esta dirección no ha sido satisfactorio, debemos admitirlo. Sin grandes cambios en la política, los resultados en el futuro serán tan escasos, como los que tememos. Nuestra vida como raza está en riesgo. Los más queridos intereses de nuestros

¹⁸ Cinco se han graduado desde el 86, dos en el 91, dos en el 92.

corazones están en riesgo. Debemos, ya sea dejar atrás los viejos puntos de referencia y zambullirnos en todas y cada una de las líneas que nos permitan solucionar las necesidades más urgentes de nuestro pueblo, o debemos pedirle a la Iglesia que nos permita ayudar, sin los límites de los prejuicios y las teorías de los individuos, para trabajar agresivamente bajo su dirección, tanto como podamos, con la ayuda de Dios, en la salvación de nuestro pueblo.

El tiempo está maduro para la acción, el egoísmo y las ambiciones se deben dejar en el altar. La batalla es de sacrificio y adversidad, pero nuestro deber es sencillo. Hemos sido receptores de la recompensa de los misioneros por algo más de 21 años. Ni siquiera el vegetal sin sentido está contento con ser un mero receptor. Recibir sin dar es una anomalía en la naturaleza.

Las células de la naturaleza son todas pequeños talleres para la manufactura de rayos de sol, el producto que se entrega a los habitantes de la tierra en calor, energía, pensamiento, acción. La creación inanimada siempre paga de vuelta un equivalente.

Ahora, ¿cuánto te debemos nosotros, señor? ¿Se sobregirará esta cuenta si pedimos la singularidad de propósito y el trabajo sacrificado para tus hermanos? Después de haber pasado por tu escuela de entrenamiento, ¿le negarías la comisión a un general aún si conlleva la responsabilidad, el riesgo y la ansiedad de una posible crítica adversa? ¿Es mucho pedir que des un paso adelante y dirijas el trabajo señalado en estas líneas por tu raza, el cual tú sabes que es de primera y vital importancia?

¿Me permitirían ustedes estas palabras de Ralph Waldo Emerson? “Comúnmente”, dice “tenemos una crítica susceptible que vigila y contradice al partido opositor. Queremos la voluntad que avanza y dirige [actos].”

La naturaleza ha decidido que lo que no se puede defender solo, no debe ser defendido. Nunca quejarse tan alto y con tanta razón es inútil. Lo que no se puede sostener

debe caer y la medida de nuestra sinceridad y, por lo tanto, del respeto de los hombres, es la cantidad de salud y fortuna que arriesgaremos en la defensa de nuestro derecho”.

La educación superior de la mujer

En el primer año de nuestro siglo, 1801, apareció en París el libro de Sylvain Maréchal, *Proyecto de ley para evitar que las mujeres aprendan a leer*. Este propone una ley que prohíba el alfabeto a las mujeres y cita autoridades variadas y de distinto peso para probar que la mujer que conoce el alfabeto ya ha perdido parte de su feminidad. El autor declara que la mujer puede usar el alfabeto solo como Molière dictó que lo haría, para deletrear el verbo "amo"; que no tendrían por qué leer detenidamente el "Ars Amoris" de Ovidio, pues ya es parte del territorio y los límites de la intuición que poseen por defecto; que Madame Guyon hubiera sido mucho más adorable si hubiera continuado siendo una hermosa ignorante, como la hizo la naturaleza; así como Ruth, Noemí, las espartanas, las Amazonas, Penélope, Andrómaca, Lucrecia, Juana de Arco, la Laura de Petrarca y las hijas de Carlo Magno, si no hubieran podido escribir sus propios nombres; mientras que Safo, Aspasia, Madame de Maintenon y Madame de Stael se hubieran ahorrado más de una molestia, si se hubieran apartado por completo de la lectura; finalmente, si a las mujeres se les permitiera alguna vez leer Sófocles y trabajar con logaritmos, o mordisquear cualquiera de los lados de la manzana del conocimiento, sería el fin permanente de la costura de botones y el bordado de zapatillas.

Se debe recordar que este libro fue publicado al principio del siglo XIX. Al final del primer tercio, en 1833, una universidad solidaria en América decidió admitir a las mujeres en sus sagradas proximidades y organizó lo que se llamó un "Curso para damas", así como un bachillerato superior o "Curso para caballeros".

Se sintió como un experimento —uno muy peligroso— y fue recibido con temor y escalofríos por los fundadores de la institución, que se veían como si los hubieran atrapado mezclando compuestos explosivos en secreto y estuvieran esperando, culpables, en cualquier

momento, que el suelo bajo sus pies empezara a temblar y resquebrajarse, y que su hermosa estructura se hacía pedazos.

Pero las jóvenes fueron y no hubo una revuelta. Hicieron sus tareas con modestia e inteligencia. De vez en cuando, vieron a una que otra escogiendo los cursos de los caballeros. Aún así, nada colapsó. Los muy queridos, cuidadosos, escrupulosos, asustados y viejos profesores apenas si estaban recuperando el aliento y preparándose para suspirar de alivio, cuando se dieron cuenta de que tendrían que cambiar los nombres de los cursos, pues había tantas mujeres en el "Curso para caballeros" como en el "para damas", y no existía ni podía existir un curso separado para mujeres, inferior en objetivos al curso clásico regular.

Otras universidades empezaron a seguirles los pasos gradualmente. Hoy hay 198 escuelas superiores para mujeres y 207 escuelas y universidades mixtas en los Estados Unidos que ofrecen el bachillerato superior a las mujeres, y que mandan, cada año, a las arterias de esta nación, una cálida y rica corriente de mujeres fuertes, valientes, activas, energéticas, bien equipadas y consideradas. Mujeres que entienden rápidamente y están prestas a ayudar a los necesitados de este mundo lleno de carencias; mujeres que pueden pensar tan bien como sienten, y que no sienten mucho menos porque piensan; mujeres que no son menos tiernas y sinceras por el rollo de pergamino que cargan en sus manos; mujeres que le han dado un significado más profundo, rico, noble y grande a la palabra "femenino", del que cualquier definición del lado masculino hubiera podido sugerir o inspirar; mujeres por las que el mundo ha esperado largamente, con dolor y angustia, a que se les pueda añadir a sus fuerzas y se les permita permear el pensamiento, para complementar lo que la influencia masculina ha hecho en catorce siglos de dominio.

Desde que la idea de orden y subordinación sucumbió a la brutalidad y la bárbara trifulca en el siglo V, el mundo civilizado ha sido como un niño criado por su padre. Necesita

el gran corazón de una madre que le enseñe a tener piedad, amor, misericordia, a socorrer al débil y a cuidar a los modestos.

¿De dónde viene esta apoteosis de avaricia y crueldad? ¿De dónde esta admiración escurridiza que todos tenemos por los matones y los boxeadores? ¿De dónde la autocomplacencia de las razas "dominantes", como si "dominante" significara "digno" y trajera consigo el derecho de heredar la Tierra? ¿De dónde el menosprecio a las razas e individuos pacíficos, mal llamados débiles, y la cómoda seguridad de que es su destino manifiesto ser exterminados como plagas ante esta civilización de avanzada? Como si poseer las gracias cristianas de la humildad, la flexibilidad y el perdón fuera incompatible con la civilización, que se declara basada en la cristiandad, ¡la religión del amor! Solo escuchen un poco de la fanfarronería bárbara:

“En cuanto a los del Lejano Oriente, no son de los que sobrevivirán. Como el pueblo artístico y atractivo que son, su civilización es como sus árboles de cerezo, hermosas flores destinadas a nunca convertirse en fruto. Si estos pueblos continúan con su rumbo, su camino en la Tierra está cerrado. Así como es seguro que la mañana pasa a la tarde, estas razas del Lejano Oriente están destinadas a desaparecer ante el avance de las naciones de Occidente, si no cambian. Desaparecerán de la faz de la tierra y le dejarán a nuestro planeta la eventual posesión de los habitantes de donde cae el día. A no ser de que las recientemente importadas ideas se afinquen, tanto a los japoneses como a los coreanos, así como a los chinos, se les excluirá inevitablemente de este mundo. Su Nirvana ya se está haciendo realidad, está envolviendo al Lejano Oriente en su serpenteante sábana”.

— El alma del Lejano Oriente —P. Lowell.

Una reflexión encantadora para "los habitantes de donde cae el día". Ver al vástago de una raza pedante con un trazo de su pluma generalizadora mandar a la aniquilación a un tercio de la población mundial, un pueblo cuya civilización ya tenía canas antes de que los elementos parentales que engendraron su raza hubieran avanzando más allá de la nebulosa, es un espectáculo que realmente haría gracia a los dioses.

¡Como la laguna de Longfellow, así somos los occidentales! En los pocos cientos de años que hemos tenido para pavonearnos por el territorio que se nos asignó, imaginamos que hemos agotado las posibilidades de la humanidad. Ciertamente, somos el pueblo, y después de nosotros no hay más. Nuestro Dios es poder, fuerza; nuestro estándar de excelencia heredado por los ancestros bárbaros a través de una larga línea de progenitores, con la Ley Sálica para no permitir ninguna modificación femenina.

Dice uno, "los chinos no son populares con nosotros y no nos gustan los Negros. No es porque tengamos sesgos frente a la forma de los ojos de uno y la piel oscura del otro, sino que el chino y el Negro son débiles, y a los anglosajones no les gusta la debilidad".

El mundo del pensamiento bajo la influencia predominante del hombre, sin los límites ni las ataduras de su fuerza complementaria, se convertiría en la cuarta bestia de Daniel: "Espantosa y terrible, extremadamente fuerte [...]. Tiene grandes dientes de hierro, que devoran y parten a pedazos, y pisotean lo que queda", y los más independientes de nosotros nos encontramos, por momentos, listos para caer de rodillas y adorar la encarnación del poder.

La señora Mary A. Livermore, una mujer que menciono solo para admirarla, estuvo a punto de hacer tambalear mi fe hace algunas semanas en la teoría de que la misión de la mujer pensante es poner el acorde tierno y solidario en la gran sinfonía de la naturaleza, y contrastar o, mejor, armonizar el diapasón de la mera fuerza y poderío.

Ella, obcecada en el genio anglosajón por el poder y su desprecio por la debilidad, describió una escena que presencié en San Francisco.

El animal incorregible que es el niño americano se había lanzado sobre un hombre chino inofensivo, que estaba caminando del trabajo a su casa, y le había tirado el contenido de su canasta de lavandería, tarea bellamente completada, en una zanja. “Y”, dice ella, “cuando ese gran hombre se paró y empezó a llorar desconsolado frente a esa multitud de pillos sin ley, a los que bien habría podido enseñarles una lección con sus dos puños, 'No importa'”

¡Eso dijo como un hombre! Chilla fuertemente. Golpea el culto de la bestia. Es desprecio por la debilidad, y fuera de contexto podría contradecir mi teoría. Por un lado muestra que uno de los mayores exponentes de la educación superior puede ser, por momentos, infiel a los instintos que le he atribuido a la mujer pensante y a la contribución que le ha hecho al mundo civilizado, o, por otro lado, muestra que la influencia que ella ejerce sobre nuestra civilización puede ser potente sin ser siempre directa y consciente. Este último es el caso. Su voz puede dar una nota falsa, pero todo su ser se hace música con las vibraciones del sufrimiento humano. Su lengua puede repetir la fría soberbia que algún hombre le enseñó, pero su corazón resplandece con simpatía y amorosa amabilidad, y ella no puede ser fiel a su verdadero ser sin entregar estos elementos a las fuerzas del mundo.

Nadie está en peligro de imaginarse a Marco Antonio como "un hombre plano y sin importancia" o a Casio como uno sincero, cualquiera que sea su discurso.

Como individuos, estamos constante e inevitablemente, seamos conscientes de ello o no, entregando nuestro verdadero ser en todos nuestros pequeños mundos, añadiendo inexorablemente nuestro propio rayo al torrente de luz de las estrellas, independientemente de nuestras profesiones y nuestras máscaras; así mismo en el mundo del pensamiento, la

influencia de la mujer pensante trasciende de lejos su débil declaración y a veces hasta se opone a ella.

Un visitante en Oberlin dijo una vez a la directora, “¿No ha habido turbas en Oberlin? Como es que no veo policía por aquí y las calles están tan calmadas y ordenadas como si hubiera un oficial de la ley parado en cada esquina”.

La señora Johnston respondió, “Oh, sí, hay personas violentas en Oberlin, como en cualquier otra ciudad, pero nuestras jóvenes son nuestra policía”.

Con de cinco a mil jóvenes de mente pura hilando las calles del pueblo sin supervisión, el vicio se tamiza como escarcha ante el sol saliente y, sin embargo, me aventuro a decir que no hay una entre esas cientos de jovencitas, una que no se hubieran apartado de una pelea callejera como de un ratón, o que no hubiera declarado que no puede soportar ver sangre y armas.

Ahí está, entonces, la verdadera y especial influencia de la mujer. Una influencia sutil y a menudo involuntaria, una influencia tan íntimamente entretejida, tan intrincadamente compenetrada por la influencia masculina de la época, que es muchas veces difícil liberar las delicadas redes y analizar e identificar las fibras aferradas. Sin embargo, sin esta influencia, mientras la mujer siga sentada con los ojos vendados y las manos atadas, atrapada en las garras de la ignorancia y la inacción, el mundo del pensamiento se mueve en su órbita como las revoluciones de la Luna, con una fase (la cara del hombre) siempre afuera, para que el espectador no pueda distinguir si es un disco o una esfera.

Ahora declaro que es del dominio de la educación superior entre las mujeres, el hecho de hacer una cosa de todos los días para las mujeres razonar, pensar y expresar sus ideas; el entrenamiento y el estímulo que faculta y estimula a las mujeres a entregar al mundo el pan que necesita, así como el azúcar por la que llora. En suma, la transmisión de las fuerzas potenciales de su alma a factores dinámicos es lo que le ha dado simetría y completud a las

agencias del mundo. Así que solo se puede consumir que Piedad, las lecciones que enseña, y Alicia, las tareas que el mismo hombre se ha puesto, deben encontrarse: esa rectitud o "corrección", el ideal del hombre, y la paz, la necesaria otra mitad, deberían besarse.

Deberíamos agradecer a la ilustración general y a la independencia de la mujer (que ahora vemos como un *fait accompli*), que estas dos fuerzas están ahora trabajando en el mundo, y es justo demandar de ellas, para el siglo XX, una civilización más alta de la que se alcanzó en el XIX. Religión, ciencia, arte, economía, todas han necesitado el sabor femenino; y la literatura, la expresión de lo que es permanente y mejor de todas estas, se puede calibrar en cualquier momento para medir la fuerza del ingrediente femenino. No se van a encontrar infantes entregados a la teología en lagos de fuego inextinguible mucho después de que las mujeres hayan tenido una oportunidad de sujetar, dominar y ejercer sus dogmas. No se va a encontrar ciencia que aniquile la personalidad del gobierno del universo y que haga de Dios una fuerza física ingobernable, sin inteligencia, ciega y, a menudo, destructiva. No se va a encontrar en la jurisprudencia, formulado como un axioma, el absurdo de que hombre y esposa son uno, y ese en que el hombre, que la mujer casada no podrá tener o legar su propiedad a su buen juicio pues es sujeto de los mandatos de su esposo. No se van a encontrar economistas políticos declarando que el único ajuste posible entre trabajadores y capitalistas es el egoísmo y la voracidad de que ambos deben tener todo lo que puedan y mantener todo lo que consigan, mientras el mundo grita *laissez faire* y los abogados explican: "Es el hermoso trabajo de la ley de oferta y demanda" en buena forma. No se va a encontrar la ley del amor excluida de los asuntos de los hombres mientras se completa la otra mitad de la verdad del mundo desde la perspectiva femenina.

No, ponga ahora su oreja cerca al pulso de los tiempos. ¿Cuál es el fundamento de la literatura de estos días? ¿Cuál es el grito del estandarte de todas las actividades de la mitad de la última década? ¿Cuál es el séptimo dominante para añadir riqueza y tono a las últimas

cadencias de este siglo y liderar en una gran modulación a las armonías triunfantes que sigue? No es la compasión por los pobres y desafortunados, y, como lo expresó Bellamy: “¡Clamor indignado contra el fracaso de la maquinaria social actual para mejorar la miseria de los hombres!”. Incluso a la cristiandad se le ha llevado a los estrados de la humanidad y se le ha enjuiciado frente al estándar de su habilidad para aliviar el sufrimiento del mundo y aligerar e iluminar su aflicción. Cuál otro podría ser el significado de la triste protesta de Matthew Arnold: “¡No podemos vivir sin cristiandad!”, exclamó, “y no podemos soportarla como está”.

Cuando ha pasado una era, cuando se le ha dado tanto tiempo e ideas, tanto dinero y trabajo, a los pobres e inválidos de Dios, a los modestos sin amor, a los pecadores y a los que sufren —hogares para los ebrios y para los lunáticos, abrigo para los viejos y para los bebés, hospitales para los enfermos, apoyo y soporte para los caídos, prisiones reformadoras y reformatorios, todas las muestras de que la influencia "maternal" emitida de alguna fuente está aliviando la nación.

Ahora, por favor, entiéndanme. No pido que se admita que estos beneficios y virtudes son una posesión exclusiva de las mujeres, o que incluso solo ellas pueden ser sus propias líderes y defensoras. Puede que haya un hombre que las desarrolle y les de voz. Puede haber, y a menudo lo hay, un hombre que se conmueva por los males y las luchas que buscan un mundo mejor: pero ese hombre ha bebido esos impulsos de su madre, más que de su padre, y simplemente está materializando y devolviéndole al mundo, de manera tangible, el ideal de amor y ternura, de devoción y cuidado que les han querido y nutrido en el periodo más indefenso de su propia existencia.

Todo lo que reclamo es que hay un lado femenino de la verdad, así como hay uno masculino; que estos están relacionados no en calidad de superioridad e inferioridad, ni como mejor y peor, o fuerte sobre débil, sino como complementarios, complementarios en un todo

necesario y simétrico. Que así como el hombre es más noble en razón, la mujer es más rápida en simpatía. Que así como él es infatigable en la búsqueda de la verdad abstracta, ella lo es en ocuparse por los intereses de los esforzados tierna y amorosamente, para que ninguno, ni el más pequeño de estos, desaparezca.

Pues mientras nosotros vemos con frecuencia mujeres que razonan, decimos, con la frialdad y precisión de un hombre, y hombres que son tan considerados con los más necesitados como las mujeres, aún hay un consenso general en la humanidad de que uno de los rasgos es esencialmente masculino mientras el otro es una particularidad femenina. Es necesario que los dos se trabajen en la educación de los niños, para que nuestros niños puedan complementar su virilidad con ternura y sensibilidad, y nuestras niñas puedan redondear su gentileza con fuerza y confianza. Así como los dos son igualmente necesarios para darle simetría al individuo, una nación o una raza se degenerarían a la mera emocionalidad por una parte, o al matoneo por la otra; si dominara una de las dos características. Finalmente, y de la manera más enfática, el factor femenino puede hacer el mejor efecto solo a través del desarrollo de la mujer y su educación, para que ella pueda estampar su fuerza con las fuerzas de su tiempo propia e inteligentemente, y agregar su toque a las riquezas del mundo del pensamiento.

“Pues la causa de la mujer es la del hombre: se levantan o se hunden juntos, empequeñecidos o endiosados, atados o libres:

Pues ella quien escala con el hombre fuera del Lete

los luminosos escalones de la naturaleza, comparte con el hombre sus noches, sus días, se mueve con él a una meta.

Si ella es pequeña, de naturaleza despreciable, miserable,

¿cómo va a crecer el hombre?

* * * Dejen que ella se apodere de sí misma
para entregar o guardarse, para vivir, aprender y para ser
todo lo que no dañe de manera peculiar su feminidad.
Pues la mujer no es menos desarrollada que el hombre,
es diferente; podría ser como el hombre
sin su dulce amor. Este es su más querido vínculo,
no de igual a igual, sino iguales en diferencia.
Sin embargo, con el paso de los años, más se deben parecer;
el hombre ser más como la mujer, ella más como el hombre;
él ganar en dulzura y en altura moral,
no perder las fuerzas de lucha que mueven el mundo.
Ella crece mentalmente, no falla en el área de cuidado infantil,
ni pierde su parecido a los niños en una mente más grande.
Hasta que al final se ajusta al hombre,
como la música perfecta a las palabras más nobles”.

Ahora discutirán, de pronto, y con razón, que la educación superior para las mujeres no es una idea moderna, y que, si es el medio para ajustar la muy deseada fuerza femenina, libre y estimulante, al mundo; ya ha sido juzgada y debería hacerse, pues en el pasado ya ha producido algunos de estos brillantes efectos. Safo, la brillante y dulce cantante de Lesbos, “la Safo coronada de violetas, pura y de sonrisa dulce” como la llamaba Alceo, cantó sus versos y vació profundamente su alma casi seis siglos antes de Cristo, en notas tan llenas y libres, como eran apasionadas y elocuentes las de Arquíloco o Anacreonte.

Aspasia, la reina más temprana de los salones, un siglo más tarde se encargó del entretenimiento intelectual de Sócrates, de los genios y los filósofos líderes de su tiempo. De

hecho, a ella le atribuyen los mejores críticos la autoría de uno de los discursos más notables de Pericles.

Más adelante, durante el Renacimiento, las mujeres eran profesoras de matemáticas, física, metafísica y las lenguas clásicas en Bolonia, Pavia, Padua y Brescia. Olimpia Fulvia Morata, de Ferrara, un personaje muy interesante, cuya magnífica librería fue destruída en 1553, por la invasión de Schweinfurt por Alberto de Brandenburgo, tenía la más excelente educación. Se dice que esta maravillosa niña daba lecciones en temas clásicos a sus dieciséis años, antes de eso ya había escrito varios poemas extraordinarios en griego y latín, y, lo que también va al punto, se casó con un profesor en Heidelberg y se convirtió en su asistente.

Es cierto que la educación superior de la mujer —de hecho, la más alta que el mundo alguna vez haya visto— pertenece al pasado; pero debemos recordar que fue posible, hasta la mitad de nuestro propio siglo, solo para unas pocas privilegiadas; y que las tendencias y tradiciones del momento antes estaban en su contra. No había ningún estímulo que alentara a las mujeres a aprovechar al máximo sus poderes y a recibir su desarrollo como un servicio al progreso de la civilización, pero sus pocas aspiraciones, cuando tenían alguna, se enfriaban y desinflaban en el embrión, y cualquier intento de pensamiento era recibido como una monstruosa usurpación de los derechos del hombre.

Lessing declaró que “la mujer que piensa es como el hombre que se pone labial —ridículo” y Voltaire, en sus formas groseras y superficiales, solía decir “las ideas son como las barbas —las mujeres y los niños no tienen”. El doctor Maginn afirmaba: “Nos gustaría oír algunas palabras con sentido de una mujer alguna vez, cómo lo hacemos de los loros —¡son tan inesperadas!”. E incluso el pío Fénelon enseñaba que la delicadeza de la virginidad es casi tan incompatible con el aprendizaje, como el vicio.

No es una sorpresa que la mujer promedio se retirara ante estos golpes de genio y ridículo, e incluso glorificara su ignorancia. El Abate Choisy, se decía, alababa a la duquesa

de Fontanges por ser tan hermosa como un ángel y tan tonta como un ganso, y todas las damas de la corte se esforzaron en compensar en tontería lo que les faltaba en encanto. El ideal de esos días era que "las mujeres debían ser bonitas, vestirse bonito, coquetear bonito y no estar demasiado informadas", ese era el *summum bonum* al que aspiraban en su vida terrenal, como lo pone Thackeray: "Todos los hombres se pelean por bailar con ella", así no tuviera un destino divino, un alma con anhelos inextinguibles y posibilidades inagotables. Sin trabajo propio para dejar algo al mundo, ni valores absolutos inherentes, ningún deber ser, ni forma de trascender todo aquello que no brinde placer, como si se tratara de un juguete. Su valor era únicamente relativo y estimado de la manera que se precia el arte, por el placer que entrega. "Mujer, vino y canción" como "el mejor regalo para el hombre" se juntaron en el adagio pensando muy poco en lo primero. "Qué haces tú", si el vino y la canción declaran, "nosotros somos lo que le interesa al padre".

Los hombres creían, o pretendían creer, que la gran regla del desarrollo personal era obligatoria únicamente en su mitad de la familia; que mientras el objetivo principal del hombre fuera glorificar a Dios y poner sus cinco talentos a los cambistas, ganándose así otros cinco; el único objetivo de la mujer debía ser glorificar al hombre y envolver su único anhelo decente en una servilleta, para retirarse como "la dama de Hezekiah Smith en su vida natural y la viuda de Hezekiah Smith en su tumba". La educación superior era incompatible con la forma del cerebro femenino y aún si la pudieran adquirir, inevitablemente las dejaría sin género al destruir las criaturas dependientes, sismáticas, necesitadas y tiernamente desamparadas en las que tan heroicamente los hombres piensan y tan galantemente persiguen, dejando en su lugar una raza formidable de medias azules con rizos de corcho y otras propensiones de las solteronas.

Pero estas son ideas del siglo XVIII.

Hemos visto cómo el péndulo ha atravesado nuestro siglo. Los hombres de nuestro tiempo se han preguntado con Emerson “si la mujer nos puede mostrar cómo podemos servirla mejor” y la mujer ha contestado: todo lo que pido es la misma oportunidad de la plántula y el microorganismo, la oportunidad para crecer y desarrollarme, el permiso para hacer realidad las aspiraciones de mi alma sin sufrir el infortunio de su censura y ridículo.

“Audetque viris concurrere virgo”.

En el cultivo del alma, la mujer por fin se atreve a competir con los hombres, y podríamos citar a Grant Allen (de quien realmente no se podría sospechar que está defendiendo la degeneración de la mujer), como un ejemplo del amplio efecto que tiene esta competencia en las ideas, por lo menos, de los hombres actuales. Dice en *Plain Words on the Woman Question*, recientemente publicado:

“La posición de la mujer no era (en el pasado) una posición que pudiera resistir la prueba del escrutinio del siglo XIX. Su educación era inadecuada, su situación social humillante, su poder político era nulo, sus reclamos personales y prácticos eran innumerables; sobre todo, su relación con la familia —sus esposos, sus hijos, sus amigos, su propiedad— era simplemente insoportable”.

Y de nuevo: “Como un cuerpo, nosotros 'hombres avanzados' estamos, creo, preparados para reconsiderar, fundamentalmente sin prejuicios o confusión, toda la cuestión de la relación entre géneros. Estamos listos para hacer cualquier modificación en esas relaciones que satisfaga las justas aspiraciones de la mujer a la independencia personal, al desarrollo moral e intelectual, al cuidado físico, a la actividad política y a una voz en el manejo de sus propios asuntos, tanto domésticos como nacionales”.

Ahora, esto es lo suficientemente magnánimo, claro, y un gran paso para los sermones del siglo XVIII, ¿no? La educación superior de la mujer ha desarrollado al hombre definitivamente, ahora veamos qué ha hecho por la mujer.

Durante su última visita a los Estados Unidos en 1882 o 1883, Matthew Arnold dio una conferencia en una universidad mixta al occidente del país. Después de la charla le dijo, con alguna sorpresa, a una profesora, que había notado que las mujeres jóvenes de su audiencia pusieron tanta atención como los hombres, “toda la conferencia”. Esto llevó, por supuesto, a una animada discusión sobre la educación superior de las mujeres, durante la cual él dijo con entusiasmo a su interlocutora, observando su pensamiento filosófico a través de su monóculo inglés: “Pero —eh— no cree que —eh— afectan sus oportunidades, ¿usted sabe!”.

Ahora, sobre el resultado para las mujeres, este es el argumento más serio que se usa en contra de la educación superior. Interfiere con el matrimonio, la educación clásica tiene una gran objeción que estudiar y contestar.

Aunque estoy de acuerdo con el señor Allen, por lo menos en este punto, que debería haber bodas y matrimonios hasta el fin del mundo.

Coincido en que el desarrollo intelectual, con la confianza y la capacidad de ganarse la vida que da, deja a la mujer menos dependiente de las relaciones matrimoniales para el soporte físico (que, por cierto, no siempre está garantizado). Tampoco está ella obligada a ver el amor sexual como la única sensación que la tonifica y le da placer, movimiento y vigor a la vida. Su horizonte se expande. Sus simpatías crecen, se profundizan y multiplican. Tiene más cercanía con la naturaleza. No es un capullo que abre, no una gota de rocío, ni un rayo de luz o una nube que se rompe en un trueno, pero suma a la expansión y el disfrute de su alma. Y si el Sol de una pasión absorbente se pone, todavía la noche trae las estrellas. Ella conserva la delicada, menos prominente, pero no menos encantadora e inspiradora, luz de la amistad; y en su círculo encantador puede recoger lo mejor que ha conocido el mundo. Puede conversar

con Sócrates sobre el daimon que conocía y del que ella también puede ser testigo, puede deleitarse en la maestría de Dante, la dulzura de Virgilio, la simplicidad de Homero, la fuerza de Milton. Puede escuchar las vibrantes pulsaciones del alma enjaulada de Safo, mientras golpea sus alas lastimadas contra las barras de su prisión y pelea por salir volando al éter del cielo, al tiempo que los incendios de su propia alma le gritan de vuelta y ella escucha. “Sí, Safo, lo sé todo, lo sé”. Aquí, finalmente, puede haber comunión sin sospecha, amistad sin malentendidos, amor sin celos.

Debemos admitir entonces que la imagen de Byron, sea bella o no, se ha desvanecido del lienzo de hoy.

“El amor”, escribió, “es un episodio en la vida del hombre, y, sin embargo, es toda la existencia de la mujer. Las dignidades de la Corte y de la Iglesia, los laureles de la guerra o de la gloria, los dones todos de la fortuna son patrimonio del hombre, y le ofrecen el bello y fuerte licor con que llenar el vaso vacío de su corazón, y así, son muy pocos los hombres que no se dejan seducir por todo ello. En cambio nuestro género solo tiene un néctar dulcísimo con que colmar su copa; amar... amar siempre y perderse”.

Esto pudo haber sido verdad cuando se escribió. No lo es hoy. La antigua vida de la mujer, subjetiva, estancada, indolente y desdichada, se ha ido. Ella tiene tantos recursos como los hombres, tantas actividades la llaman. Las mismas grandes posibilidades le hinchan e inspiran el corazón.

Ahora, entonces, ¿esto destruye o disminuye su capacidad de amar?

Sin duda, sus estándares son más altos. La necesidad de especular sobre sus "oportunidades" probablemente ha cambiado. La pregunta para la mujer ahora no es "¿Cómo me puedo limitar, atrofiar, simplificar y anular para hacerme elegible al honor de ser tragada por un hombre menor?", sino el problema. Creo que ahora es tiempo de que el hombre piense

cómo puede desarrollar sus poderes divinos para alcanzar el ideal de una generación de mujeres que demandan los mejores y más nobles logros de los que es capaz, y este es el único ajuste justo y natural de las oportunidades. La naturaleza nunca pensó que los ideales y estándares del mundo deberían minimizarse, sino que los hombres deberían agradecerlos por pedirles los frutos más ricos que puedan producir. Si los hace trabajar, tanto mejor para ellos.

En cuanto a la adaptabilidad de la mujer educada a la relación del matrimonio, simplemente citaré el excelente simposio de mujeres cultas que recientemente apareció bajo la firma de la señora Armstrong, como respuesta a las *Plain Words* del señor Allen, que se refirieron anteriormente:

“Ellas toman el lugar que les corresponde junto a los hombres que las retan y encaran los resultados sin temor a sus acciones, sin admitir ningún cuestionamiento a la igualdad intelectual frente a ellos, con la simple conciencia de su fuerza. Niegan que su educación las incapacita de alguna manera para el deber de esposas y madres, o que haga de estos roles menos atractivos para ellas de lo que lo son para las mujeres más domésticas. Al contrario, ellas sostienen que su conocimiento en psicología las hace mejores madres y amas de casa, su conocimiento en química las hace mejores cocineras, mientras que bajo el entrenamiento en otras ciencias naturales y matemáticas adquieren una precisión y un sentido de justicia que son de gran valor para lidiar con sus hijos y empleados”.

Tanto sucede en su disposición. Ahora, la manzana puede ser buen alimento y placentera de observar, así como la fruta a desear para alcanzar la sabiduría. Incluso puede asegurarte que no tiene aversión a ser probada.

Sin embargo, si no gusta del sabor, todas estas recomendaciones son en vano. ¿Es la mujer intelectual deseable en el mercado matrimonial?

Esto no lo puedo contestar. Confieso mi ignorancia. No soy juez para tales cosas. Me han dicho que las mujeres decididas pueden ser, cuando se piensa que valen la pena, muy tolerables; y, juzgando por el número de nombres femeninos con doble patronímico que encuentro en los anuarios de las universidades, deduzco que varios hombres están dispuestos a soportarlas.

Aquí termina mi tarea. Habiendo demostrado que grandes movimientos mundiales en el pasado se debe a la fuerza femenina; que esta fuerza puede alcanzar toda su potencia a través del desarrollo ilimitado de la mujer; que tal desarrollo, mientras aporta al mundo y a la civilización, no la saca necesariamente del hogar; y finalmente, que mientras siglos pasados han sido testigos esporádicos en diferentes instancias de un alto crecimiento, este ha sido mayor durante los últimos años del siglo XIX, pues el desarrollo ha estado a disposición del público en general y así se hizo más efectivo; puedo cerrar con una predicción resplandeciente de lo que espera al siglo XX, que hereda estas fuerzas gemelas —la masculina, golpeada y gastada como un veterano adusto luego de siglo de guerra, pero todavía fuerte, activa y vigorosa, lista para ayudar con su bien ganada experiencia a la joven recluta que se regocija en la libertad recién adquirida, que con confianza pone su mano en esta plegaria conjunta para redimir la era.

“Y así, el par en los bordes del tiempo,
se sientan juntos, en una suma absoluta de todos sus poderes,
despachando la cosecha, sembrando lo que será,
respetuosos de sí mismos y respetuosos del otro”.

De buen agrado los seguiría, pero el deber está más cerca de casa. El terreno alto de las generalidades es atractivo, pero mi pluma está consagrada a una causa especial. Con el

objetivo de una mayor ilustración de los logros del siglo en cuanto a la educación superior de la mujer negra, escribí hace unos días a las universidades que admiten mujeres y pregunté cuántas mujeres negras habían completado el bachillerato académico en toda su historia. Estas son las cifras que me enviaron de vuelta: Fisk lidera la marcha con doce; Oberlin es la siguiente con cinco; Wilberforce, cuatro; Ann Arbor y Wellesley, tres cada una; Livingstone, dos; Atlanta, una; y Howard todavía no tiene ninguna.

Luego pregunté al director de la escuela secundaria de Washington cuántas de sus graduandas habían escogido seguir sus estudios con cursos universitarios. Contestó que solo una y que había ido a Cornell¹⁹.

Otros también hacen preguntas, algunas veces. Hace algunos años, un amigo blanco me preguntó: “¿Cómo es que los hombres de tu raza parecen superar a las mujeres en logros intelectuales?”. “Oh”, le dije, “hasta ahora es cierto, que los hombres, supongo, con la vida que llevan, ganan mucho por contacto y, hasta ahora solo parece, porque creo que las mujeres son más calladas. Ellas no sienten la necesidad de montarse a un barril y sermonear una hora cada vez que creen haber producido una idea”.

Pero estoy segura de que hay otra razón, que en el momento no me pareció adecuado entregar. La atmósfera, los estándares, los requerimientos de nuestro pequeño mundo no permiten ningún estímulo especial al desarrollo femenino.

Suena como algo gracioso, pero resulta cierto, que mientras nuestros hombres parecen conocer a profundidad casi cualquier tema de nuestro tiempo; cuando se les pone la cuestión de la mujer, regresan a la lógica del siglo XVII. No dejan nada que desear en general cuando se trata de galantería y caballerosidad, pero en realidad parecen no haber superado esa otra contemporánea de la caballerosidad, la idea de que la mujer se puede parar en un pedestal o vivir en una casa de muñecas (si los pueden tener), pero no deben fruncir el ceño pensando o

¹⁹ Graduada del curso científico en junio de 1890, la primera mujer negra en graduarse de Cornell.

intentando ayudar a los hombres a reflexionar sobre las grandes preguntas del mundo. Temo que la mayoría de los hombres negros todavía no creen que valgan la pena las aspiraciones de las mujeres a la educación superior. No hay muchos que suscriban las ideas de “avanzada” que Grant Allen ya citó. Las tres R, un poco de música y bastante baile, un vestido fino y una botella de bálsamo de magnolia son suficientes para volver encantadora cualquier mujer que posea el tacto y la capacidad de adorar la masculinidad.

Mis lectores sabrán disculpar la ilustración de mi punto y también la explicación para el temor que tengo, un poco desde mi experiencia personal. Cuando era niña me inscribieron en una escuela cerca a mi casa que afirmaba ser normal y mixta, para preparar a los maestros de la juventud negra, proveer candidatos al ministerio y ofrecer educación conjunta para quienes estuvieran prestos a recibirla. Entonces descubrí después de algunos días que tenía bastante tiempo libre. Había devorado lo que me ofrecieron y, como *Oliver Twist*, estaba buscando cómo pedir más. Constantemente sentía (como supongo que muchas niñas ambiciosas habrán sentido) una punzada dentro que no se podía resolver con nada de afuera.

Se organizaba clase tras clase para los candidatos al ministerio (varios de ellos, hombres que habían estado pregonando desde mucho antes de que yo naciera). Se esperaba que fuera a cada una de estas clases, pensaba en el momento, con el solo propósito de permitirle al querido viejo rector, mientras revisaba las expresiones vacías de su vieja clase hasta tenerme en ojos, sacar su solitario juego de palabras —su infaltable broma, especialmente en clima cálido— que era exclamar “¡Algún sultano!” para poder decir “o la fulana”.

Finalmente se formó un curso de griego. Mi inspirador tutor me informó que nunca se había enseñado griego en la escuela y que, aunque esa iba a ser una clase exclusiva de los candidatos al ministerio, si quería, me podían incluir. Respondí —espero que con humildad, como toda hembra de la especie humana— que a mí me gustaría mucho estudiar griego y que

estaba agradecida por la oportunidad, y así asistí. Un niño, por escasas que fueran sus capacidades y superficiales sus pretensiones, solo tenía que decir en voz alta sus intenciones de estudiar teología para obtener todo el apoyo, aliento y estímulo que necesitara, se le absolvería de trabajo y recibiría de inmediato toda la dignidad de su futuro puesto. Mientras que una niña autosuficiente tendría que arreglárselas enseñando en el verano y trabajando horas después de la escuela para poder pagar sus facturas, además de tener que sobrepasar los posibles intentos de disuadirla de obtener una educación superior. Hasta que un día, la niña le soltó al director: "La única vacante disponible para una niña en esta escuela es para casarse con los candidatos a ministro". Dijo que no sabía, pero que seguro así era. Y cuando por fin esa misma niña anunció su deseo e intención de continuar con la universidad, fue recibida con la misma incredulidad y perplejidad con la que se recibiría la noticia de que el botón de uno de los abrigos de los candidatos a ministro había descubierto un nuevo método para hacer del círculo un cuadrado o triseccionar un arco.

Ahora esto no es muy complicado. Es simplemente una fotografía borrosa, y lo que creo que no era una excepción por esos días en las escuelas para negros. Le pido a los hombres y mujeres que enseñan y trabajan para los intereses más altos de la raza, ¡que les den a las niñas una oportunidad! Podríamos estar esperando que creciera árboles a partir de hojas, si esperáramos que la civilización o la masculinidad se construyeran sin tener en cuenta a nuestras mujeres y la vida de hogar que ellas componen, que debe ser la raíz y el suelo de cualquier asunto. Déjennos insistir entonces en un estímulo especial a la educación de nuestras mujeres y un cuidado especial en su entrenamiento. Dejen a nuestras niñas sentir que esperamos algo más de ellas que solamente verse lindas y figurar en sociedad. Enséñenles que hay una raza con necesidades especiales que ellas, y solo ellas, pueden ayudar; que el mundo necesita y ya está pidiendo sus eficientes y entrenadas fuerzas. Finalmente, si hay una niña ambiciosa con coraje y cerebro para seguir con la educación superior, alíenténla a

sacarle todo el provecho. Dejen que haya la misma fanfarria y palmas que reciben los niños cuando anuncian su decisión de entrar en las listas; además, cuando vean que ella es físicamente la más débil de los dos, no se hagan a un lado dejándola recibir sola los golpes de las olas. Háganla saber que su corazón la está siguiendo, que su mano, así ella no la vea, está lista para apoyarla. En pocas palabras, dejen que se recoja dinero y se abran becas en nuestras escuelas y universidades para jóvenes mujeres autosuficientes y valiosas, para contrastar y balancear la ayuda que siempre encuentran los niños que van a tomar Teología.

La más seria y más entrenada de las jóvenes cristianas, como maestra, como ama de casa, esposa, madre o, incluso, como callada influencia, es una misionera tan potente para nuestra gente como lo es el teólogo, y declaro que en esta etapa de nuestro desarrollo en el Sur, ella es incluso más importante y necesaria.

Reconozcamos entonces, aquí y ahora, esta fuerza y pongámonos de acuerdo para sacarle provecho —no que los niños sean menos, sino que las niñas sean más.

“La mujer vs. el indio”

En el Congreso Nacional de Mujeres, convocado en Washington en febrero de 1891; entre los numerosos ensayos, sugestivos y considerados, que leyeron ilustres mujeres, había uno de la Rev. Anna Shaw, con el título escrito arriba.

El hecho de que la señorita Shaw sea amplia, justa y liberal en sus principios, está comprobado más allá de cualquier contradicción. Su noble generosidad y femenina firmeza son irreprochables. La firme posición que tomaron ella y la señorita Anthony en la ola de color en Wimodaughsis debe ser suficiente para aliviar por siempre cualquier duda, al igual que el peso en oro que valen estas dos mujeres.

La señorita Shaw es presidenta de Wimodaughsis [que, para la comprensión de los no iniciados, es un club cultural de mujeres, cuyo nombre está compuesto por las primeras letras de las palabras "esposas" (wives), "madres" (mothers), "hijas" (daughters) y "hermanas" (sisters) en inglés, y una dama del Estado del Bluegrass era la secretaria.

La caja de Pandora se abrió dentro de la armonía ideal de este Edén moderno sin un Adán, cuando una mujer negra, una maestra en una de nuestras escuelas, aplicó para ser admitida a sus privilegios y oportunidades.

La secretaria de Kentucky, una dama ferviente de las buenas obras y quien, no puedo dejar de imaginar, pertenece a la estimable clase que diariamente agradece al Señor que haya hecho la Tierra para que ellos tengan el trabajo de supervisar su rotación, y a quien verdaderamente le gustaría ayudar a "elevar" a las comunidades negras (a su manera, por supuesto, y siempre y cuando entiendan su lugar), se llena de horror y dolor al ver que una persona de origen Negro pueda aspirar a aprender a escribir a máquina o alguna lengua, o que disfrute cualquier otra ventaja de las que ofrecen los sagrados muros de Wimodaughsis. En efecto, ella no había calculado que existían más esposas, madres, hijas y hermanas además de las blancas, y de verdad estaba convencida de que Whimodaughsis sonaría igual de bien, solo

tendría que significar "white mothers, daughters and sisters" (madres, hijas y hermanas blancas). De hecho, si es que hay algo en un nombre, nada se perdería si se omitiera, por evitar la eufonía, de este mosaico único, las letras que representan a las esposas (wives). Whiwimodaughsis puede sorprender un poco y el tema de las esposas es mejor que dé lugar a "blancas", pues claramente no todas las mujeres son esposas, mientras que todas las esposas son seguro hijas. Entonces, las hijas podrían representar a las esposas y esta inmaculada asamblea para propagar las ideas liberales y progresistas, y diseminar una cultura más amplia y humana, podría librarse de la dolorosa posibilidad de ver que un hombre Negro llegara en el futuro a escoltar de una clase nocturna a esta solitaria aplicante negra. En conformidad, la secretaria de Kentucky llevó a la aplicante de color a un lado y, con las emociones adecuadas para tal crisis propia de la época, le dijo "tan generosamente como pudo" que las personas de color no eran admitidas a las clases y, acto seguido, devolvió el dinero que dijo la aplicante negra había pagado por las clases de mecanografía.

Cuando este pequeño incidente llegó a los oídos de la señorita Shaw, dijo con firmeza y empatía, NO. Como ministra del evangelio y como mujer cristiana, no podía prestar su influencia a tal discriminación, tan irracional y poco caritativa; por lo tanto, tenía que renunciar al honor de la presidencia de Wimodaughsis, si una persona iba a ser proscrita únicamente por su color.

Para el honor de la junta directiva, debe decirse que mantuvieron a la señorita Shaw en su cargo, mientras la secretaria de Kentucky y aquellas en quienes pudo inocular sus prejuicios renunciaron.

Fue solo una ola, la lamentable pérdida de una posibilidad para quienes no quieren o no pueden aprovechar la oportunidad que les da Dios para ampliar y engrandecer sus propias almas, y luego el trabajo siguió como antes.

Susan B. Anthony y Anna Shaw son evidentemente demasiado nobles para ser esclavas del provincialismo de mujeres que parecieran nunca haber respirado una atmósfera ulterior a los confines de las plantaciones de sus abuelos.

Es solo desde el amplio altiplano de la luz y el amor que se pueden ver los insignificantes prejuicios y la estrecha mojigatería de su perspectiva, y es en este terreno elevado donde realmente creo que estas dos mujeres se paran.

Como líderes del movimiento de las mujeres de hoy, nunca han necesitado claridad en su visión ni firmeza en su alma al ajustar las fuerzas recalcitrantes y pedalear en línea los mil y un "nunca", "no se cambiará", "no se dictará" estandartes de su, de alguna manera, manchado despliegue.

La mujer negra y sureña, me imagino, a menudo se ponen en la disyuntiva del hombre aturdido que tenía que hacer atravesar un arroyo, uno a uno, una bolsa de maíz, un zorro y un ganso. No había nadie que ayudara y dejar el ganso con el zorro era la muerte; con el maíz, la destrucción. Para rebautizar los animales, no se le puede pedir al león que se recueste con el cordero, a no ser que el cordero tome la litera de adentro.

La Mujer Negra puede apreciar la situación y hasta simpatizar con los actores en el dilema trágico-cómico.

Pero, ¿no podría ser que, como mujeres, las lecciones que parecen más difíciles de aprender ahora, sean posiblemente las más esenciales para nuestra promoción a un grado más alto de trabajo?

Nos asumimos como líderes del pensamiento y guardianas de la sociedad. Los modales y la moral de nuestro país están bajo nuestro cuidado. Nuestros estándares son la ley en nuestros múltiples pequeños mundos. Así los hombres se guarden con tenacidad algunos privilegios, son esclavos nuestros por voluntad propia en la esfera que siempre le han concedido a la mujer. Aquí nadie se atreve a poner reparos cuando sus órdenes van adelante.

Un hombre estaría loco si quisiera, así no hubiera explicación ni fuera posible conocer cuáles fueron las razones para su accionar, intentar abrir una puerta oficial y regiamente cerrada por ella en su reino.

La mujer americana de hoy no solamente le da el tono directamente a su mundo inmediato, sino que su más sutil pulsación se expande más y más lejos, más y más profundo, hasta que los círculos más extremos y las capas más profundas de la sociedad sientan las vibraciones. Es casi inminente una era de organizaciones. La "mujer líder", la predicadora, la reformista, la organizadora que "entusiasma" a sus tenientes y capitanes, la literata, la pensadora, la fuerte, seria, irresistible; tocan a su turno los innumerables clubes de iglesias, sociales, culturales, de placer y de caridad, hasta que la misma perorata ha sido debidamente administrada a cada hombre casado en el territorio (sin mencionar a hijos y hermanos), desde el Presidente en la Casa Blanca hasta el picapedrero de las zanjas.

Y así, el más suave susurro de una mujer se escucha como en la oreja de Dionisio, en rápidas transmisiones e infinitas reproducciones, a lo largo de cada hueco y caverna, así como en cada cima y montaña de su vasto dominio. Y sus mandatos se obedecen. Cuando ella dice "arriba los pulgares", afecta hasta el más desafortunado de los pulgares que flaquea al levantarse. Puede que sean cosas pequeñas, las comodidades de la vida, las nimiedades que no cuestan nada y fácil desaparecen, y, sin embargo, pueden hacer sentir a un ser tan cómodo o miserable con su vida. El aceite de la maquinaria social, lo que llamamos las cortesías de la vida, todas están bajo la llave mágica de un permiso de mujer.

La mujer americana es responsable por las formas americanas. No se trata simplemente del ascenso y declive de los satélites de su propio salón de dibujo, sino del crecimiento y la decadencia de las órbitas nocivas que da la vida, las cuales parecen deambular lejos en el espacio, todas están gobernadas casi por completo por su magnética polaridad. La atmósfera de carros, parques y bulevares; o cafés, hoteles y barcos de vapor,

está cargada y sobrecargada con sus sentimientos y restricciones. Las jóvenes de los mostradores, mucamas, cajeras y empleadas de contabilidad, las escritorzuelas y tamborileras, sean asalariadas, jornaleras o propietarias; sea que estén trabajando para instruir mentes, salvar almas, para el deleite sofisticado o para ganar el pan. La mujer trabajadora americana, en cualquier puesto o vocación en que se encuentre, es sujeto, oficial o dirigente de un gobierno fuerte y centralizado, entrelazado por un sistema de códigos y leyes, las cuales, así no estén escritas, forman una red de perfecta subordinación y obediencia incuestionable tan maravillosa como la de los jesuitas. En el centro y a la cabeza de este régimen se para la mujer, líder del principado.

La única palabra talismán que funciona por igual entre los cables del palacio y la verdulería del Congreso imperial a la distante plantación es castidad. Con toda su elogiosa independencia, la mujer americana de hoy teme tanto perder su castidad como Brahmin en la India. Esa es la ley bajo la que ella vive, los preceptos a los que se amarra como fortalezas entre sus ojos y los que escribe en las puertas de su casa, la lección que le inculca a sus hijos con su primer desayuno de la infancia, los requerimientos que hace a su esposo y amante con las más extremas penalidades adjuntas.

La reina del salón de dibujo es la absoluta gobernante bajo esta ley. Su postura da el pie. El ángulo microscópico al cual se elevan sus cejas dibujadas, significa quién podría ser reconocido y quien ya palideció.

La delicada insinuación se telegrafía, tan rápido como la electricidad. Como la maravillosa transformación en *La casa que construyó Jack (o los terrenos religiosos)*, la rata empezó a roer la soga, la soga que cuelga al carnicero, el carnicero que mató al buey, el buey que se tomó el agua, el agua que extinguiría el fuego, el fuego que quemó la vara, la vara que golpeó al perro, el perro que molestó al gato, y así seguir, seguir, y seguir. Cuando la señorita hace que el arco interior suba sobre su mundo inigualable a la mínima nimiedad, ¡presto! La

señorita en el mostrador de costura se vuelve cortante y dura, los empleados bien vestidos se vuelven indiferentes y taciturnos, los meseros del hotel y los valets miran para otro lado, el obrero irlandés de la calle gruñe y frunce el ceño, los conductores, policías y superintendentes del parque atropellan, empujan y amenazan, y la sociedad de repente parece transformarse en una banda de víboras organizadas que tiran, golpean y sisean, solo porque les gusta, en general. El tono establecido por la cantante principal, que pasó por todas las notas y registros, con todas las calidades de tonos, —el suave, fluido y gentil, el chirriante, zumbante, chillón gruñido— de acuerdo con la habilidad, gusto y temperamento de los cantantes. Otra de las aplicaciones de "de tal palo, tal astilla". En este caso, de tal ama, tal nación.

Fue la buena suerte de la Mujer Negra del Sur pasar algunas semanas, no hace mucho, en una tierra donde ondeaba la bandera confederada. Las barras y las estrellas no fueron la única experiencia familiar que extrañó. Un uniforme, la cortesía prosaica, una simpática bondad, la rápida percepción de oportunidades para prestar cualquier pequeña asistencia masculina, una presteza a dar información a los extraños, —una atmósfera hospitalaria y distendida por todas partes— en las tiendas y las salas de espera, en los carros y en las calles, de hecho, su pequeña alma helada parecía transformar al más común de los patanes al servicio del público en uno de los hombres más nobles de la naturaleza; cuando identificaba el viejo sentimiento de perro apaleado y lo analizaba, apenas si podía distinguir si consistía más que todo en autocompasión por su propia sensibilidad herida, o en vergüenza por su país y mortificación porque sus compatriotas ofrecieran un contraste tan desfavorable.

Algunas niñas americanas, he notado recientemente, en búsqueda de la novedad y la aventura, hacían largos viajes por el país sin la atención de caballeros amigos; su deseo era escribir para una publicación periódica o demostrar la paz y facilidad, la comodidad y seguridad del viaje americano, incluso para los débiles y desprotegidos, bajo nuestro casi perfecto sistema ferroviario y nuestros caballerosos y eficientes policías, oficiales y

servidores públicos. Tengo algún material que podría proveer a estas jóvenes, aunque podría no estar de acuerdo con sus intereses.

La Mujer Negra del Sur tiene que viajar mucho en este país, a menudo sin compañía. Ella cree que es callada y discreta en sus modales, que su vestido es simple y no llama la atención, y no ve motivo alguno por el cual un grupo de damas, o incluso una reunión indiscriminada de dignos individuos ordinarios de buena cuna, habrían de señalarla para remarcar cualquier consideración. Aún así, ella ha tenido que ver a estos mismos "caballerosos y eficientes" conductores de trenes, cuando sus carros paran en estaciones que no tienen plataformas elevadas y se hace necesario que los pasajeros den un largo y difícil salto del carro hacia el suelo, o que se paren en una pequeña y estrecha butaca dispuesta ahí por el conductor; después de pararse en sus puestos y llevar a mujer por mujer del escalón a la butaca, y de ahí al suelo, o incluso aliviarla de sus bolsas y maletas permitiéndole hacer el descenso más fácil, cruzar sus brazos deliberadamente y voltearse al llegar el turno de la Mujer Negra de descender —cargando su bolsa, además de otra innumerable carga dentro de su apesadumbrado pecho y apretados labios. El sentimiento de desprecio a la mujer no tiene igual en otra emoción del alma. Felizmente, para la familia humana, es desconocido por muchos e indescriptible para todos. Su angustia, comparada incluso con la *spretae injuria formae* de Juno es terrestre y vulgar, es más sagrada que la de los celos, más profunda que la indignación, más tierna que la rabia. Su primer impulso de protesta furiosa y orgullosa autodefensa es controlada y avergonzada por la conciencia de que la propia afirmación indignaría aún más el mismo instinto delicado. Si hubiera una actitud brutal de odio o un ataque feroz, la respuesta femenina del miedo o la repulsión es simple y espontánea. Pero cuando el aguijón aplicado viene de sensibilidades más finas, de una mano que, por todas las tradiciones conocidas y las ideas de la propiedad, debería estar entrenada para reverenciarlas

y respetarlas; la condena de la crueldad de un hombre hacia una mujer es mayor y más amarga al saberse identificada con una raza de seres caídos.

Me abstengo, intencionadamente, de mencionar las situaciones de violencia individual a las que son sometidas las mujeres negras que viajan por las partes menos civilizadas de nuestro país, donde a ellas las sacan a la fuerza de carros, las echan de asientos, les rasgan sus vestidos con rudeza, y hasta les han causado heridas, con toda la cruel intención. América es grande y debe soportar por algún tiempo más sus selvas remotas llenas de barbarismo, así como África soporta sus brotes de malaria y los pantanos sin cultivar, o como Londres y París soportan los asesinos, ladrones y villanos.

La humanidad desde el principio ha tenido buitres y tiburones, y representantes de la fraternidad que abusan de la especie humana, así que no se debe esperar menos en América que en cualquier otro lugar. Que esta virulencia surja más común e inmediatamente contra las personas negras en este país se debe, por supuesto, al hecho de que ellos son, generalmente hablando, débiles y se les pueden imponer sin consecuencias. Los matones siempre son cobardes de corazón y se les puede dar crédito por tener un instinto seguro para identificar a su presa. Además, la sociedad, así no les haya dicho explícitamente a sus perros "¡búsquenlos!", por lo menos se ha propuesto mirar al otro lado o estudiar los ríos en Marte. No se trata de los perros y sus acciones, sino de la sociedad que lleva la correa de lo que voy a hablar. Son esas sutiles exhalaciones de hedores atmosféricos de las que las mujeres son responsables, las indefinibles y difíciles de identificar aromas que parecen exhalar de los mismos poros, de las puntas de sus dedos, como en una delicada bolsita tan hábilmente escondida y guardada en su ropa interior; la esencia de su enseñanza, adivinada en vez de leída, así de hábiles son las cartas y las palabras manipuladoras; son los trasfondos de la pintura puestos delicadamente por la misma mano entrenada de la mujer, el reflejo de las luces y las sombras de su propio entrecejo; es, en una palabra, la reputación de nuestra nación

de educación general y buenos modales, y de que nuestros compatriotas sean, de alguna manera, más canallas y arrogantes de lo que se puede captar en el presente estudio. No se puede hacer una prueba real de la cortesía nacional sin haber viajado. Las impresiones, conclusiones y características basadas en los rasgos provinciales se pueden modificar y generalizar. Además, entre más débil e influenciado es el experimentador, más exactas y científicas las deducciones. La cortesía "solo por ingresos" no es buena educación, sino diplomacia. Cualquiera grosero puede asumir civilidad hacia aquellos de su misma "clase" y no duda en llevarla incluso a la severidad, cuando se dirige a aquellos en los que reconoce un posible patrón o a su amo en poder, salud, rango o influencia. Pero, como el químico que prefiere el agua destilada en sus soluciones de prueba para evitar complicaciones y reacciones indeseadas; el caso de la Mujer Negra, que tiene su feminidad conectada con la imposibilidad de encontrar afinidad popular o atracción inesperada a través de su posición e influencia, la hace la piedra angular de la cortesía americana, excepcionalmente pura y singularmente libre de modificadores externos. El hombre que es cortés con ella lo es no porque espere, tema o vea algo, sino porque es un caballero.

También eliminaría de la discusión todas las reflexiones poco caritativas sobre la ordenada ejecución de leyes existentes en ciertos Estados de esta Unión, que requieren que las personas que se saben negras vayan en un vagón y las personas supuestamente blancas en otro. Un buen ciudadano puede usar su influencia para que cambien o se modifiquen leyes y estatutos existentes, pero a un servidor público no se le debe culpar por cumplir órdenes. A un conductor de tren no se le pide que dicte medidas o que haga y sancione leyes.

Su pan y mantequilla están condicionados en que cumpla su parte en el manejo de la maquinaria, como se le dice. Si, por lo tanto, me encuentro en ese compartimiento del tren designado por ley soberana del Estado para personas que se puedan suponer caucásicas y para personas negras que estén viajando únicamente en el papel de enfermeras o sirvientas, un

conductor deberá informarme, como también podría hacerlo cualquier otro caballero, que he cometido un error y ofrecerse a mostrarme el carro adecuado para las damas negras. Me pregunto por los gastos en los que incurre la compañía transportadora y el Estado al proveer compartimientos especiales y separados para los diferentes tonos de la humanidad, y ciertamente no lo puedo tomar como un gesto de cortesía de parte del conductor que me dio la información. Es cierto, el sentimiento público procede y engendra todas las leyes, buenas o malas; y en el terreno que he tomado, a nuestras mujeres se les debe dar el crédito por ser ampliamente maestras y modeladoras del sentimiento público. Pero cuando una ley pasa y recibe la sanción de la tierra, no hay nada que puedan hacer nuestros oficiales, más que aplicarla hasta que la revoquen; y yo, por lo mismo, como una leal ciudadana americana, les daré a esos oficiales alegre apoyo y simpatía en el cumplimiento de su deber. Pero cuando una fornida masculinidad de 1,80 con hombros inclinados y barba descuidada entra pavoneándose, llevando un fajo de tabajo a la esquina de su mandíbula, me gruñe sobre el periódico que estoy leyendo, "Eh niñita" (tengo más de 30 años) "má te vale que te bajés d'este carro, si no te saco yo" —mi anotación mental es "he aquí un ciudadano americano que ha sido mal entrenado". Tristemente carece tanto de la "dulzura" como de la "luz" y, cuando en la misma parte de nuestro iluminado y progresista país, veo desde la ventana del carro, trabajando en haciendas privadas, convictos de las penitenciarías del Estado, entre las escuadras de jóvenes entre los 14 y los 18 años encadenados en banda, con sus pies atados los unos a los otros a pesados bloques —no en 1850, sino en 1890, 91 y 92, hago una nota en la guarda de mi memorando: "Las mujeres en esta parte deberían organizar una Sociedad por la Prevención de la Crueldad a los Seres Humanos, repartir panfletos civilizadores y enviar, por toda la región, apóstoles que enfrenten la barbarie y logren la propagación de ideas humanas e iluminadas".

Más adelante, en la misma parte, nuestro tren para en una ruinoso estación, hecha aún más fea por docenas de vagos con sus manos en los bolsillos en una tierra perfectamente productiva y con un clima que invita, en vano, a la ocupación. Entonces, viendo un poco más de cerca, me encuentro dos pequeñas y sucias habitaciones con un "para las damas" y un "para los negros" colgando sobre una y otra; mientras me pregunto bajo cuál de los dos debo entrar, noto un poco a lo lejos al propietario del único hotel en el lugar, agitando una vara de pino, mientras se sienta con una pierna apoyada en una caja de víveres vacía; mientras mis ojos caen en una habitación vecina donde parece ubicarse el único negocio completamente activo y popular del territorio, no puedo evitar sacar con mi aliento, "Qué campo para la mujer misionera". Sé que, si por alguna fatalidad me viera obligada a descansar en esa estación, y, llevada por el hambre, me viera forzada a buscar refresco de las meras necesidades de la vida, en el único lugar de alojamiento público en el pueblo, ese mismo agitador de vara me informaría con frialdad, sin mirar por encima de su astilla de pino, "Nosotros no alojamos a negros". ¡Y así nos escandalizamos de la barbarie de los rusos y de la crueldad de los judíos! Le pagamos a un hombre mil dólares la noche solo para que nos haga llorar, con un recital de tal crueldad pagana como la que se practica en suelo eslavo.

Un escritor de las naciones orientales recientemente dijo: "Si tomamos por la zona templada de la tierra, un cinturón de países cuyos límites al norte y al sur están determinados por ciertas fronteras isotérmicas, encontraremos que no más de la mitad del ancho del área señalada, incluye en una extensión relativamente pequeña de superficie casi todas las naciones notorias en el mundo, pasado o presente. Ahora, si examinamos este cinturón y comparamos las diferentes partes de este, una con la otra, nos sorprenderá un hecho extraordinario.

El número de habitantes se vuelve cada vez más grande mientras más vamos al occidente. Así que, indudablemente, esta gradación intenta atribuir el fenómeno a causas

cósmicas en vez de humanas. El hecho está tan marcado como el cambio de color de la complexión humana que se observa a lo largo de cualquier meridiano, que oscila de negro en el Ecuador a rubio hacia los polos. De igual manera, el sentido de sí mismo crece más intensamente mientras seguimos el poniente, que se desvanece continuamente mientras avanzamos al atardecer.

América, Europa, el Levante, India, Japón, cada uno es más impersonal que el anterior... Que esa buena educación sea uno de los rasgos más marcados de la impersonalidad puede parecer sorprendente, sin embargo, un ligero examen mostraría que es cierto.

Considerada *a priori*, la conexión no es muy difícil de encontrar. La impersonalidad disminuye el interés en uno mismo y lo induce a tomar interés en otros. Visto *a posteriori*, encontramos que donde existe uno de los rasgos, el otro está más desarrollado, mientras la ausencia del segundo parece prevenir el crecimiento total del primero. Esto es cierto tanto en general como al detalle.

La cortesía aumenta mientras viajamos al oriente dando la vuelta al mundo, lo que coincide con un decrecimiento del sentido del ser. Asia es más cortés que Europa, Europa que América. Razas particulares muestran la misma concomitancia de las características. Francia, la nación más impersonal de Europa, es al mismo tiempo la más educada, y por indiferencia, los americanos son los más personales, y son la nación menos cortés del globo.

La Mujer Negra ha llegado a la misma conclusión por una ruta completamente diferente, pero es gratificante para la vanidad, sin duda, encontrar que a uno le sustentan tanto la ciencia como la filosofía en una convicción, forjada por la dura experiencia, y, sin embargo, demasiado audaz para ser tenida incluso como una conjetura furtiva. De hecho, la Mujer Negra fue animada algún tiempo por un claro y pertinente artículo del Cajón del Editor sobre "El sexo maleducado", a dar al mundo algo de su experiencia con la "raza maleducada"; pero desde que el sr. Lowell mostró tan contundentemente que toda la tierra de

occidente es un "continente maleducado", he resuelto rogar con nuestras mujeres, al género maleducado en este continente maleducado, que establezcan una reforma poniendo en los currículos de la nación que enseñen BUENOS MODALES.

Ahora, ¿estoy en lo correcto al dar por responsable a la Mujer Americana? ¿Es cierto que las exponentes de los avances de la mujer, las líderes en el pensamiento femenino, las predicadoras y maestras de todas las reformas de las mujeres, le pueden enseñar a esta nación a ser cortés, a ser piadosa, a tener compasión el uno por el otro, sin dejar el mal por inofensivo, y reprochar en proporción la improbabilidad de ser golpeados de vuelta; sino en sentido contrario, ser todos una sola mente que se ama como hermanos?

Creo que sí.

Tal vez requiera medidas heroicas, y como todas las revoluciones necesitará de un frente definido y un valiente, firme y leal corazón de parte de los líderes de la reforma.

El "todos" se quedará inevitablemente en la garganta de la Mujer Sureña.

A ella se le debe permitir, por favor, obviar al "negro" del "todos"; es una píldora muy amarga con los negros en ella. Debe tener la versión revisada para ponerlo, "amar a todas las personas blancas como hermanos". Ella en realidad no podría entrar a ninguna sociedad en la Tierra o sobre el cielo, o en las aguas bajo la tierra, en tales desagradables condiciones.

La Mujer Negra ha tratado de entender las dificultades de la Mujer Sureña para darse un lugar, y para ser tan justa y caritativa, y tan libre de prejuicio al juzgar sus antipatías, como lo serían otros sobre las suyas. Ella ha sopesado con honestidad la aparentemente sincera excusa, "pero tú debes recordar que estas personas fueron alguna vez tus esclavos"; y la otra, "pero la civilidad hacia los negros nos traerá la equidad social con ellos".

Estos son dos tormentos o, más bien, dos disparates: porque, aunque cada uno está fundamentado en la más evidente falacia, uno creería que habría palabras para conjurarlas, tan potente e irresistible es su hechizo como argumento en el Norte tanto como en el Sur.

Uno de los hechos más singulares en la historia oral de este país es la habilidad consumada con que la influencia, las ideas y los ideales del Sur vienen desde el principio hasta el presente, dictando y dominando sobre el cerebro y los nervios de esta nación. Sin riqueza, educación, invenciones, ciencia o industria, sin casi ninguna de las ideas progresistas y los impulsos que han hecho a este país grande, próspero y feliz; personalmente indolente y prácticamente estúpido, pobre en todo menos en fantarronería y autoestima; el sureño, con finura italiana y habilidades exquisitas, uniformemente y sin variaciones, ha manipulado el sentimiento norteño para que lleve a cabo, tarde o temprano, su punto y moldee la política de este gobierno para que encaje en sus propósitos. En efecto, el sureño es un magnífico manipulador de hombres, un educador innato. Por 250 años entrenó con su mano a un pueblo que hizo absolutamente suyo, en cuerpo, alma y sensibilidad. Inculcó entre ellos diferencias y distinciones tales que su apego personal por él fue más fuerte que el que ellos tenían por sus hermanos y compañeros en sufrimiento. Hizo que fuera un crimen para dos o tres de ellos que se reunieran en nombre de Cristo sin la supervisión de un hombre blanco, y un delito que alguien les enseñara a leer o incluso la Palabra de Vida; y aún así ellos defenderían sus intereses con su propia sangre; su sonrisa era su felicidad, una palmada en el hombro de él, su recompensa.

La menor diferencia entre ellos en condiciones, circunstancias y oportunidades se convirtió en barreras de celos y desunión. Él sembró su sangre entre ellos, luego puso mulatos contra negros, encadenados contra libres, esclavos de casa contra esclavos de plantación, incluso esclavos de un clan contra esclavos de otro; hasta que, completamente ajenos a sus habilidades de mutuo socorro y defensa, todos se volvieron focos de innumerables sistemas de fuerzas repelentes, teniendo un sentimiento en común, su completa sujeción a la mano del amo.

Y él no solo manipuló al hombre negro, también embaucó al hombre blanco, al turista y al investigador que visitaba sus nobles tierras. Los esclavos estaban bien, de hecho no podrían estar más felices, suficiente comida, suficiente bebida, con cómodos alojamientos y vestidos, no se liberarían así pudieran; en pocas palabras, con la ancha ala de su sombrero de plantación y su sencillo y aristocrático traje de *smoking*, te hacía pensar que era un venerable patriarca en medio de unos inquilinos perezosos, bien alimentados, de buena naturaleza y mimados en exceso.

Entonces, también, el sur representaba la sangre, pero no la roja, sino la sangre azul.

La diferencia está en la extensión de la corriente y su distancia de la fuente. Si tu padre era un pirata, un ladrón, un asesino, tus manos estaban teñidas de sangre roja, y no dice mucho al respecto. Pero si el tátara abuelo de tu abuelo robó, saqueó y mató, y puedes probarlo, tu sangre se ha vuelto azul y te cuesta mucho establecer la relación. Así que el Sur no tiene plata ni oro, pero tiene sangre, y la muestra con tanto gusto que las sustancialmente pequeñas doncellas puritanas del norte, que han estado haciendo pan y almacenando pasa de Corinto, sin pensar en sangre en lo más mínimo, empiezan a buscar los registros del Mayflower para ver si tienen relación con algunos de los pasajeros, y acto seguido podrían reclamar el honor de haber sido descendientes de uno de los brigadistas de William, el Conquistador, cuando mató a los últimos reyes sajones y, con las manos ensangrentadas, robó su corona y sus tierras. Así es el ideal que la región del sur incubó sobre la nación y lo cantamos menos enérgicamente que antes:

"Los corazones gentiles son más que pequeñas coronas

y una fe más simple que la sangre normanda".

En política, hay dos grandes fuerzas, el comercio y el imperio, las cuales si no le hubieran dado forma al destino del país, se habrían convertido en indulgencias y servicios a

las ideas sureñas. “El algodón es rey” pensaba el Sur que debía ser el dictado si no, no habría diversión. Todo hombre de Estado de 1830 a 1860 agotó su genio en persuasión y compromisos para suavizar el alterado temperamento y satisfacer las petulantes demandas. Pero como una taciturna hermana menor, el Sur ha hecho pucheros, se ha enfurruñado y ha gritado: “No voy a jugar contigo ahora, ¡ahí tienes!” y el hermano mayor del norte se ha convencido, comprometido y rendido, y terminó por dejarla hacer lo que quiso.

Hasta 1860 tuvo por mascota a una institución que estaba muerta, según la ley, por decir algo, excepto que era una institución divina, inaugurada por Noé, sancionada por Abraham, aprobada por Pedro, e idealmente perfecta de todas las formas. Y cuando, para preservar la autonomía de los arreglos familiares, en el 61, 62 y 63, se hizo necesario para el hermano mayor administrar una pequeña y sana corrección, y poner a la alborotada señorita en su asiento otra vez vigorosamente, ella asumió un aire tal de inocencia injuriada, y se escondió fundida de una manera tan lúgubre, que el hermano mayor no ha hecho más desde entonces que tratar de endulzar, calmar y contentarla otra vez en un marco mental de sociabilidad.

El padre Lincoln hizo todo lo que pudo para hacer que se arrepintiera de su petulancia y se comportara. Incluso le prometió que podría mantener su mascota, tan desagradable a todos los vecinos e incluso dañina para ella misma, y que podrían manejarla en casa como quisiera, si solo escuchaba razones y era tolerablemente agradable. Pero no, se iba a ir y a establecerse por ella misma, ni siquiera consentía que se metieran con ella, así que, por supuesto, debía ser nalgueada. Solo un poco al principio, no quería lastimarla, apenas para enseñarle quién era quién. Pero creció tan fea, y pateó y peleó y arañó tan indignada, y pareció tan determinada a hacer añicos todo el negocio, que la cabeza de la familia se puso roja y dijo: “Bueno, ahora, no podrá tener más de esas tonterías. Arabella debe comportarse o asumir las consecuencias”. Y después de las nalgadas, Arabella aspiró, lloriqueó e hizo

pucheros, y el hermano mayor se mordió los labios, se vio medio avergonzado y dijo: “Bueno, no quería lastimarte. No tenías que sentirte tan mal al respecto, solo lo hice por tu bien. Sabes que no haría nada que te desagradara si lo pudiera evitar, pero tú insistes en dar la pelea, así que tuve que hacerlo. Ahora, ya pasó, ¡seamos amigos!” y puso sus grandes y fuertes brazos a su alrededor, y retó a cualquiera a referirse a ese pequeño disgusto —les mostraría una cosa u otra. Aún así Arabella se enfurruñó, hasta que el resto de la familia decidió que tal vez le deberían dejar sus mascotas y manejar sus propios asuntos, sin que nadie interfiriera.

Así que ahora, si uno insinúa que algunas cláusulas de la Constitución son letra muerta en el Sur, y que solo el nombre y el apoyo de esa institución cambiaron de mascota, mientras los hechos y la esencia, menos los gastos y las responsabilidades, se mantienen, se le dice rápidamente que se meta en sus propios asuntos y se le informa que está agitando la camisa ensangrentada.

Incluso 25 años después de la 14 y la 15 enmienda a nuestra Constitución, un hombre que ha sido el más inequívoco en su franca condena de la maldad, regular y sistemáticamente volcado a la raza oprimida de este país, y sobre todo siendo el más conectado con ellos remotamente, un hombre al que hemos considerado el más devoto amigo y el más noble campeón y defensor, después de un viaje de dos semanas por Georgia y Florida inmediatamente da muestras de haberse contagiado fatalmente del virus. Ni siquiera los viajeros desprevenidos de Inglaterra o Escocia se escapan.

El arquero manipulador lo toma bajo su vigilancia especial y entrenamiento, usa su inventario de argumentos y da lecciones objetivas con especímenes negros seleccionados de depravación e inutilidad; lo lleva a través de, en Nueva York, se le llamarían "los suburbios" y predicará que se trata de nada más que su deber cristiano enviar su luz y emular las agresivas tareas de amor de su amo; pero en Georgia se dice "nuestro terrible problema, que

las personas del norte entienden tan poco, y aún así otorgan consejo gratuito sobre el tema”. Con aire injuriado, muestran el estúpido y atroz error de razonar sobre estas personas como si fueran seres humanos ordinarios, y dispuesto a los principios del Evangelio; no muy lejos de que su inoculación empiece a actuar, escuchas a este viejo amigo de los oprimidos decir algo de este estilo: “Ah, bueno, al Sur se le debe dejar manejar a los Negros. Es la más directa implicada y la que más entiende el problema, mejor que los extranjeros. No nos debemos entrometer. Debemos tener cuidado en no ampliar las brechas. Por el Negro no vale la pena una disputa entre hermanos y hermanas”.

Últimamente ha habido un gran movimiento nacional e internacional, característico de esta era y país, un movimiento basado en el derecho inherente de todas las almas a su más alto desarrollo, el movimiento aboga por la completa y libre emancipación de la mujer y ha obtenido, después de mucho cortejarla, la graciosa sonrisa de la mujer del Sur —con perdón— de la dama del Sur.

Ella representa la sangre y, por supuesto, no se podía esperar que la dejara por fuera; además, primero y antes que todo a ella no se le debe, en cualquier organización que pueda honrarnos con su presencia, pedir que se le asocie con “estas personas que alguna vez fueron sus esclavos”.

Ahora la mujer sureña (deben disculparme por ser una también) nunca ha sido reconocida por sus poderes de razonamiento, y no debe sorprender que solo un poco de examen haría que su lógica se cayera a pedazos, incluso aquí.

En primer lugar, ella se imagina eso porque su abuelo tuvo esclavos que eran negros, todos los negros del mundo, en todas sus tonalidades y matices estuvieron alguna vez en la posición de sus esclavos. Esto es tan malo como el irlandés que va a matar a un apacible judío en las calles de Cork, porque acabó de enterarse de que los judíos mataron a su Redentor. La raza negra constituye una séptima parte de la población conocida del globo, y

hay representantes de la misma aquí y en cualquier parte que nunca han estado atados en ningún momento a ningún hombre, cuya sangre es tan azul y su linaje tan noble como cualquier otro, incluso como el de una dama blanca del Sur. El hecho de que sus esclavos fueran negros y de que ella los despreciara, no debería llevarla a la antipatía por todas las personas y los pueblos negros. Lo mismo sucedería si mi odio por los asesinos se trasladara a todos los hombres más o menos blancos, por ser Guiteau un hombre blanco y un asesino. La tendencia muestra un gesto de clara discriminación.

La segunda falacia en objeción nace del uso de un medio ambiguo, como lo llamarían los lógicos, al asignar un doble significado al término "equidad social".

La civilidad a los Negros implica equidad social. Y yo me opongo a que me asocien a personas negras en términos de equidad social. Por lo tanto, derogo la civilidad hacia el Negro. Esto es como

Luz en contraste con oscuridad.

Las plumas son ligeras.

Ergo, las plumas contrastan con la oscuridad.

La "equidad social" que implica la civilidad con el Negro es muy diferente a relacionarse obligatoriamente con él en sociedad. En efecto, me parece que se puede aplicar simplemente un poco de sentido común para mostrar que los ambientes sociales poco amistosos no se le pueden imponer de ninguna manera a nadie. No me asocio, ni puedo, con todas las personas negras, simplemente porque soy negra; y presumo que la dama sureña puede imaginar a algunos cuyas caras son blancas, con quienes ella no pensaría de inmediato en charlar sin reservas, como tampoco lo haría, de ser posible, con un verdadero negro. Tales cosas deben y serán siempre a elección individual. Ninguna ley, humana o divina, puede legislar por o contra ello. Cada oveja con su pareja y, estoy segura de que con las antipatías

de la dama del Sur en la temperatura actual, ella podría entrar a diez mil organizaciones salpicadas de mujeres negras sin que esto se refleje en ella como lo haría su cercanía a una piedra. Lo que les asusta de la equidad social son puras patrañas, conscientes o inconscientes, no lo sé.

Y que no sea un pensamiento muy amargo para declararlo aquí, podría añadir que las insinuaciones de relaciones forzadas en la historia antigua de estas dos razas no fueron hechas por los hombres negros encadenados, ¡ni por la silenciosa y sufriente mujer negra!

Cuando busco comida en un café público o aplico para asientos de primera clase en un tren, lo hago porque mis necesidades físicas son idénticas a las de otros seres humanos de igual constitución y temperamento, y ansían satisfacción. Lo hago porque quiero comida o comodidad, no porque quiera relacionarme con aquellos que frecuentan dichos lugares; y no puedo pensar en más "equidad social" que la de comprar el almuerzo en el mismo restaurante, o ir en el mismo vagón, o pagar por los mismos bienes en el mismo mostrador o caminar en la misma calle.

La equidad social que implica relaciones forzadas o no pedidas sería tan desaprobada y tan enérgicamente opuesta por el círculo en el que me muevo como por el más emperrado sureño en la tierra. En efecto, me ha molestado en más de una ocasión el inquisitivo entrevistador blanco, que, con los lentes en la nariz, lápiz y un cuaderno en la mano, viene a tomar algunas "ideas" sobre "su gente". Mi "gente" es igual a otras personas, de hecho, demasiado para su propio bien. Ellos odian, aman, atraen y repelen, ascienden o descienden, luchan o se dejan llevar, aspiran o desesperan, aguantan con esperanza o maldicen con enojo, igual que todo el resto de la humanidad sin regenerar. Sus gustos y disgustos son fuertes, sus antipatías y prejuicios me temo que también son tan pronunciados como los que se encuentran en cualquier parte; y la entrada al santuario interno de sus hogares es tan celosamente guardado contra cualquier intrusión profana.

Lo que el negro quiere es simplemente vivir su propia vida, en su propio mundo, con los compañeros que eligió, en la comodidad, lujo o emolumento que su talento o dinero puedan asegurar, en un mercado imparcial.

De tener fortuna, no quiere que se le fuerce a comprar una casa o criar su familia en partes inconveniente o poco sanitarias de las ciudades. De tener arte, no quiere ser confinado a imitar a los pocos que apenas si tienen su compleción. Su talento aspira a estudiar sin prohibiciones a los maestros de todas las edades y a encontrarse con los más amplios movimientos de su propio tiempo.

De tener religión, no quiere que se le haga sentir que hay un Cristo blanco y uno negro, un cielo blanco y uno negro, un evangelio blanco y uno negro; sino el ideal perfecto de la masculinidad y la feminidad, el anhelo universal de desarrollo y crecimiento, el deseo de ser y ser mejor, sea la gran ansia, aspiración, alcance, de todos los latidos de la humanidad en cualquier raza o clima.

Un episodio reciente en la galería de arte Corcoran en la capital americana es perfecto. A una mujer negra que mostró una marcada habilidad para el dibujo y el color, le aconsejó su profesor, también artista de no poca monta, que aplicara para ser admitida en la escuela Corcoran para estudiar con modelos y lograr otras ventajas que vienen conectadas a la organización. De acuerdo con esto, ella envió una aplicación escrita acompañada por algunos de sus dibujos, el *modus operandi* usual para lograr su ingreso.

Los dibujos fueron examinados por los mejores críticos y se les calificó de excelentes, así que se le emitió inmediatamente una carta de admisión junto con una referencia altamente halagadora sobre su trabajo.

Al día siguiente, mi amiga, felicitando al país y a ella misma porque por lo menos en la república del arte no existían castas, presentó su carta de admisión en propia persona. Hubo una pequeña pantomima preliminar al estilo Delsarte, —horror—incredulidad—asombro;

luego el superintendente le dijo en un inglés plano y poco artístico que, por supuesto, que no había imaginado nunca que una persona negra pudiera hacer tal trabajo y que, si hubiera sospechado la verdad, nunca hubiera emitido la carta de admisión; así, en pocas palabras, la admisión tendría que ser cancelada, ella no podía entrar al estudio bajo ninguna condición.

¿Puede ser posible que incluso el arte americano esté manchado por este marchito espíritu de las castas? De ser así, ¿a qué nos enfrentamos? ¿Puede alguien concebir que a una obra de Shakespeare, Miguel Ángel o Beethoven se le aparte sin ningún mérito por la idea, o la sugerencia, de que su creación emana de un alma con un exterior poco placentero?

¿Qué hace que el poeta inglés sea el fotógrafo eminente del alma humana? ¿Dónde aprendió el idioma universal para que los Partos, los Medos y los Elamitas y los duelistas en Mesopotamia, Egipto y Libia, en Creta y en Arabia, escuchen cada uno en su propia lengua las maravillosas revelaciones de esta inabarcable mente? ¿Cómo aprendió nuestra lengua? ¿No es que su propia alma era infinitamente receptiva a la naturaleza, la querida anciana nodriza, en todas sus formas proteicas? ¿No capturó y reveló su propio secreto por su escucha solidaria pues ella "constantemente cantarí una canción más maravillosa o contarí una historia más fantástica" para las almas que conoció a su alrededor?

“¡Aléjate! ¡Soy mejor que tú!” nunca ha pintado una imagen más verdadera, ni ha escrito una canción más emocionante, o ha dado un sermón más vibrante, que queme el alma. Esta sencilla simpatía, otro nombre para amor, —esa pobre palabra que, como lo dijo George Eliot, “expresa mucho del entendimiento humano”— que puede interpretar ya sea hombre o materia.

Era la propia amplia simpatía de Shakespeare, su recepción infinita y nativa, apreciación que todo lo comprendía, lo que fue la llave para destrabar y abrir todas las almas que tuvo en su radio.

Y él recibió tanto como daba. Así su propio almacén se enriquece infinitamente.

Porque es un decreto

que el hombre como las vides soporta las vidas,

La fuerza la gana de los abrazos que da.

Es la única idea que limpia los ojos de sesgos y prejuicios, y se convierte en uno con la gran alma que todo lo domina en el universo, sea arte o ciencia:

“Lee lo que todavía está sin leer

En los manuscritos de Dios”.

Ningún artista verdadero se puede permitir empequeñecerse y volverse provinciano al apartar deliberadamente cualquier tipo de hecho o sujeto por prejuicios contra otros. Y un arte americano, la ciencia americana, la literatura americana nunca podría basarse en la verdad, en la belleza universal; nunca podría aprender a hablar un lenguaje inteligible en todos los climas y para todas las edades, hasta que esta empuñadura de los prejuicios de clase se suelte de lo fundamental, y que al sano y simpático ojo se le enseñe a mirar afuera en el gran universo sin tener favoritos o bestias negras, sino percibiendo en cada simpleza o en cada agrado la escritura manuscrita de Dios.

Y esto es porque, como me parece, la mujer en su recién adquirida ventaja para hablar una seria y servicial palabra, puede hacerle a este país un bien tan profundo y verdadero, y más duradero que al doblar todas sus energías para así ensanchar, humanizar y civilizar su tierra nativa.

“Excepto aquellos que se comportan como niños pequeños” no es un precepto piadoso, sino una ley inexorable del universo. Los reinos de Dios están sellados para el sórdido, para la mente que deja crecer musgo por su presumida madurez. Solo los que

conservan el espíritu de los niños, los de mente simple, receptiva y educada pueden entrar.

Las nociones preconcebidas, los prejuicios que atan y las marchitas antipatías se deben limpiar, y el alma cultivada se debe hacer tabula rasa para recibir cualquiera de las lecciones que la gran Naturaleza tiene por enseñar.

Por esto también es que creo que el tema que escogió la señorita Shaw en el Congreso de Mujeres y con el que se nombra este capítulo está infortunadamente formulado.

La señorita Shaw es una de nuestras líderes más poderosas, y sentimos que su voz no debería dar una nota incierta. La mujer no debería, ni siquiera por influencia, o por el bien de una discusión, denigrar del débil.

Porque la causa de la mujer es la causa de los débiles; y cuando todos los débiles hayan recibido la debida consideración, la mujer tendrá sus "derechos", y los indios tendrán sus derechos, y los negros tendrán sus derechos, y los más fuertes habrán aprendido por fin a tratar justamente, a amar la misericordia, y a caminar con humildad; y a nuestra amada tierra se le habrá enseñado el secreto de la cortesía universal, que es después de todo, el arte, la ciencia y la religión de ver al vecino como a uno mismo, y de hacer por él lo que querríamos que él hiciera por nosotros, si nuestras condiciones se intercambiaran.

No se puede ver menos que como un error, siempre que los exponentes de una gran reforma o los precursores de un noble avance en el pensamiento, en un esfuerzo para permitirse a ellos mismo verlo distorsionado por una perspectiva estrecha de sus propias metas y principios. Todos los prejuicios, ya sean de raza, secta o sexo, orgullo de clase o distinciones de casta son el desprecio heredado y las insignias de arrogante y pedantes.

La mente filosófica ve que sus propios "derechos" son los derechos de la humanidad. Que en el universo de Dios nada es trivial o malvado; y que el reconocimiento se busca no a través del robo o los ajustes salvajes para sobrevivir a los matones, sino a través de la aplicación básica y universal de la Regla de Oro.

No ha pasado con poca frecuencia que el ímpetu de una gran ola del pensamiento haya ejecutado lo que planeó su Creador, a pesar de las débiles y distorsionadas percepciones de su personificación. No es extraño que los reformistas, después de todo, piensan las ideas de Dios después de él, se hayan "levantado más sabios de lo que pensaban", y mientras peleaban conscientemente por una estrecha entrada para ellos mismos, hayan sacado adelante el irresistible "poder, no propio, que hace lo correcto" para abrir un amplio camino para la humanidad. Así lo fue con nuestros reformistas del siglo XVI. Los padres de la Reforma no tenían idea de que estarían incitando una insurrección de la mente humana contra toda dominación. Ninguno se habría sorprendido más que ellos si viera las deducciones del siglo XIX de sus premisas del siglo XVI.

La emancipación de la mente y la libertad de pensamiento habría sido tan espantosa para ellos como fue de mal gusto para el Papa. Ellos tenían razón, discutieron, en rebelarse contra el absolutismo romano, porque los predicadores y practicantes romanos estaban equivocados. Ellos denunciaron a los Papas por infiltrar herejes e inmediatamente ellos mismos empezaron a rostizar brujas. La Inquisición española en las manos de Felipe y Alva fue una institución del mal, ejercida por los piadosos hubiera sido otra cosa muy diferente. Los únicos "derechos" que eran lo suficientemente amplios y conscientes para pelearlos era el derecho a sustituir el absolutismo de sus concepciones, su partido, su -ismo, por una autoridad cuyas enseñanzas concibieron como corruptas y viciosas. La persecución por una creencia estaba mal solo cuando los inquisidores estaban mal y el perseguido estaba bien. El sagrado privilegio del individuo de decidir en los asuntos de la fe, ni soñaban con mantenerlo. La tolerancia universal y su gemela, la caridad universal, ni se habían concebido. La gran piedra angular de todos los derechos de la humanidad, el gran principio democrático "Un hombre es un hombre y su propio soberano" ni siquiera se atrevían a enunciarlo. Eran incapaces de trazar una Declaración de Independencia para la humanidad. La Reforma para

los reformistas significaba un manojo de opiniones autoritarias vs. otro manojo de opiniones autoritarias. La justificación por la fe vs. la justificación por ritual. Sumisión a Calvino vs. sumisión al Papa. Ingleses y alemanes vs. los italianos.

A nuestros ojos, visto a través de tres siglos, fue la muerte de la lucha del principio del pensamiento esclavo en afán de alcanzar la libertad personal; fue el gran Día de la Emancipación de las creencias humanas, el Día de la Independencia intelectual del hombre, empezando a moldear y finalmente concediendo en todo el mundo el derecho a su cuerpo y a todas sus actividades. Entonces no se trata de Protestantes vs. Católicos; o de Lutero vs. León, no de Dominicanos vs. Agustinos, no de Ginebra vs. Roma; sino de la humanidad racionalmente libre vs. las abrazaderas de la tradición y la superstición, que los tenía esposados y amordazados.

La causa de la libertad no es la causa de una raza o una secta, un partido o una clase, es la causa de la humanidad, el derecho de nacimiento de la humanidad.

Ahora, a menos de que nos hayamos equivocado grandemente con la Reforma de nuestros días, es esencialmente la encarnación —si tan solo sus pioneros se dieran cuenta de ello— del bien universal. Y es especialmente importante que no haya confusión respecto a las ideas sobre sus líderes como frente a su propósito y universalidad. Toda niebla debe aclararse de los ojos de la mujer, si ella va a ser maestra de la moral y los modales: el primero impacta sus raíces en el individuo y su entrenamiento y poda se puede alcanzar por medio de clases; pero el segundo es para aceitar las juntas y minimizar la fricción de la sociedad, y es importante y fundamental que no haya aberraciones cromáticas o de otro tipo cuando el maestro esté estableciendo la idea, "¿Quién es mi vecino?".

No es la mujer inteligente vs. la mujer ignorante, ni la mujer blanca vs. la negra, la morena y la roja, ni siquiera es la causa de la mujer vs. el hombre. Porque la defensa más fuerte de la idea de que la mujer hable es que el mundo necesita escuchar su voz. Sería

subversivo para cualquier interés humano que el grito de la mitad de la familia humana sea sofocado.

Que la mujer se baje del pedestal de la inactividad de una escultura en el altar doméstico, y se atreva a pensar y mover y hablar, para emprender la tarea de ayudar a formar, moldear y dirigir el pensamiento de su tiempo, es apenas completar el círculo de la visión del mundo. Suyo es todo interés al que le haya faltado un intérprete o un defensor. Su causa está relacionada con toda agonía que haya sido enmudecida —todo mal que necesite una voz.

No es culpa del hombre que no haya sido capaz de ver la verdad desde su punto de vista. Si le da crédito a su cabeza y corazón que no se hayan cometido más grandes errores o se hayan perpetrado más males mientras ella se sentaba haciendo encaje y recortando flores de papel. La caballerosidad innata de los hombres y la mutua independencia de sus intereses han asegurado que trate su causa, en lo principal por lo menos, como suya. Y está de hecho sorprendido e incluso un poco molesto, tal vez, de encontrar que su legislación no es considerada "perfectamente amable" en todos los aspectos. Pero en todo caso, su trabajo solo se empobrece porque ella permanece silenciada. El mundo ha tenido que saltar solo con el paso tambaleante y temeroso de un hombre con un solo ojo. De repente, la venda se remueve del otro ojo y todo el cuerpo se llena de luz. Ve un círculo donde antes veía un segmento. El ojo oscuro se restaura y todos los miembros se regocijan.

Que farsa sería el caso de que su ojo se volviera un demandante ante la justicia, ojo vs. pie. "Ahí va ese soso zopenco, el pie, que se le permite deambular a voluntad, libre y sin límites; mientras yo, la fuente y el medio de la luz, brillante y hermoso, estoy encadenado en la oscuridad y condenado a la obsolescencia". Al gran hombre negro fornido, ignorante, desagradable y depravado, se le permite votar, mientras que el derecho al voto se le retiene a la inteligente y refinada, la pura de pensamiento y noble de alma mujer blanca. Incluso algunos creen que el indómito e incontrolado indio de la pradera, que no puede contestar más

que "ugh" a las grandes preguntas económicas y cívicas, es más digno de ejercer la balota que todavía se le niega a la doncella puritana y a la primera dama de Virginia.

¿No es eso sujetar nuestro vagón a algo mucho más bajo que una estrella? ¿No es la causa de la mujer más amplia, profunda y grande que el debate de las acciones azules o un té rosa aristocrático? ¿Por qué las mujeres se deberían volver parte en un caso contra los indios, o los negros, o cualquier otra raza o clase que haya sido aplastada bajo el tacón de hierro del poder anglosajón y el egoísmo? Si los indios han sido maltratados y engañados por el poder de este gobierno americano, es la misión de la mujer suplicar a su país que cese todo mal y pague las deudas de manera honesta. Si el negro ha sido engatusado con engaños o maniatado inhumanamente por conveniencia egoísta o antipatía caprichosa, dejen que sea la misión de la mujer pedir que se le entienda como un hombre y se le dé con honestidad la mitad del camino. Si la felicidad de la misma mujer ha sido ignorada o malentendida en la legislación de nuestro país para los que se ganan el pan, los que venden el ron, los que tienen propiedades, para la familia cercana, para cualquiera de todos los intereses que tocan su vida, dejen que exponga su súplica, no sobre la inferioridad del indio, o en la depravación del negro, sino en la obligación de los legisladores de hacer por ellas lo que les gustaría que hicieran por ellos si la situación fuera al revés. Dejen que ella le enseñe a su país que todos los intereses de este mundo tienen el derecho de por lo menos tener una audiencia respetuosa, que cada sentencia vale su propia gratificación, que una causa perdida no debería pisotearse, ni un junco magullado debería romperse; y cuando los derechos del individuo se hacen sagrados, cuando la imagen de Dios en forma humana, sea en mármol o en arcilla, sea en alabastro o en ébano, están consagrados y son inviolables, cuando al hombre se le ha enseñado a verse bajo los harapos y la mugre, la pompa y el boato de la mera circunstancia y han mirado en el fruto celestial impoluto en el centro, —cuando la raza, el color, el sexo, la condición, se ven como accidentes, no como la sustancia de la vida, la libertad y la

persecución de la felicidad— entonces se domina la ciencia de la buena educación, el arte del contacto cortés, que no es nada más que la aplicación práctica del principio de benevolencia, la espina dorsal y la médula de toda religión; entonces la lección de la mujer se enseña y la causa de la mujer se gana —no de la mujer blanca o negra, ni roja, sino que es la causa de todo hombre o mujer que se haya retorcido en silencio bajo un mal mayor. La plegaria de la mujer americana por el derecho y la oportunidad de emplear el método americano de influenciar los deshechos para hacer de ella misma, su propiedad y sus hijos en relaciones cívicas, económicas y domésticas parece estar basada en un principio tan amplio como la raza humana y tan viejo como la sociedad. Sus males están indisolublemente ligados a todas las aflicciones indefensas, todo el sufrimiento desamparado y la plenitud de sus "derechos", que significará el final triunfante de todo bien sobre lo que puede ser, la suprema supremacía de las fuerzas de la moral de la razón, la justicia y el amor en el gobierno de la nación.

Dios, adelanta el día.

La situación de la mujer en América

Hace apenas cuatrocientos años, un constructor de castillos con sueños oscuros, pobre como la gente común, insistía ridículamente en que sus sueños eran realidad, y la devoción de una mujer noble le permitió darle a la civilización un continente magnífico.

Lo que surgió del noble propósito de una reina de mente pura, lo llevó a cabo la incansable devoción de mujeres pioneras que lo nutrieron y desarrollaron.

Mujeres de la más delicada constitución y criadas con ternura soportaron valientemente, sin chistar, los peligros de bestias salvajes y hombres más salvajes, los misterios de baldíos desconocidos y bosques inexplorados, los horrores de las enfermedades y el hambre, la vulnerabilidad y la soledad, durante todos esos años de descubrimiento y asentamiento.

Y cuando habían pasado los momentos de las dificultades físicas y el peligro, cuando el trabajo de limpiar y despejar se sabía terminado y empezó el esfuerzo por recolectar, de nuevo, se necesitó la ayuda e inspiración de la mujer y ella siguió siendo leal y dispuesta. Una Mary Lyon, que pidió e hizo posibles las mismas opciones educativas para hombres y mujeres, y, de cara al pesimismo y la incredulidad, les dejó a ellas las oportunidades de Holyoke.

Una Dorothea Dix, que insistió en el trato humano y racional de los enfermos mentales y propuso una reforma para los hogares de reposo del país, dando un gran paso hacia el cuidado tierno que le deben los fuertes a los débiles en todo el mundo.

Una Helen Hunt Jackson, que condenó a la nación por un siglo de deshonor con respecto a los indígenas.

Una Lucretia Mott, un gentil espíritu cuáquero, que con dulce insistencia pidió la abolición de la esclavitud y su institución, para establecer en su lugar la hermandad de los hombres. Su vida y palabras respiraban en tierna melodía la demanda:

“Tengan amor. No por una persona,
si no por todos los hombres como hermanos;
y espársanlo, como da vueltas el Sol,
que da su bondad a todos”.

Y quién contaba los nombres y los logros de las mujeres de ambos bandos en el momento más difícil del conflicto sin sentido que llamamos el Periodo Acumulativo —durante la guerra interna, originada por el amor del hombre a las riquezas y su determinación por subordinar los intereses nacionales y los derechos de los hombres negros a sus conceptos personales de ganancia y pérdida—. Se estaba empapando nuestro país con lo mejor de su propia sangre y esas almas nunca se quejaron, con gesto estricto y mejillas pálidas llevaban su gran dolor, su siempre efectiva bandera blanca, en la batalla, en el campo, en el hospital, vendando las heridas, guardando los lánguidos susurros de los amados ausentes, con los ojos llenos de lágrimas viendo el último refugio de un hombre; dándoles la última mano en la Tierra, el último gesto amigable a extraños que se vuelven parientes al compartir una gran pena, pues sabían que, en algún lugar, un esposo, un hermano, un padre, un hijo era atendido por manos extrañas o tal vez esos ojos familiares se estaban cerrando para siempre por obra y gracia de otro ángel de misericordia y amor.

Pero, ¿por qué mencionar nombres? El tiempo va a fallar en la tarea de recordar al noble ejército de mujeres que brillaron como faros de luz en lo que hubiera sido de otra manera la tierra salvaje del Periodo Acumulativo. Reformistas de prisiones y limpiadoras de asentamientos, trabajadoras silentes y desapercibidas en hospitales y casas, entre imbéciles, entre marginados —los dulces y purificadores antídotos del veneno que es la codicia del

hombre— suavizando y calmando, con la ternura de la compasión y el amor, las heridas y golpes causados por la avaricia y la desmesura.

El deseo por grandes ganancias a corto plazo lleva al capital frecuentemente hasta la locura, con inversiones casi inhumanas —apartamentos que son cajas de cenizas; callejones sofocantes, aturdidores, enfermos, y suburbios pestilentes; rentas regulares, sin espera, porcentajes altos— arcas enriquecidas con la esencia de cuerpos y almas humanas. Hombres y mujeres arriados como ganado, respirando malaria y tifus de una atmósfera que hierve de impurezas morales y físicas, deleitándose en el vicio como si fuera su hábitat natural y luego, para ahogar los susurros de sus altas conciencias y callar eficazmente los deseos y las acusaciones de su interior, vuelan a narcóticos y opioides —ron, tabaco, opio, que detienen la mano y el pie, el cuerpo y el alma, hasta que la imagen de Dios se transforma en un socio para los demonios—, un vejestorio idiota embrutecido, débil, o sino un monstruo de una maldad terrible y destructiva.

Estos son algunos de los resultados legítimos de las tendencias descontroladas del periodo de producción de la riqueza. Pero, gracias al cielo, junto con el mal llamado instinto práctico y realista del hombre de negocios, frío, matemático, calculador y egoísta, viene el solidario y cálido rayo de Sol que son las buenas mujeres, como las dulces brisas de la primavera, que limpian, purifican, suavizan, inspiran, levantan al borracho de la alcantarilla, al marginado de la zanja. ¿Quién puede estimar la influencia de estas "hijas del rey", estas fuerzas que prestan una mano para contrarrestar el egoísmo de la era de la adquisición?

La América de hoy cuenta sus millonarios por miles, las cuestiones alrededor de las tarifas y las monedas son las más vitales en la agitada mente del público general. En este momento, cuando la prosperidad material y la comodidad y el lujo bien ganados son un hecho asegurado desde un punto de vista nacional; el trabajo y la influencia de la mujer se necesitan más que nunca, para traer el poder del corazón a esta civilización que solo busca y adora el

dinero, para llevar una fuerza moral a las motivaciones utilitarias y los intereses de estos tiempos; para defender a Dios, el hogar y la tierra de los nativos contra el lucro, la avaricia y el egoísmo codicioso.

No puede haber duda que este cuarto centenario del descubrimiento de América que se celebra en Chicago toca un punto fundamental de otra importante transición en la historia de esta nación, y la prominencia de la mujer en el manejo de esta celebración es un tributo apropiado al papel que ella está destinada a jugar entre las fuerzas del futuro. Este es el primer reconocimiento del Congreso a las mujeres en este país, la Junta Administradora de Mujeres constituye el primer nombramiento de mujeres legal por el gobierno, en todo el territorio. Esto en sí mismo marca el amanecer de un nuevo día.

Ahora que los períodos de descubrimiento, asentamiento, desarrollo de recursos y acumulación de la riqueza se sucedieron rápidamente. La riqueza en la nación, así como en el individuo, trae ocio, reposo y reflexión. La lucha contra la naturaleza se acabó, empieza la lucha con las ideas. Estamos entonces, me parece, en la última década del siglo XIX, en el umbral de un nuevo e inédito movimiento en un plano más alto y con un esfuerzo más grande que cualquier que se haya necesitado en el pasado. No se necesita la visión de un profeta para adivinar la tendencia e imaginar las posibilidades de las fuerzas que ya estamos viendo trabajar a nuestro alrededor, tampoco es difícil imaginar cuál debe ser el estatus del trabajo de la mujer en el nuevo régimen.

En los días de los pioneros, su rol era el de una soldado, algo adicional por lo que luchar y que cargar, compensando la ansiedad y el trabajo para el que se le llamó con la simpatía y el amor, que son sus dones incomparables; sin ser capaz de contener en su ser ordinario a los osos y a los indios, o de tomar parte activa en la limpieza de la maleza y la construcción del hogar.

En el segundo periodo de producción de riqueza, su trabajo es en el fondo el del hombre, complementar y suplementar, contrarrestando tendencias excesivas y suavizando rigurosas propensiones.

En la era que ahora está en su ocaso, sus sentimientos debían ser fundamentales y dar el tono dominante. Y esto por la naturaleza de su contribución al mundo.

Su reino no está en las fuerzas físicas. Ella no se podrá imponer por poderío, por poder. Su posición debe ser inferior donde la fuerza y el músculo crean el liderazgo. Si ella sigue el instinto de su naturaleza, siempre debe defender la conservación de las fuerzas morales más profundas que hacen la felicidad de los hogares y la rectitud del país. En un reino de ideas morales ella es fácilmente la reina.

En mi mente no hay una profecía más grande y segura que la de una nueva era y el lugar de la mujer en ella, pues el trabajo ya empezó la W.C.T.U., en los años menguantes del siglo XIX. En América, una organización que ha alcanzado importancia nacional e internacional, y parece destinada a permear y purificar todo el mundo civilizado. Es la personificación de las actividades y las ideas de la mujer, y su alcance y fortaleza presagian con razón el aumento de su influencia como un factor moral.

Se puede decir que la mujer negra de hoy ocupa una posición única en este país. En un periodo que es transicional e inestable, su situación parece una de las menos certeras y definitivas de todas las fuerzas que componen nuestra civilización. Ella se enfrenta tanto a la cuestión de la mujer como al problema de la raza, y es un factor desconocido e ignorado en ambos. Mientras las mujeres blancas pueden con tranquilidad empezar a ejercer el trabajo para el que se sienten naturalmente destinadas, mientras los hombres blancos las apoyan con lealtad y reconocen que aprecian sus esfuerzos, al validar en la mayoría de caminos, la utilidad, pertinencia y necesidad de su singular cooperación; la mujer negra, a menudo, se

encuentra impedida y avergonzada por las opiniones de aquellos a quien más quiere, que tienen un sentimiento menos liberal y una actitud más conservadora.

Me alegra admitir que esta no es una verdad universal. Se encuentran por igual hombres blancos intensamente conservadores y hombres negros extraordinariamente liberales. Pero en lo que respecta a mi experiencia, el hombre promedio de nuestra raza admite con menor frecuencia la necesidad de la ayuda y la influencia de la mujer entre las fuerzas más recias del mundo. Esas grandes preguntas económicas y sociales esperan su intervención, ella podría iluminar problemas de importancia nacional, su intermediación podría mejorar el manejo de los sistemas educativos o elevar el tono de las instituciones públicas, o humanizar y santificar el alcance de la influencia de prisiones y reformatorios, y mejorar los tratamientos de los enfermos mentales. Ella tiene ideas que vale la pena escuchar en debates dentro de la política económica, podría contribuir con sugerencias sobre las relaciones entre trabajo y capital, u ofrecer pensamientos a propósito del dinero legal y el comercio honorable; lo que, me temo, la mayoría de las personas negras de Estados Unidos no está preparada para hacer. Puede ser que todavía no ven estas preguntas desde la perspectiva adecuada, pues los absorben las necesidades inmediatas de sus propias complicaciones políticas.

Mucho depende de dónde pongamos el énfasis en este mundo, y nuestros hombres tal vez no tienen la culpa de ver todo bajo la luz de esas agitaciones en las que viven, se mueven y tienen su ser. El papel que han tenido que jugar en la historia americana durante los últimos 25 o 30 años ha tendido más a exagerar la importancia de la mera ventaja política, al tiempo que les brinda una validación ficticia a aquellos que aseguran esa ventaja. Es el político astuto, el administrador que puede ganar su ascenso y el de sus favoritos, el demagogo que sabe representar sus intereses con los poderosos de la Casa Blanca e influir en la concesión de los favores del gobierno, a quien acomodamos en pedestales y le llamamos grande. Son ellos

los que reciben las alabanzas de la multitud y se les recuerda como grandes líderes del pueblo. El pensador y el ejecutor, el hombre que resuelve los problemas enriqueciendo el país con inversiones de miles, o al que por una idea preciosa e inestimable no se le da pan ni piedra. A menudo se le deja morir en la oscuridad, olvidado si se le ha evitado en vida la amargura, los celos fanáticos y los insultos.

La política, sin duda la americana, no es escuela para las grandes mentes. Afila en vez de profundizar, desarrolla la habilidad de aprovecharse de las emergencias del presente, en vez de la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso, la ventaja duradera de la efímera. El pasaporte al éxito es un alto egoísmo, en vez de consagrarse a la benevolencia. Sus devotos nunca son testigos. En el mejor de los casos son manipuladores, a menudo solo malabaristas. Esto no lleva a obtener ni una profunda habilidad política ni un tipo más alto de masculinidad. El altruismo es su *mauvais succes* y es bastante natural que sea indiferente a cualquier asunto que no le pueda servir a sus metas y propósitos inmediatos. Como la influencia de la mujer en la política es casi nula en la mayoría de los territorios de nuestra república, no sorprende que para los que se concentran en el capital político ella sea inexistente aunque represente la solución de grandes complejidades nacionales e incluso raciales.

Existen, sin embargo, aquellos que valoran la calma superioridad de los espectadores considerados que toman distancia del ruido ensordecedor, y, por encima de la confusión y la estridencia de la corrupción y el egoísmo, pueden escuchar las enseñanzas de la verdad eterna y la rectitud. Incluso hay quienes sienten que la exclusión temporal, injusta e ilegal de los hombres negros del derecho al voto en algunos Estados es, después de todo, una "prédica al desierto" para desarrollar en él entendimiento y discriminarlo hasta que llegue el día que le corresponda. En ocasiones uno necesita apartarse del zumbido y el ajetreo de los intereses humanos y sus pasiones para escuchar las voces de Dios. Y no pasa poco que El Afectuoso

les da un gran impulso a ciertas almas para apartarlos, por así decirlo, de las distracciones corrientes por un momento y promover su disciplina y crecimiento, o enriquecerlos con la comunión y la reflexión.

Ese debe ser el privilegio de la mujer, observar en silencio desde su balcón, para susurrar solo las sugerencias necesarias o las verdades casi olvidadas. La mujer negra, entonces, no se puede ignorar porque su ladrido descansa en las aguas calladas de una ensenada protegida. No obstante, está observando los movimientos de los participantes y puede ser la mejor cualificada para sopesar, juzgar y aconsejar porque no está en la excitación de la carrera. Su voz también se ha escuchado siempre en tonos nítidos, claros, resonando con los cambios de los intereses más profundos para lograr el bien permanente. Ella siempre es sólida y ortodoxa para las cuestiones que afectan el bienestar de su raza. No se encuentra a la mujer negra vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. No se le ha visto aferrándose ciegamente con el instinto de una tórtola a esos principios y políticas que en su mente prometen esperanza y seguridad a los niños que todavía no nacen, ni siquiera cuando la razón está fuera de concurso. Es bien sabido que las mujeres negras del Sur han dejado el hogar de sus esposos y les han retirado su apoyo, lo que se considera como deslealtad de la raza por parte de la esposa, antes de "botar el voto", como se dice, en detrimento de sus privilegios y los de los más pequeños.

Nuestras mujeres del Sur hoy son las mantienen sólida la posición de los hombres negros en el partido republicano. Entre más tarde aumenten su inteligencia, el poder de la discriminación tendrá más éxito en dividir sobre los asuntos locales en cualquier instancia, de todas formas. Empiezan a darse cuenta de que el Gran Partido ve la causa del negro como un asunto superado y en suelo sureño, por lo menos, encuentra una relación demasiado íntima con él, en cierto modo una sugerencia de mal gusto.

Entonces, su ingenio político también se ha formado para apreciar el hecho de que es una buena política cultivar al vecino y no depender demasiado del amigo lejano, para pelear las batallas en casa. Pero la mujer negra no puede olvidar nunca —así el partido hoy parezca de alguna manera moderado— que fue el presidente republicano quien quitó las esposas de sus muñecas y les dio la posibilidad de tener una vida humana a sus niños desamparados; en su mente, el negro demócrata es un traidor y un oportunista.

Hablen todo lo que quieran de venalidad y manipulación en el Sur, puedo decir que no hay muchos hombres que se atrevan a enfrentar una esposa que vibre en cada una de sus fibras con la conciencia de que su esposo es un cobarde a quien se le puede pagar para que abandone sus más profundos y preciados intereses.

El trabajo y la influencia de la mujer negra en América no es que no se haya sentido, sino que no se ha declarado. Nuestra lista de caciques en el servicio, aunque no es larga, me atrevo a creer que no es inferior en fuerza y excelencia a cualquier lista similar que este país pueda producir.

Entre las pioneras, Frances Watkins Harper podría cantar con exaltación profética en los días más oscuros, cuando todavía no había una fisura entre las nubes que tapaban a su pueblo:

“Sí, Etiopía debería levantar
sus manos sangrantes hacia afuera;
su grito de agonía debería alcanzar el trono en llamas de Dios.
Resurgidos de las cenizas y liberados de las cadenas,
sus hijos deberían levantar sus ojos;
de colinas despejadas y planicies verdes
se alzarán gritos de triunfo”.

Entre los predicadores de la rectitud, entre el silencio inmutable de los criticones y objetores, estaba Sojourner Truth, esa genia única y dura que parecía excavar de la sólida montaña sin usar sus manos o un cincel; y en placentero contraste, Amanda Smith, la más dulce y natural de las cantantes y defensora de todas las cosas de Dios y su hijo Jesucristo en dulces tonos.

Sarah Woodson Early y Martha Briggs sembrando y regando en el salón de clases, y emanando de sus personalidades, irresistibles y sin igual, un ímpetu e inspiración que no pueden morir en cuanto viva y respire el último descendiente de sus discípulos y amigos.

Charlotte Fortin Grimke, el espíritu gentil cuyos vida y versos la relacionan bellamente con la gran poeta y reformista cuáquera americana.

Hallie Quinn Brown, lectora encantadora, oradora honesta y efectiva, y trabajadora devota de entusiasmo incansable y poder incuestionable.

Fannie Jackson Coppin, la maestra y organizadora, sublime entre las mujeres de cualquier país o raza en construcción y fuerza de ejecución.

Estas mujeres representan todas las tonalidades de creencias y el mismo número de oficios, pero tienen una cosa en común, su simpatía por la raza oprimida en América y la consagración de sus muchos talentos, en cualquier línea para el trabajo por su liberación y desarrollo.

Hace 50 años, la actividad de la mujer, de acuerdo con las definiciones ortodoxas, estaba en una "esfera" perfectamente definida e incluían, en primer lugar, la cocina y el cuarto del bebé, que se salvaban del vacío de las rejas de una prisión por la manía femenina de adornar cualquier espacio descubierto de porcelana o tela con grullas tristes que se balancean como idiotas en un pie. La mujer de hoy se encuentra responsabilidades que se ramifican de los más profundos y variados intereses de su país y su raza. Ninguno de los problemas de esta aspirante a humanidad, pesada, dura, pecadora, arrepentida y en caída, no

pueden permitirse dejarla afuera o negar la realidad de su influencia. Ningún plan para renovar la sociedad, ninguna argucia para purificar la política, ninguna reforma en la Iglesia o el Estado, ninguna cuestión moral, social o económica, ningún movimiento hacia arriba o hacia abajo en el plano de lo humano se pierde en ella. Un hombre dijo una vez, cuando su casa estaba en llamas: “Díganle a mi mujer, yo nunca me meto con las cosas de la casa”. Pero ninguna mujer se podría excluir, a ella o a su género, de cualquiera de los intereses que afectan a la humanidad. Todos los departamentos en la nueva era son para ella, en el sentido de que sus intereses lo son todo y pasan por todo; y le corresponde a ella mantenerse inteligente y solidaria, en *rapport*, con todos los grandes movimientos de su tiempo, para que pueda saber a qué lado arrojar el peso de su influencia. Ella se encuentra ahora en la entrada de esta nueva era de la civilización americana. En sus manos se debe moldear la fuerza, el ingenio, la moralidad, las habilidades políticas, toda la fuerza psíquica, las relaciones sociales y económicas de la era. Estar vivo en esta época es un privilegio, ser una mujer es sublime.

En esta última década de nuestro siglo, se pusieron en marcha los cambios de estos momentos, estos nuevos y atractivos paisajes se están abriendo ante nosotros, estas originales y radicales sugerencias para el ajuste del trabajo y el capital, del gobierno y los gobernados, de la familia, de la Iglesia y el Estado, que para ser un posible factor infinitesimalmente en tal movimiento están preñados de esperanza y gravosos de responsabilidad. Ser mujer en tal era lleva consigo un privilegio y una oportunidad que nunca se había dado antes. Pero ser una mujer negra en América y ser capaz de entender el significado profundo de las posibilidades de la crisis, es tener un legado que, me parece, único en la historia.

En primer lugar, la raza en joven y llena de la elasticidad y la esperanza de la juventud. Todos sus logros están ante ella. No mira los triunfos magistrales de la civilización del siglo XIX con esa mirada *blasé* y cansada del mundo que caracteriza las razas desgastadas que ya han visto, por decirlo de alguna manera, sus mejores días.

Un escritor europeo dijo recientemente: “Exceptuando al eslavo, el Negro es el único genio original y diferente que aún le espera crecer, y el sentimiento es atesorarlo y desarrollarlo”.

Todo para esta raza es nuevo, extraño e inspirador. Hay una aceleración en su pulso y un brillo en su conciencia. ¡Ajá, eso no se puede comparar! ¡Puedo aspirar a eso! ¡Puedo honrar mi nombre y reivindicar mi raza! Algo como esto, me parece, es el entusiasmo que agita la joven África en América. El recuerdo de la opresión del pasado y la represión que se intenta en el presente, solo sirve para impulsar sus poderes incontenibles. Sin embargo, una raza en tal etapa de crecimiento es particularmente sensible a las impresiones. Ni siquiera el filtro sensible del fotógrafo es más susceptible a impresiones de influencias externas de lo que es este fuerte pueblo en el umbral de una carrera.

¡Qué responsabilidad tener el manejo de las primeras luces y sombras! Tal es el oficio de la mujer negra. Ella debe imprimir bienestar o aflicción a la historia por venir de este pueblo. Ojalá vea su oportunidad y defienda este gran privilegio.